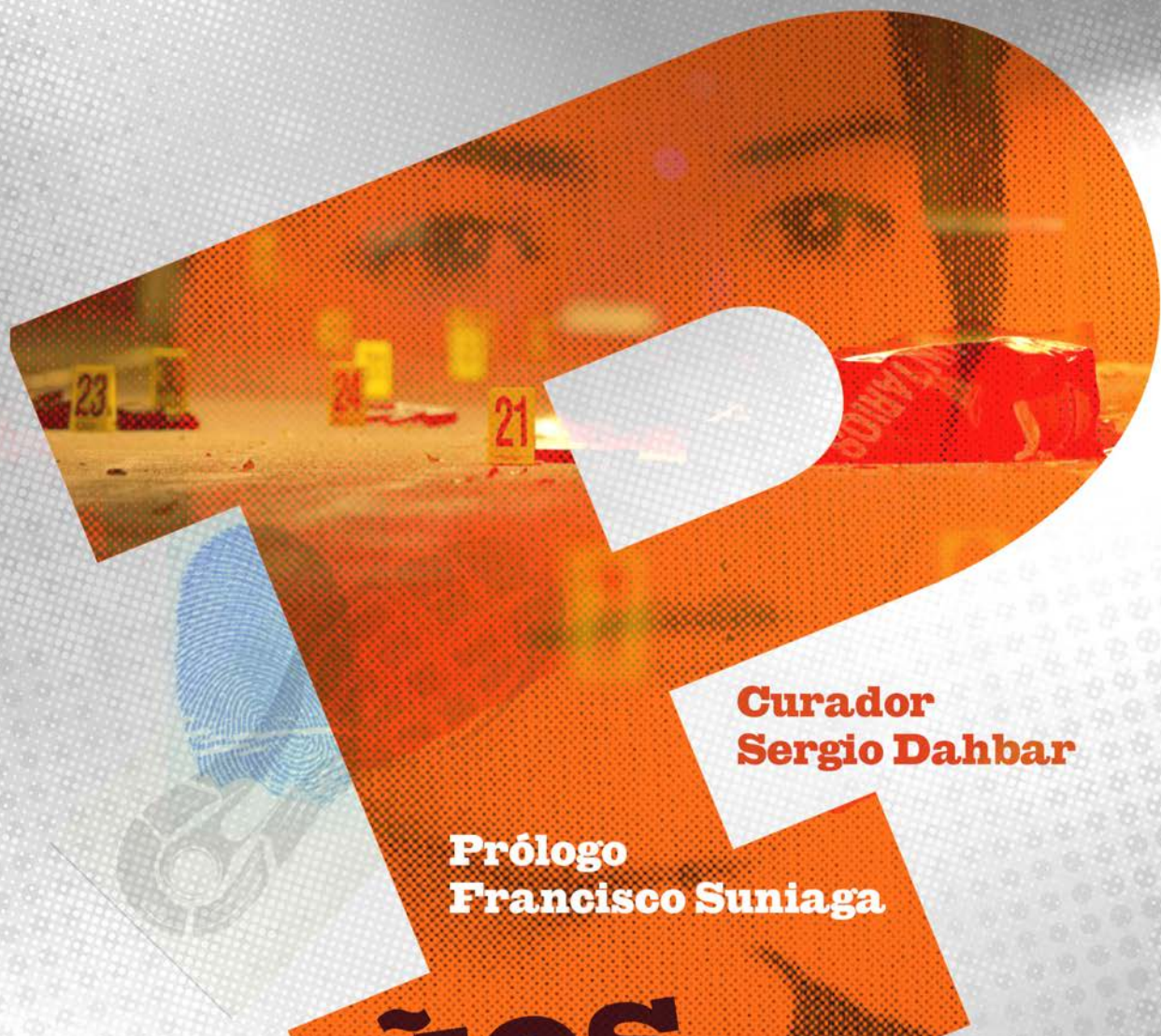




Curador
Sergio Dahbar

Prólogo
Francisco Suniaga

70 AÑOS DE CRÓNICAS POLICIALES

Cyngular


Banesco
Contigo

**70 años
de crónicas
policiales**

70 años de crónicas policiales

Curaduría Sergio Dahbar

Prólogo Francisco Suniaga



70 años de crónicas policiales

EDITORES

Vicepresidencia de Comunicaciones
y RSE de Banesco y Cyngular

PRODUCCIÓN GENERAL

Vicepresidencia de Comunicaciones
y RSE de Banesco Banco Universal

PRODUCCIÓN EJECUTIVA

Sergio Dahbar

CURADOR

Sergio Dahbar

INVESTIGACIÓN

Andrea Tosta

DISEÑO

Jaime Cruz

CORRECCIÓN DE TEXTOS

Carlos González Nieto

Depósito Legal: DC2018001250

ISBN: 9789804250262

ISBN: 978-980-425-026-2



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

Presentación _Pág. 6

A modo de nota del editor _Pag. 10

Prólogo _Pág. 14

Crónicas

Misteriosa muerte de un joven estudiante _Pág. 20

Historia de un magnicidio _Pág. 23

Atentado contra un presidente _Pág. 26

El asesinato de Lesbia Biaggi _Pág. 29

El último de los “amiguitos” _Pág. 33

La muerte de un guardia nacional _Pág. 39

Ni los posgrados lo salvaron _Pág. 41

Asaltan el banco más vigilado de Guarenas _Pág. 43

Hurtan joyería mientras diputados discuten presupuestos _Pág. 47

Víctima dibuja las identidades de los ladrones _Pág. 50

Atraco que se convierte en secuestro _Pág. 52

Incendio en la Torre Norte _Pág. 56

El crimen de Ledezma _Pág. 59

Muerte en la discoteca _Pág. 64

La mala costumbre de matar abogados _Pág. 69

Geofísico asesina a sindicalista por celos _Pág. 74

Una modelo muere en el cerro Ávila _Pág. 77

La calavera asesina _Pág. 81

El primer asesino en serie de Venezuela _Pág. 84

Que veinte años no es nada _Pág. 92

El gobierno de Wilmito _Pág. 98

No hay feriados para el terror en La Sábila _Pág. 127

No existe causa perdida _Pág. 132

Esperaron 5.475 días por ese momento _Pág. 137

Adenda

Periodismo a punta de pistola _Pág. 148

No existe noticia “caliche” _Pág. 155

PRESENTACIÓN

La función social del periodismo de sucesos

E**N 1845, DOS NORTEAMERICANOS,** Enoch Camp y George Wilkes, fundaron *Police Gazette*, que se recuerda como una de las primeras publicaciones que hizo del periodismo de sucesos su tema central. Sus cuatro páginas contenían, además, noticias de deportes como el boxeo, vida nocturna y hechos insólitos. En su primera etapa se posicionó como una revista para hombres. Hay historiadores que la categorizan como hito fundador del sensacionalismo o de la llamada prensa popular. A pesar de las críticas que recibió, su expansión fue inmediata.

En París, ciudad europea que contaba con una amplia masa de lectores –en 1852 se vendían, sumados, hasta 150 mil ejemplares de los diarios–, se produjo un salto cuantitativo en 1863 tras la salida a la calle de *Petit Journal*, concebido como un medio de carácter popular enfocado en las crónicas policiales. En 1870, las ventas habían cruzado la cifra mágica del millón de ejemplares.

Lo ocurrido en Inglaterra con *The Times* es conocido. La casi total hegemonía de la que gozaba, desde su creación en 1788, comenzó a declinar en 1855 con la irrupción de semanarios populares que se vendían a un penique y que circulaban los domingos. Tenían como oferta principal los relatos de crímenes. En 1888, *Lloyd's Weekly News* acaparó la atención de los lectores de las ciudades más importantes de ese país cuando sus páginas comenzaron a narrar los crímenes y seguir los pasos del asesino conocido como Jack el Destripador.

En 1882 apareció en España *Los Sucesos. Revista ilustrada de actualidades, siniestros, crímenes y causas célebres*, publicación pionera del periodismo de

sucesos en lengua española, que muy pronto comenzó a ser leída en Buenos Aires, Lima y Ciudad de México. En el editorial de su primera entrega, *Los Sucesos* declaraba su intención de seguir los pasos de la norteamericana *Police Gazette*. Hacia 1890, los diarios sensacionalistas ya habían sembrado el terreno de una cultura narrativa que facilitaría la exitosa irrupción de la novela negra norteamericana.

De forma paralela, el periodismo de sucesos recibió el impulso proveniente de las agencias de noticias. Las primeras agencias se fundaron en Estados Unidos a partir de 1848. En 1870, dos empresas crearon el que se constituyó como el primer producto para vender a diarios de distintos países: largas narraciones de crímenes cometidos en Londres, Chicago, Boston y Nueva York. A continuación, especialmente a comienzos del siglo XX, asociado al crecimiento de las ciudades, el periodismo de sucesos se propagó por Europa y América Latina.

En aquellas narraciones, que comenzaron a publicarse los domingos en la Venezuela de los cuarenta, los crímenes eran complejos. El autor o los autores borraban sus huellas, disponían de coartadas y se diluían entre varios sospechosos. La astucia y el persistente empeño de los equipos policiales lograba desentrañar el crimen y apresar a los responsables. Aquellas historias, que se leían y comentaban con prolijidad, guardaban todas un final justiciero.

En la mayoría de los países, el periodismo de sucesos es el que cuenta, de modo apreciable, con el público más diverso y numeroso. Su popularidad es indiscutible. Como en cualquier otra disciplina profesional, hay quienes lo ejercen y lo han ejercido, dentro y fuera de Venezuela, con rigor y calidad narrativa. Puesto que, muy a menudo, se trata de noticias que hablan nada menos que de la vida humana, el periodismo de sucesos exige de una motricidad muy refinada: debe contar lo ocurrido dentro de ciertos límites. Cuando se trata de hechos en los que unas personas han perdido la vida a manos de otras, las precauciones deben extremarse.

Es común el comentario que asocia el periodismo de sucesos a un interés malsano por hechos que afectan a otras personas. No pongo en duda que exis-

tan personas que se sientan atraídas por hechos que son terribles y desagradables. Pero quizás lo primordial sea otra cuestión. Los crímenes no solo producen un impacto devastador en las familias de las víctimas. A veces alcanzan una repercusión grande o muy grande. Afectan, atemorizan, inquietan a los lectores de los medios de comunicación.

Y es en este marco de cosas donde es necesario reconocer la función social que cumple el periodismo de sucesos. En tanto que explica las motivaciones, el modo en que ocurrieron los hechos, la búsqueda y captura de los criminales y con frecuencia sigue los casos de comienzo a fin –es decir, los cierra–, la crónica policial contribuye a la tranquilidad del lector: le aporta información, comprensión y sosiego. El mejor periodismo de sucesos es aquel que aleja al ciudadano de rumores y especulaciones, el que impide que ciertas preguntas queden innecesariamente abiertas.

En las páginas de *70 años de crónicas policiales* el lector constatará dos hechos que son inseparables: desde los años cuarenta hasta nuestro tiempo, la crónica policial ha crecido en sus calidades técnicas. Hay periodistas que, a partir de crímenes reales, logran producir piezas que parecen impecables ejercicios de ficción. Pero sin separarse nunca de aquello que permanece inmovible en el género: la obligación de contestar a las preguntas de por qué, cómo, cuándo y quién de cada crimen.

70 años de crónicas policiales es el octavo volumen de una serie que se ha propuesto destacar los valores de calidad y profesionalismo que han sido signo del periodismo moderno en Venezuela, desde los años cuarenta del siglo XX a nuestro tiempo. Antes de este título, Banesco ha publicado *70 años de crónicas I y II*, *70 años de hazañas deportivas*, *70 años de fotoperiodismo*, *70 años de humor*, *70 años de entrevistas* y *70 años de conversaciones con escritores de paso*. Más allá de la riqueza que cada uno contiene, vistos de forma conjunta constituyen un corpus ineludible para quien se interese por saber y aprender de Venezuela. Esta octava entrega, dedicada a la crónica policial, era una pieza pendiente del mapa cualitativo del periodismo venezolano, que esta serie ha construido libro a libro.

Las inquietudes –porque más que preguntas son inquietudes– a las que responde la crónica policial han garantizado su vigencia y durabilidad. Es uno de los géneros de la escritura cuya vitalidad no ha declinado. La diferencia entre el redactor que narra un suceso desde su escritorio y el reportero que se moviliza hasta el lugar de los hechos resulta sustantiva. Quien se traslada, investiga y se empapa de lo ocurrido dota a su crónica de la riqueza y la vibración de lo real. Mientras el periodismo de sucesos no se aparte de esas prácticas primordiales, continuará siendo, durante mucho tiempo, esa magnética fuente informativa que ocupa el interés de los lectores día a día.

Juan Carlos Escotet Rodríguez

9 de junio de 2018

A modo de nota del editor

*Estoy seguro de que a cualquiera le gusta un buen crimen,
siempre que no sea la víctima.*

Alfred Hitchcock

L**OS LECTORES HABITUADOS** a los hechos de sangre conocen bien su propia naturaleza. En toda manifestación de violencia se respira incertidumbre ante el caos; curiosidad frente a las investigaciones policiales que se transforman en laberintos de poder, silencio y complicidad; desconcierto de cara a una sucesión de pérdidas humanas que surgen como monedas de cambio de una sociedad que no termina de civilizarse. Nada diferente de lo que late en la narrativa de la novela policial norteamericana y dos de sus autores emblemáticos, Raymond Chandler y Dashiell Hammett.

Como ocurre en muchas páginas de este género, y en piezas periodísticas que remedan la respiración de crímenes cotidianos, el arte roza la santurronería de una turba de linchamiento (Northrop Frye). La realidad deja de ser cerebral y se vuelve existencialista (en el sentido periodístico) (Raymond Queneau). Y los hechos poseen la lógica que la parte culpable impone sobre ellos (Umberto Eco). Ya lo dijo el especialista en Poe, Philip Van Doren Stern: el asesinato está relacionado con la emoción humana y exige un tratamiento serio. Así ocurran en salones británicos plagados de telarañas o en paisajes del trópico bárbaro.

Muchas cosas nos distancian de los asesinatos que ocurren en Los Ángeles.

En Venezuela no existen detectives románticos e implacables que opaquen la escena del crimen con una personalidad cartesiana, ni rubias que muestren el abismo de sus piernas mientras piden fuego para encender un cigarrillo. Tampoco ocurren tramas rocambolescas para divertir a millonarios excéntricos y aburridos, ni se asoma la sombra de un mayordomo que se mueve sigilosamente en horas de la madrugada.

El exceso de alcohol, las traiciones amorosas, los ajustes de cuentas, la búsqueda de dinero, los instintos sexuales, el sicariato para eliminar personas indeseables, dibujan el crimen en la escena vernácula.

La genealogía local encierra tipos muy diferentes a los que crecen en Estados Unidos o Europa. Los oficiales de la policía venezolana no leen a Eliot con una pipa colgada del labio, ni discurren sobre las injusticias del capitalismo salvaje mientras acarician a sus gatos, aunque son tan eficientes como Philip Marlowe y Sam Spade a la hora de descifrar un acertijo. Nuestras heroínas rara vez expresan la sensualidad de Brigid O'Shaughnessy en *El halcón maltés*, mas no por eso resultan menos letales y traicioneras.

Pero hay algo más. El lector curtido descubrirá que una vasta tradición, más allá de las referencias del *hard-boiled* (término tomado del huevo hervido hasta endurecer) clásico, tiende su sombra sobre los infortunios de gente inocente. El melodrama y la novela de costumbres confluyen, como un juego de máscaras venecianas, en los rastros de sangre que aparecen en nuestros medios de comunicación.

Hay que reconocer la sagacidad de los reporteros venezolanos a la hora de rastrear cada una de las pistas que aparecen en el horizonte de la violencia local. Periodistas clásicos como Ezequiel Díaz Silva, que antes de tomar el primer café del día ya había llamado a la morgue. O Germán Carías, un talento en el arte del disfraz para obtener información de primera mano. O profesionales con un olfato insuperable, como Enrique Rondón, Edgar Larrazábal o Sandra Guerrero. Sin olvidar a las nuevas generaciones, donde se destacan nombres como Ronna Rísquez y Alfredo Meza, por citar a unos pocos de una amplia gama de reporteros sorprendentes.

Estas palabras reivindican el valor del género frente a los ataques que por años hicieron los académicos, quienes siempre lo consideraron una oveja negra en la familia distinguida de la gran novela: “(...) turbia, si no categóricamente delincuente, propensa a la brutalidad y al sexo desenfrenado, sospechosamente abundante en dinero fácil, casi nunca mencionada en compañía decente”, en el decir del periodista inglés Norman Shrapnel. Esta frase también se ha invocado contra las páginas rojas de los medios de comunicación.

No podía faltar en la serie *70 años*, que recupera los mejores géneros del periodismo para las nuevas generaciones de profesionales, la crónica policial que tanta popularidad ha tenido entre los lectores. Era un homenaje necesario que por fin se ha convertido en libro.

Como siempre, cabe aclarar que aquí no están todos los periodistas que han ejercido el oficio de seguirles las huellas a los asuntos violentos de Venezuela, ni la vasta geografía de materiales que se han escrito a lo largo de los años. Pero esta antología reúne firmas y temas que merecen ser recordados o descubiertos por las nuevas generaciones de periodistas. De muchas maneras esta también es una escuela que sin dudar lo enseña a narrar.

Aquí respiran textos escritos por plumas anónimas en la redacción (a veces entre varios reporteros), firmas que se convirtieron en instituciones del periodismo policial y también van apareciendo nuevas generaciones de periodistas que enriquecieron la fuente, hasta llegar a materiales que solamente se han difundido en internet (portales muy importantes) sin haber aparecido en el papel.

Al seguir el horizonte de los cambios que se fueron produciendo en la fuente policial, el lector podrá advertir cómo se pierde el miedo (o el prejuicio) de nombrar marcas comerciales (un sacrilegio entre redactores de vieja escuela) y cómo comienzan a aparecer destrezas narrativas que se relacionan con el cruce de caminos que ofrecen el cine y la literatura contemporánea.

En un ambiente tan intrincado y complejo, como el que se abre ante un investigador cuando desea rastrear un texto antiguo, siempre hay un material que esperamos encontrar y no aparece. En este caso, fue imposible dar con un crimen que ocurrió en Parque Central en los años ochenta.

Una secretaria fue asesinada en una oficina de ese complejo comercial que marca la ciudad frente al Jardín Botánico. La encontraron descuartizada en una carretera periférica de Caracas. Lo curioso que se presentó en el caso, notablemente bien narrado por Enrique Rondón Nieto en *El Diario de Caracas*, eran los tripulantes del crimen. Unos exmilitares argentinos que habían pertenecido a los años de la dictadura militar.

El líder del grupo fue entrevistado en la cárcel por Rondón Nieto. Aparecía sentado en el piso como un meditador hindú. Hacía ejercicios de yoga en la celda. Era un enigma, la punta de un iceberg que el lector quería descifrar

La prueba de que ese material apareció realmente se encuentra en mi memoria y en un hecho irrefutable más innegable que mis recuerdos: José Balza escribió un cuento donde incluye el hecho criminal en una trama más amplia. Se llama “Central” y se puede leer en el libro *La mujer de espaldas*.

Este volumen, que ingresa con absoluta dignidad en la colección *70 años*, incluye varias novedades. Dos materiales que pertenecen a la cocina del periodismo policial: una entrevista a Ezequiel Díaz Silva, al final de sus días, cuando confiesa sus métodos de trabajo y desgrana su leyenda, y una confesión de Enrique Rondón Nieto, periodista de sucesos que cumplió con la doble función de ser periodista y víctima al mismo tiempo. Y un relato gráfico de un acontecimiento policial, creado por el talento excepcional de Lucas García, escritor y artista gráfico.

Sergio Dahbar

PRÓLOGO

LOS TRABAJOS DE ESTE VOLUMEN sobre crónicas rojas no siguen una secuencia cronológica rigurosa. No están ordenados según los medios en los cuales aparecieron, tampoco constituyen una muestra construida según criterios geográficos, ni fueron categorizados según la tipología de los delitos narrados en ellas. Esta magnífica compilación tiene en esencia un carácter aleatorio que emana de dos hechos simples. El primero es que no siempre los crímenes que han impactado a la sociedad venezolana en las últimas décadas fueron recogidos en una gran crónica, una de esas que perduran en el tiempo. Así, aunque los delitos y sus autores se recuerden, las notas que los describieron cayeron en el olvido.

Luego está el caso de una que otra extraordinaria crónica de sucesos cuya existencia sí se recuerda, no obstante los años transcurridos desde su publicación, pero no fue posible encontrarla en los archivos de los diarios –los únicos accesibles para este tipo de investigación, vista la imposibilidad de recurrir a archivos oficiales–. Tal fue el caso de la crónica del crimen cometido por alias “Capitán Caraota”, en el barrio Campo Rico de Petare, a finales de los años ochenta o principios de los noventa del siglo pasado, que bien vale la pena recrear.

El Capitán Caraota era un obrero de la construcción, un hombre común y corriente hasta que el alcohol, las drogas y la cultura machista lo llevaron a cometer un crimen grotesco. Una noche de viernes jugaba en su rancho una partida de dominó con sus compinches y, para responder de manera definitiva a unos reclamos de su concubina, tomó de la cocina un sartén y la golpeó

en la cabeza. La mujer cayó inconsciente al suelo y ninguno de los jugadores la auxilió ni se interesó por su estado; la partida, las cervezas y la piedra continuaron hasta el amanecer, cuando sus amigos –para entonces, en estricto derecho criminal, sus cómplices– se fueron. El Capitán se fue a dormir y fue solo al mediodía, cuando despertó y atormentado por la resaca fue a buscar agua en la nevera, que se tropezó con el cuerpo sin vida de su pareja.

Quiso entonces ocultar su crimen y decidió descuartizar el cadáver. Introdujo los restos en unas bolsas plásticas que en la noche arrojó en un contenedor de basura del barrio. Allí, no podía ser de otra manera, fueron descubiertos por los vecinos, quienes alertaron a la policía, que en aquellos años era técnica, judicial y eficaz. A los dos días, el Capitán, que se había dado a la fuga, fue encontrado escondido en una fosa del antiguo cementerio de Petare, un auténtico hueco de donde “los pesquisas” lo desenterraron cubierto de barro de pies a cabeza. En las fotografías, asimismo inolvidables, que ilustraban la crónica, su figura era, a pesar del horror del homicidio, francamente risibles.

Este episodio, que pareciera haber sido protagonizado por el Pasqualino “Settebellezze” de Lina Wertmüller, tiene un final tragicómico. El cronista cerró la nota con la única declaración del “indiciado” a la prensa. Cuando los funcionarios de la PTJ lo llevaban a la sede para interrogarlo, uno de los infames reporteros de sucesos allí presentes le preguntó: “¿Y a usted por qué lo llaman Capitán Caraota? ¿Estuvo en las Fuerzas Armadas?”. “No. Ese apodo me lo pusieron en la escuela porque en mi casa se comía caraota todos los días”, fue su respuesta, tan inocente como la de un niño.

No obstante haber estado sujeto a las circunstancias aleatorias citadas, este compendio de crónicas rojas aparecidas en nuestros medios de comunicación tiene méritos indiscutibles. En primer lugar, al describir las formas y circunstancias en que se cometieron las violaciones a las leyes de Dios y de los hombres, levanta un nítido mapa del imaginario criminal de la sociedad venezolana moderna. Constituye así, si pudiera decirse, una suerte de tomografía nacional que revela las tumoraciones y afecciones de nuestra alma colectiva.

Hay en esto algo que aterra y fascina porque cada crónica es una explo-

ración en ámbitos desconocidos de la conciencia de un individuo que es tan venezolano como cualquiera de nosotros, que participa de la humanidad en términos similares y cuyas conductas, hasta el momento de cometer su crimen, fueron asimismo normales. Resulta entonces inevitable hacer un contraste con el transgresor. ¿Qué le pasó? ¿Qué circunstancias lo empujaron a tomar la decisión de convertirse en un criminal? ¿Sería yo capaz de hacer eso? Y la conclusión en muchos casos es que la diferencia con él pudo haber sido producto de una desafortunada casualidad; solo una en esa infinita sucesión de casualidades que llamamos vida.

Tiene también esta compilación de crónicas rojas el mérito mayor de plasmar el cambio tectónico sufrido –nunca mejor dicho– por la sociedad venezolana en los últimos lustros. El deterioro general de Venezuela es visible en cualquiera de los planos en que de manera científica se puede observar la realidad de un país: económico, político, institucional, ambiental o social. Sobre esa triste catástrofe se ha escrito mucho desde las ciencias sociales, la literatura y el periodismo. En este último, a diario se llenan páginas, o se consumen horas de radio o televisión, donde se informa y se opina sobre la crisis en medio de la cual se vive.

Las páginas rojas no son las llamadas a realizar esa tarea, para eso existen las de política, economía o actualidad. Sin embargo, a través de las notas de sucesos –quizás por la circunstancia de que en cada crimen hay un exceso, una exageración en la conducta– resulta más fácil observar la magnitud del descalabro ocurrido, más palpable el proceso de destrucción social que nos ha empujado a los bordes mismos de la civilidad y colocado ante el abismo de la barbarie.

Hay una clara distinción entre las crónicas que coinciden de manera laxa con la Venezuela que se extravió en su devenir, el país que se tuvo y quizás no se valoró lo suficiente y las que reflejan la realidad actual. En las primeras se recoge una muestra amplia de episodios sórdidos, clásicos del crimen en todas las latitudes, esos que se originan en el epicentro oscuro de nuestra naturaleza bífida, animal y humana a la vez. Son las crónicas de los crímenes en

los que nada se puede hacer por cuanto “hay gente muy mala en el mundo”, como sentenció el anónimo mesonero del Chucky Lucky (“Muerte en la discoteca”, de Sergio Dahbar). Las violaciones alimentadas por pasiones humanas turbias: la codicia, la ira o lujuria desenfrenada e incluso el miedo que subyace en el alma del funcionario que abusa del poder.

Crímenes tan viejos como la humanidad misma, que ya aparecen narrados en la Biblia, que los cánones de todas las religiones han considerado pecado, que están también tipificados en los códigos penales de todo el planeta y han incluso dado alimento a la mejor literatura. Macbeth y su cónyuge no son una creación de Shakespeare, son criaturas de Dios, hechas con nuestro mismo barro, que han exagerado emociones y sentimientos comunes a todos los hombres, en cuanto a que son fundacionales de la condición humana. Esa misma condición que llevó al infausto sargento Ledezma a exagerar su honor y a ahorcar con sus propias manos a tres adolescentes y suponer que ello no era un crimen sino un acto de justicia.

En contraste con esas crónicas, están otras donde aparece una “nueva” criminalidad, descrita en forma expresa y tácita en las últimas páginas de este libro: “El gobierno de Wilmito”, de Alfredo Meza, y “Que los espantos no vuelvan por ella”, de Jefferson Díaz, ambas publicadas en 2017. Es tan feo el cuadro que emana de esos relatos que bien caben para calificarlo las palabras finales de la novela *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad: “El horror, el horror”. Con su lectura se cae en cuenta de las dimensiones reales de la devastación, de cuán profunda es la herida que en la sociedad han provocado años de desinstitucionalización, de crisis económica y de corrupción de todo lo corruptible. Es como si de pronto en Venezuela la Biblia, la ética de las sociedades modernas y el Código Penal hubiesen quedado abolidos y la convivencia esté ahora sujeta a normas delirantes que provienen de un “pranato” que ha sustituido al Estado.

Un grupo humano alcanza a ser una sociedad cuando tres elementos básicos están presentes y son respetados y garantizados: la vida, la posesión de bienes y los pactos. El Estado no es otra cosa que la estructura creada a lo lar-

go de siglos de evolución precisamente para preservar esas condiciones, por eso se convirtieron en derechos. ¿Qué hacer entonces cuando es el Estado, en todos sus estratos, el que delinque? Cuando es el propio ente estatal el que viola las reglas y destruye las instituciones sobre las que se cimenta, el país queda sujeto a las mismas pautas inciertas que rigen la existencia de los reclusos. El Estado-Vista Hermosa habrá sustituido al Estado de derecho.

Francisco Suniaga

The background is a solid red color with a subtle, grainy texture. A large, faint fingerprint is visible in the center, its ridges and valleys creating a pattern of light and dark red. Numerous thin, white scratches of varying lengths and directions are scattered across the entire surface, giving it a worn or distressed appearance.

Crónicas

Misteriosa muerte de un joven estudiante

DESDE LA ÚLTIMA QUINCENA de diciembre del pasado año, ocupaban una habitación en la casa de la familia Trejo, situada en la tercera calle de Bella Vista, número 11, una familia reducida, integrada por la abuela, señora Teotiste de Vallée, y los nietos, Carmencita Hortensia, de 15 años, y Jesús Enrique Vallée Mediavilla, de 21 años. Este último era estudiante de Medicina, cursando segundo año en dicha facultad.

Probablemente vivía aquella familia cifrando sus esperanzas en la profesión escogida por Jesús Enrique, inteligente estudiante caraqueño, joven y alejado de toda otra actividad que no fuese sus estudios. Jesús Enrique, ahora, por la proximidad de los exámenes de fin de curso, acostumbraba irse a estudiar, durante gran parte del día, a sombreados sitios de la avenida La Paz para dedicarse, recostado al pie de un árbol, al repaso de sus textos de Anatomía.

Dos días de ausencia

El sábado pasado, poco antes de las 2 de la tarde, Jesús Enrique salió de su casa, besó como era su costumbre a su abuela y su hermanita y dijo: “Voy a estudiar un poco. Estaré en la avenida”. Llegó la noche y no regresó. Tampoco lo hizo al día siguiente, el domingo. Su hermanita y su abuela comenzaron a in-

quietarse, pero en principio creyeron que se trataría de alguna invitación recibida por Jesús Enrique de sus compañeros, para alguna fiesta de estudiantes.

Amaneció el lunes y no apareció, aun llegada la hora del almuerzo. Los familiares del joven comenzaron a informarse de su paradero, preguntando a otros estudiantes. Varios lo vieron por última vez en la tarde del sábado. Así las cosas, cuando...

Un macabro hallazgo

El agricultor Fernando Hernández Castro, domiciliado en Las Barracas, cerca de Bella Vista, fue ayer, lunes, después del mediodía, a llevar su caballo para que pastase en un monte cercano a la redoma del puente La Paz. Ató su caballo y regresó por un estrecho camino. Con asombro notó que debajo de un árbol, tendido sobre la grama, estaba un hombre.

Al acercarse advirtió que todo el cuerpo se encontraba amoratado, escapándosele un hilo de sangre por la boca y la nariz. Estaba muerto, y por los síntomas comprendió que comenzaba a descomponerse. Vestía paltó color verde y pantalones grises a rayas. En su mano derecha, aprisionado contra el cuerpo, el cadáver tenía un tratado de Anatomía, y junto a sus piernas un cojín de algodón, forrado en negro.

Inmediatamente, Hernández Castro, en colaboración con varios albañiles que trabajaban cerca, dio aviso en la casilla policial de Bella Vista, que a su vez participó a la jefatura de La Vega y al juez de aquella parroquia. La noticia se propagó rápidamente y nos trasladamos al lugar del macabro hallazgo, en compañía de fotógrafos. La pequeña Carmencita Hortensia, enterada del suceso y quizá obedeciendo a un extraño presentimiento, corrió al lugar en unión de dos amiguitas.

Suposiciones

¿A qué se debió la muerte del estudiante? Las causas, hasta que no sea practicada la autopsia, quedarán en el más impenetrable misterio. En principio, un grupo de agricultores afirmaba que, por las características del cadáver, parecía haber sido víctima de una mordedura de culebra, pues en el lugar abundan. Descartada esa posibilidad, quedaría la aceptada por las autorida-

des: una hemoptisis. Tampoco esto se puede afirmar, pues informes que obtuvimos indican que Jesús Enrique Vallée Mediavilla no padecía de afecciones pulmonares. Tal vez la muerte se deba a un ataque al corazón.

Alguien insinuó la conveniencia de una minuciosa investigación para saber si se trataba de un asesinato, cosa que descartamos en principio, pues al muerto no se le conocían enemigos. Finalmente se certificó, hasta la autopsia, muerte repentina. El cadáver fue conducido al Hospital Vargas y hoy será entregado a sus familiares. Actuaron en el reconocimiento la Medicatura Forense y la Jefatura Civil de La Vega, así como el juez de parroquia.

El Nacional

13 DE JUNIO DE 1944

Historia de un magnicidio

CINCO HOMBRES ARMADOS DE PISTOLAS, que viajaban en un auto negro, asesinaron al teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud, presidente de la Junta Militar de Gobierno, ayer, poco después de las ocho de la mañana.

Los autores del asesinato secuestraron al presidente a la salida de su quinta en la avenida Chapellín, cerca del Country Club, junto con su edecán, el teniente Carlos Bacalao Lara, y su chofer. El comandante salió a las 8:30 am de su residencia y ordenó al conductor de su carro oficial dirigirse hacia el Palacio de Miraflores. El carro presidencial cruzó la avenida Chapellín y se internó hacia La Florida, desviándose por el puente Chapellín. Al llegar a la mitad del puente, el auto del comandante Delgado Chalbaud tuvo que detenerse. Otro auto que viajaba en dirección contraria le cerró el paso y obligó al chofer del presidente a estacionarse a la derecha de la vía. La calle estaba desierta.

Del carro negro –marca Chevrolet, modelo 39, con matrícula de alquiler– saltaron pronto a la calle cinco hombres con pistolas. Dos de ellos, con los rostros ocultos bajo anchos sombreros de fieltro, ordenaron al chofer del carro

presidencial ocupar el asiento trasero, mientras los otros tres individuos amenazaban con sus armas al comandante Delgado Chalbaud y al teniente Bacalao Lara. Los asaltantes obligaron al presidente y a su edecán a subir al auto Chevrolet y luego los llevaron hacia el este de la ciudad.

El auto, a toda velocidad, tomó la vía de Sabana Grande y enfiló hacia la urbanización Las Mercedes. Una radiopatrulla policial lo vio doblar hacia Bello Monte y lo persiguió hasta el final de Las Mercedes. Los asaltantes cruzaron en la primera avenida, hacia el norte, y se refugiaron en una quinta deshabitada cuando los policías abrieron fuego contra ellos.

Los hombres del auto negro se enfrentaron a balazos a los radiopatrulleros. Uno de los oficiales policiales cayó herido con un tiro en la frente cuando trató de avanzar hacia las posiciones de los asaltantes. Los hombres seguían disparando contra los gendarmes desde el garaje de la quinta y desde los matorrales cercanos. Dos de ellos fueron muertos por las balas policiales.

Los otros pudieron escapar

Más tarde, se movilizaron hacia Las Mercedes dos carros blindados y unos treinta guardias nacionales. Se libró un cerrado tiroteo a lo largo de la avenida norte de la urbanización y el carro de los asaltantes fue acribillado a balazos. Cuando las dotaciones militares y policiales pudieron llegar hasta el garaje de la quinta, hallaron el cadáver del comandante Delgado Chalbaud. A su lado, con la camisa tinta en sangre, estaba el edecán Bacalao Lara, semiinconsciente.

El cadáver del presidente fue llevado poco antes de las diez al Hospital Militar y Naval. Los médicos militares le advirtieron 8 heridas de armas de fuego en el cuerpo y la cara. La muerte del comandante Delgado Chalbaud, según informaron los médicos, ocurrió instantáneamente.

El teniente Bacalao Lara ingresó al centro médico cerca de las diez de la mañana. Tenía tres heridas por arma de fuego. Dos de ellas, de carácter superficial, le fueron advertidas en la frente y en la pierna derecha. La tercera le había perforado la región torácica. La bala le penetró por la región sedal y le perforó el hombro, sin interesarle el pulmón.

Los médicos ordenaron operarlo a las diez y cinco de la mañana. Abandonó el pabellón a las doce y veinte de la tarde y fue trasladado, en ascensor, hasta el tercer piso de la clínica. Dos médicos y cinco enfermeras rodeaban la camilla y suministraban suero al herido. Lo llevaron a la sala 212 y se prohibió la entrada de amigos y familiares. Dos guardias nacionales custodiaban los pasillos.

En el centro médico se dijo que las heridas del teniente Bacalao Lara revestían cierta gravedad y que su estado era delicado. No se hizo ningún otro comentario. Las visitas a la sala 212 fueron prohibidas por los médicos hacia la una de la tarde.

Patrullas de la Policía Militar, de las Fuerzas Terrestres, de la Guardia Nacional y de la policía ocuparon la urbanización Las Mercedes, pocos minutos después de perpetrarse el asesinato del presidente.

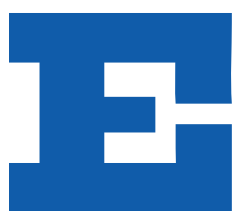
Se ordenó vigilar todas las avenidas adyacentes y se mantuvo durante toda la mañana a guardias militares y policiales, armados de subametralladoras, recorriendo la ciudad. Casi todas las patrullas policiales fueron desplazadas a la calle y los detectives de Seguridad Nacional y de la Sección de Investigación Social Municipal se movilizaron hacia Las Mercedes.

La avenida norte de Las Mercedes estaba completamente cercada por las fuerzas militares y policiales. El cadáver de uno de los asaltantes –un hombre de unos 20 años, blanco, de rostro achinado, con un sombrero negro– permanecía dentro del auto negro. El carro estaba matriculado en el Distrito Federal bajo el serial 2-4518 y aparecía totalmente acribillado a balazos en los cerros de Altamira y Las Mercedes. Una fuente oficial dijo que el caso era investigado activamente y que ya doce personas sospechosas habían sido reducidas a prisión.

El Nacional

MARTES, 14 DE NOVIEMBRE DE 1950

Atentado contra un presidente



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, señor Rómulo Betancourt, escapó ayer a las 9 y 15 minutos de la mañana de un atentado terrorista cuando se dirigía a la avenida Los Próceres para asistir a los actos que allí se iban a realizar con motivo del Día del Ejército. Cuando la caravana oficial, compuesta por tres vehículos, pasaba por la avenida Los Símbolos, estalló un poderoso explosivo colocado en un automóvil color verde que fue parado por un lado de la vía y accionado a control remoto en el preciso momento en que pasaba frente al sitio el coche presidencial.

En el vehículo viajaban el presidente Betancourt; el ministro de la Defensa, general de brigada Josué López Henríquez y su señora esposa, Dora de López Henríquez; y el jefe de la Casa Militar, coronel Ramón Armas Pérez, quien pereció casi instantáneamente, así como Luis Elpidio Rodríguez, un joven que se hallaba próximo al lugar y que se dirigía también a presenciar el desfile militar en Los Próceres.

Tanto el presidente Betancourt como los esposos López Henríquez resulta-

ron lesionados, así como el conductor del auto, Azael Valero; el médico personal del presidente, Dr. Francisco Pinto Salinas, quien viajaba en otro vehículo, y Félix Acosta, el motorizado de la comitiva presidencial.

La noticia del atentado se conoció casi de inmediato en toda la ciudad. La gente se volcó al lugar donde ocurrió el atentado y los dirigentes políticos, así como los miembros del gabinete y otros altos funcionarios, se trasladaron de inmediato al Hospital Militar en la Ciudad Universitaria para enterarse del estado de salud del jefe de Estado. Más tarde, desde Miraflores, los doctores Raúl Leoni, Rafael Caldera y Jóvito Villalba, dirigentes de los partidos de la coalición, dirigieron alocuciones a la nación condenando el reprobable hecho, así como el doctor Rafael Pizani, ministro de Educación, y el presidente de la Confederación de Trabajadores de Venezuela, José González Navarro.

El repudiado hecho fue concebido y maquinado desde el exterior por Marcos Pérez Jiménez, Silvio Gutiérrez, Luis Felipe Llovera Páez y P.A. Gutiérrez Alfaro, en connivencia con el tirano de Santo Domingo, Rafael Leónidas Trujillo.

Al mediodía, el ministro del Interior dirigió un mensaje al país dando cuenta del hecho y por la tarde leyó el decreto por el cual se suspenden o restringen algunas garantías constitucionales, según lo acordado por el Consejo de Ministros, que estuvo reunido casi todo el día.

Por la noche, el presidente recibió a los periodistas en el Hospital Militar y pasadas las 11 y 45 llegó a Miraflores, desde donde dictó unas declaraciones que se publican en otra parte de esta edición.

El presidente Betancourt, al llegar al palacio, hizo oficialmente, a través de su oficina de prensa, las siguientes declaraciones:

“El atentado de hoy es una revelación más de que los enemigos nacionales e internacionales de la democracia venezolana no se detienen en medios y procedimientos para establecer el despotismo en este país.

”Nunca he ignorado los riesgos que comporta una actitud decidida e indeclinable como la mía de contribuir a que en nuestro país se establezca la democracia representativa, respetuosa de los derechos humanos, se forje una

economía propia vigorosa y que la justicia social y la cultura alcancen a todos los venezolanos.

”Lo que ha sucedido no me arredrará y seguiré siendo leal al mandato que recibiera del pueblo de Venezuela en libres elecciones. Mucho me ha preocupado el riesgo de muerte que corrieron mis acompañantes, el general Josué López Henríquez y señora; el coronel Ramón Armas Pérez, jefe de la Casa Militar; el chofer Azael Valero y el motorizado Félix Acosta.

”Agradezco y valoro en toda su magnitud el compromiso mío para el futuro y las palabras de solidaridad que en forma caudalosa han llegado a Miraflores”.

El Nacional

SÁBADO, 25 DE JUNIO DE 1960

El asesinato de Lesbia Biaggi

~Ezequiel Díaz Silva~



L CUMPLIRSE SIETE DÍAS DEL ASESINATO Y VIOLACIÓN de la joven oficinista Lesbia María Biaggi, de 24 años y oriunda de Pariaguán, la Policía Técnica Judicial estima tener esclarecido el hecho y la investigación del criminal.

La exempleada de la Cámara de Comercio del estado Bolívar fue hallada muerta a puñaladas en las primeras horas de la mañana del pasado domingo. Su cadáver estaba tendido en el pavimento del dormitorio, en la casa-quinta N.º 7 de la vereda 5, urbanización Vista Hermosa.

En el inmueble donde fue cometido el crimen se encontraban la madre de la occisa, Carmen Tapia de Biaggi, el sacerdote Luis Ramón Biaggi, su tío y una menor. Fue precisamente la señora de Biaggi la que hizo el hallazgo del cadáver, cuando le llevaba una taza de café a su hija.

El sacerdote Luis Ramón Biaggi, hermano de Lesbia María y capellán de la cárcel pública de Ciudad Bolívar, ofreció hoy sus primeras declaraciones a la prensa en torno al suceso. Calificó la muerte de su hermana como un hecho horrendo.

“En mi casa –dijo– se reprodujo vivamente el cuadro de una santa de Italia. Se trata de Santa María Goretti, asesinada en su propia casa por defender su integridad ante la presencia cobarde de un sádico”.

“Aún estamos como aturcidos, pero Dios y el desbordamiento afectuoso de nuestros amigos nos han levantado el espíritu. Tenemos una mártir que nos infunde desde el cielo fortaleza para seguir luchando, porque para nosotros ahora más que nunca eso es el vivir”, dijo para concluir el padre Biaggi.

Los hermanos de la oficinista, entre ellos el abogado Nanzo Biaggi, Ángel, Frank Biaggi y Ada, manifestaron que el novio de Lesbia María, el joven Rigo-berto Franceschi, está libre de sospechas en torno al caso.

El doctor Nanzo Biaggi manifestó que, en su condición de abogado y hermano de la oficinista, se convertirá en acusador del individuo que llevó a cabo el asesinato.

“Sea quien fuese el criminal, pediré a los jueces la aplicación de la máxima pena que establece el Código Penal, o sea treinta y cinco años de presidio”, dijo el abogado.

Buscan a dos exreclusos

El profesor Honorario Aranguren, jefe del Buró de Investigaciones de la Policía Judicial, y el doctor Carlos Olivares Bosque, inspector general de ese cuerpo policial, están dirigiendo las investigaciones para esclarecer el crimen de Lesbia María Biaggi.

Al mediodía de hoy admitieron funcionarios de la PTJ haber adelantado en el esclarecimiento del crimen. Añadieron que se busca activamente en toda la región de Guayana y otros estados del oriente de la república a dos exreclusos de las Colonias Móviles de El Dorado, contra los cuales hay indicios de culpabilidad.

El par de delincuentes cumplió hace poco condena en el penal de Guayana por actos de sadismo en Caracas y la noche en que fue cometido el asesinato de la oficinista fueron vistos por la urbanización Vista Hermosa en actitudes sospechosas.

El padre Biaggi fue amenazado de muerte

Familiares de la joven asesinada dieron a conocer a los enviados especiales de *El Nacional* que el padre Luis Ramón Biaggi, por acusar públicamente hace varios meses al teniente Hugo Barilla, prófugo de la justicia, de estar conspirando contra el actual régimen, había sido amenazado de muerte por el militar. Este oficial del Ejército está señalado de haber tomado parte del alzamiento de Barcelona.

Recordaron los informantes que, siendo el sacerdote Biaggi capellán del Ejército en esta zona, el teniente Barilla lo acusó de no ser ningún religioso sino un militante de un partido político. Posteriormente el prelado fue retirado del cargo, pero al enterarse de las actividades conspirativas del militar lo denunció públicamente. Fue entonces cuando recibió la amenaza de muerte.

Detenida exnovia de un hermano de Lesbia

Entre el grupo de detenidos por la Policía Judicial de Ciudad Bolívar figura Ivonne Amoroso, vigilada en su domicilio y diariamente llevada a la sala de interrogatorios del Buró contra Homicidios.

El doctor Nanzo Biaggi la denunció la noche del velorio del cadáver de Lesbia María para que fuese investigada en torno a la hipótesis del crimen.

Ivonne Amoroso era novia de Frank Biaggi y actualmente espera un hijo de este para dentro de cinco meses. El propio hermano de la oficinista muerta confirmó la noticia.

“Actualmente tengo amores con Casta Aguirre. Ivonne se presentó la noche del velorio de mi hermana –dijo Frank Biaggi– y en la puerta de la casa se enfrentó con mi prometida, a la cual le expuso: ‘Te das cuenta de lo que está pasando ahora’”.

El doctor Biaggi consideró esa expresión de Ivonne Amoroso bastante sospechosa y pasó a denunciarla a la PTJ.

Declara el novio de la oficinista

Rigoberto Franceschi, novio de la exempleada de la Cámara de Comercio de este estado, ha sido en más de una ocasión sometido a interrogatorios en la PTJ; sin embargo, hoy quedó libre de toda sospecha.

El joven se trasladó a las 9 de la mañana junto con hermanos de Lesbia María Biaggi al Cementerio General de esta capital, donde depositó flores sobre la tumba de su prometida.

“Estuve con ella, su señora madre y el padre Biaggi en la celebración de un bautizo en casa de la familia Cuam. Eso fue el sábado 14 de octubre. A las once de la noche decidimos regresar a nuestras respectivas casas y el sacerdote era quien conducía el vehículo”, manifestó Franceschi.

El prometido de la oficinista se quedó a dos cuadras de su domicilio esa noche. Antes se había despedido de Lesbia María.

“Esa noche –dijo– acordamos contraer matrimonio a fines del presente año, pero en caso de algún problema de última hora la boda se realizaría en el mes de enero”.

La casa-quinta donde se cometió el crimen fue desalojada por la familia Biaggi. Anoche mismo se trasladaron a otra casa de la misma urbanización.

A pesar del anuncio hecho hoy por la comisión de la Policía Judicial de que fueron dos exreclusos de El Dorado los presuntos criminales de la oficinista, otras versiones e hipótesis no han sido descartadas.

El Nacional

CIUDAD BOLÍVAR, 22 DE OCTUBRE DE 1961

El último de los «amiguitos»

~Germán Carías Sisco~

E**N UNA EMBOSCADA CALLEJERA**, sin poder disparar el revólver Colt 38 que hace apenas cinco días compró a un amigo traficante en armas, Argimiro Morán, el tristemente célebre “Amiguito”, que fue sindicado hace años por la policía como uno de los presuntos jefes del *gang* del crimen, cayó abatido hoy de nueve balazos.

El asesinato del hombre de 60 años, que estuvo en presidio de 1955 a 1963 bajo acusación de haber matado a balazos a un ganadero, causó estupor en toda la amplia comarca que baña el Escalante. Nadie podía creer que Argimiro Morán, el temible jefe de Los Amiguitos, pudiera haber sido liquidado en una lucha armada, en plena calle.

Algunos choferes de línea que llegaron poco antes del mediodía de El Vigía contaron, aún atemorizados, el dramático fin del viejo granjero de voz afable y cordial que un día se convirtió en el terror del distrito Colón.

Argimiro quedó allá en El Vigía, tendido a mitad de la calle frente a una estación de servicio, cercana a la inspección de vehículos, con nueve balazos

en el cuerpo. Sus presuntos asesinos, Félix Enrique Borges y Ramón Aquiles Molero Urdaneta, lo sitiaron en la bomba cuando detuvo su camioneta *pick-up* verde J3-1018 para llenar el tanque de gasolina. En aquel vehículo, que utilizaba para transportar el mercado de los cerdos y gallinas criados en su pequeña granja, había salido temprano esta mañana a El Vigía junto con su esposa, Mercedes Ochoa de Morán, de 53 años.

Al estacionar su camioneta junto a uno de los surtidores de gasolina y tratar de bajar del vehículo, tres hombres abrieron fuego contra él, casi al mismo tiempo. El jefe de Los Amiguitos trató de desenfundar su revólver, que llevaba siempre entre la faja de su pantalón, oculto bajo la camisa, pero las balas de sus enemigos le destrozaron el pecho y la cara, causándole la muerte instantáneamente.

Mercedes Ochoa de Morán quedó gravemente herida dentro de la camioneta, con dos disparos en el pecho y uno en la cabeza. Otra mujer, identificada como Ana Teresa Parra, al parecer transeúnte, resultó también herida de un balazo. Mercedes de Morán fue internada media hora después –el suceso se produjo a las nueve y media de la mañana– en el Hospital Los Andes de Mérida, siendo sometida a una delicada intervención. Su estado, según acaba de revelarse, es de cuidado. La otra herida se ignora a qué instituto asistencial fue conducida.

Al intensificarse el tiroteo en las cercanías de la Inspectoría de Tránsito, varios agentes policiales y dos agentes fiscales rodearon el sector. Lograron detener en el automóvil B6-1876 a los hermanos Félix Enrique y Nerio de la Asunción Borges y a Ramón Aquiles Molero Urdaneta, sindicándolos como presuntos autores del crimen. Cada uno de los tres hombres tenía un revólver en su poder. Las autoridades afirman poseer pruebas decisivas contra el trío de presuntos criminales.

El cadáver de Argimiro Morán permaneció casi tres horas a un lado de la calle, con la cara al sol. A su lado, lleno de sangre, quedó el sombrero alón tejano blanco que el tristemente célebre Amiguito enarbolaba desafiante en vida en su reto permanente a la muerte.

Yo quiero sepultar el pasado

Frente amplia, despoblada, ojos sagaces, escrutadores. Argimiro Morán se detuvo nervioso hace cinco días al frente de la Clínica Colón, en la calle que va al cementerio.

El hombre más temido de Colón alzó irritado aquella tarde su sombrero alón tejano ante la presencia de los periodistas. Nervioso, preocupado, pidió a los reporteros que pasaran a la clínica para “hablar como hombres”.

Habíamos estado buscando a Morán desde por la mañana. La Policía Judicial le acababa de decomisar un revólver Smith & Wesson por porte ilegal de armas, mientras en varios periódicos de ese mismo día su nombre era asociado al asesinato de un comerciante en Cabimas, por cuya muerte el sindicato del crimen de Colón había pagado 18 mil bolívars de contado al victimario, un colombiano indocumentado.

En las notas de prensa, Argimiro Morán estaba identificado como el jefe del *gang*, el mismo hombre que supuestamente había pagado al asesino para liquidar al comerciante.

Los reporteros de *El Nacional* estuvieron antes de ese encuentro con el Amiguito en su granja Santa Teresita, allí cerca del aeropuerto. Un vecino dijo que como era día de los difuntos, Argimiro había ido con su esposa y un hermano en su camioneta *pick-up* al cementerio para visitar la tumba de un familiar. Allí lo buscamos después del mediodía. Pero Morán se refugió en la clínica al ser informado por un chofer de que “dos desconocidos” lo andaban solicitando.

Cuando media hora más tarde vio caminar hacia él al fotógrafo y al reportero de *El Nacional*, se parapeteó a las puertas de la clínica y en rápido ademán soltó los dos botones inferiores de su camisa, dejando al descubierto la cache de un Colt 38.

“Uno nunca sabe quién lo anda buscando –y soltó entonces la risotada al identificar a los periodistas–. Yo tengo muchos enemigos. Hay más de uno que quisiera dejarme ‘helado’ de varios balazos. Y claro, hay que tomar sus precauciones, amiguito”.

Por primera vez desde que salió de la cárcel de Maracaibo al ser sobreseída su causa por presunto asesinato de un ganadero, Argimiro Morán accedió ese día a “hablar con los muchachos de la prensa”. Luego del enojoso recibimiento, actuó como anfitrión modelo de los reporteros, convidándolos a su granja para “contar su triste historia”.

Allá, en Santa Teresita, en la granja desde donde se mira el Escalante murmurante en su apacible paso por Santa Bárbara, Morán nos presentó a su familia.

“Mi esposa Mercedes es la más santa de las mujeres. Desafortunadamente no ha regresado todavía, pero aquí está mi suegra, que es una madre para mí, mis dos sobrinos y este carricito a quien estoy criando desde que tenía dos meses y que voy a bautizar con mi nombre para que cuando yo muera alguien pueda llamarse Argimiro Morán”.

Junto a los cochinos “encebados” de sus criaderos y sus perros “realengos” de la granja, el Amiguito cargó en brazos al niño de dos años que le trajeron desde la frontera para que lo criara y lo cubrió de mimos y besos.

“Como no tuve hijos varones en ninguno de mis matrimonios –y sus ojos se enrojecieron, casi a punto de estallar en llanto–, me quedé con este carricito. Es un alma de Dios y cómo me tiene amarrado. Cuando sea grande ojalá que no tenga la misma mala suerte que he tenido yo... Yo quiero olvidar el pasado”.

Y recordó entonces su historia, apretando con fuerza contra su pecho al niño negro de ojos vivaces y pelo rizado.

A mí que me dejen vivir en paz

Recostado al tranquero del corral de los cochinos, Argimiro Morán nos habló ese día bajo el sol caliente de su azarosa vida en el campo.

Le dolía aceptar que a él lo estuvieran considerando todavía como “el enemigo público número uno del Zulia” cuando, como dijo, allí estaba ahora criando marranos, “sin hacerle daño a nadie”.

“Aquí vivo apartado de todo –contó con voz ahogada–. Mis únicos amigos son estos perros sucios que me han resultado mejores compañeros que mu-

chos hombres. La prisión, amiguitos, me enseñó demasiado. Ocho años estuve en esos calabozos inmundos. Todo fue por una venganza de sangre. Pero eso es mejor olvidarlo... No viene al cuento”.

Prefirió narrar algo de su infancia. Había sido un niño muy pobre, hijo de campesinos desposeídos. Los “viejos” ni siquiera tuvieron para pagarle un buen colegio. Solo estudió hasta tercer grado en la Escuela Francisco Javier Pulgar. A los ocho años ya estaba echando escardilla y machete en el campo.

“Esta granjita la compré ya de hombre, a puro trabajar. Mis otros cinco hermanos varones y la única hembra también se hicieron a ‘lo macho’. Nadie nos dio nada. Yo fui el segundo hijo entre los varones. Jamás he sido el vagabundo indeseable que pintan por allí. Lo que pasa es que mucho se habla y ustedes los periodistas le hacen caso a todo el mundo”.

Habló también de su infortunio en el primer matrimonio. Cuando cumplió veinte años, se casó con Celda, una muchacha campesina bonita, en quien jamás tuvo hijos.

“Era buena, pero no nos comprendimos. Antes de casarme, había tenido una niña en otra compañera. La muchacha ahora es una mujer. Tiene 35 años, está casada y vive en Maracaibo. A esa edad, justamente, volví a casarme. Fue cuando me encontré con Mercedita. Somos muy felices. Como no tenemos hijos, decidimos adoptar a este negrito. En las ferias de la Chinita lo llevaré a bautizar a Maracaibo. Se llamará Argimiro, como su padre”.

Después refirió las desventuras de su juventud. Admitió haber crecido con un complejo, el haber tenido hermanos de varios padres. No conoció diversiones ni buenos modales. Su papá solo le dio como herencia una escardilla y un pedazo de tierra en la granja El Solito, donde Argimiro sembraba plátanos y yuca con su familia.

“Así nos hicimos hombres. Cada quien cogió después por su lado, pero siempre hemos estado muy unidos. A raíz del asunto ese que me llevó a prisión, nos bautizaron como ‘Los Amiguitos’, comenzaron a inventarnos historias. A mí me acuñaron lo de jefe de la banda, el enemigo público número uno. Ahora todo el mundo anda disgustado porque nunca aflojo mi revólver”.

—¿A quién le teme?

Nos miró de reojo. Con un gesto retador, soltó en voz alta:

—Mire, amiguito, yo nunca le he temido a nadie. Ni a la muerte. Eso de que ando armado es aquí necesario. Yo tengo muchos enemigos con ganas de enviarme al cementerio. Ayer no más, la PTJ me quitó un Smith & Wesson y me tuvo arrestado varias horas. Pero hoy me compré otro revólver, un Colt nuevito. No puedo dejar que me madruguen. Yo sé que es ilegal, pero no voy a quedarme con las manos quietas cuando me echen de balazos.

—¿Piensa que los familiares de ese ganadero que murió hace 15 años de tres balazos traten de asesinarlo?

Saltó en medio de la cochinera, como enfadado, y ripostó agitando los brazos sobre su cabeza:

—Ya olvídense de eso. Eso vino porque a mi hermano mayor le jugaron sucio en un negocio. Yo logré saldar la cosa, quitándoles el dinero a los embaucadores. Ellos entonces mataron a puñaladas a nuestro amigo Augusto Navas. A las pocas semanas, cayó este ganadero, cuyo nombre no es bueno recordar para no hacer crecer más odios. A mí me zamparon en la cárcel ocho años. Al salir, ya había olvidado todo. Aquí estoy alejado de todos, en mi granja. Yo no soy ningún santo, pero que me dejen vivir en paz y tranquilidad. Yo quiero olvidar el pasado y morir en mi cama...

Y aquel hombre temido en la sabana lloró esa tarde emocionado, mirando con nostalgia las travesuras del negrito de pelo ensortijado que él quería que se llamara Argimiro. El destino en su azarosa vida de fugas, cárcel y persecuciones lo arrancó esta mañana del campo para arrastrarlo a su trágico fin en la ciudad.

Argimiro Morán no pudo morir en la cama como había anhelado en los últimos años. Cayó abatido de nueve balazos en plena calle, acostado como cualquier delincuente.

El Nacional

SANTA BÁRBARA DEL ZULIA, NOVIEMBRE, 1967

La muerte de un guardia nacional

~ Enrique Rondón ~



L SÁBADO 26, A LAS 10 DE LA NOCHE, en la subida de Alta Vista, a pocos metros de la avenida Sucre, yo estaba viendo televisión cuando escuché tres ráfagas de disparos. Hubo intervalos entre ellas. Me pareció que eran disparos de igual potencia. No creo, por la rapidez de las detonaciones, que se hayan podido hacer disparo por disparo.

Me asomé a la ventana del apartamento donde vivo y, gracias a la luz de los faros de un vehículo que subía, pude ver el cuerpo de un hombre sangrando. La víctima estaba entre la acera y la calle, boca contra el suelo.

Cerca del cuerpo del hombre había tres individuos jóvenes –digo jóvenes por la agilidad con que se movían– que portaban metralletas. Solo recuerdo a uno de ellos. Llevaba camisa blanca manga larga y un pantalón que no podía precisar si era marrón o negro.

Algunos habitantes del edificio comenzaron a gritar “¡asesinos, asesinos!”. Dos hombres se encontraban en la puerta del estacionamiento del edificio y trataban de alumbrar con las linternas los rostros de quienes gritaban.

A los 10 minutos, después de los disparos, llegó un carro color marrón, con techo de vinil, que giró en U. Uno de los hombres con metralleta tomó al herido por los brazos, otro por las piernas y el tercero abrió la puerta. Montaron al hombre en el carro y se fueron.

A los pocos minutos, un hombre fuerte, de 1 metro 75 aproximadamente, algo, gordo, de piel blanca, camisa rosada, manga corta, que llevaba por fuera del pantalón, comenzó a buscar con una linterna lo que presumía eran las conchas de las balas. Esta operación duró como hasta las once y media de la noche. A él se le incorporó un hombre moreno, de baja estatura, pelo liso y bigotes.

Esa noche la visibilidad era buena. La subida de Alta Vista es una vía por la que circulan carros en ambos sentidos. El taller frente al cual cayó el hombre siempre está iluminado. A unos cinco metros del lugar se encuentra un poste de alumbrado.

Por la distancia a la que me encontraba, me resultaría muy difícil reconocer a los presuntos funcionarios que participaron en el hecho. Lo más que podría reconocer sería las camisas que llevaban y al hombre que supuestamente buscaba las conchas.

Fue al día siguiente cuando me enteré de que la víctima era sargento de la Guardia Nacional.

Esto fue todo lo que vi, lo que recuerdo y lo que declararé al juez Luis Lecuna y a la fiscal Malena Padilla de Verde. Como periodista no quería escribir sobre el tema. Ni siquiera pedí tratarlo. Declaré en el tribunal porque lo consideré un deber. Escribo este testimonio porque me obliga quien ha sido mi maestro en el periodismo judicial, Víctor Manuel Reinoso, quien en *El Nacional* de ayer me atribuye una serie de conocimientos sobre lo sucedido que no corresponden a lo que dije en el tribunal ni a lo que recuerdo haber visto. Mi maestro se olvidó, al parecer, de una lección que me ha repetido muchas veces: “Estoy convencido de que en esto del periodismo no importa ser ágil, sino conocer a la gente, y así se logran sus informaciones”. Cuando yo salí del tribunal, el viernes, quería entregar temprano y no pude comentar con Reinoso mis impresiones sobre las declaraciones, las preguntas que me hicieron, ni mis respuestas.

El Diario de Caracas

DOMINGO, 3 DE JUNIO DE 1979

Ni los posgrados lo salvaron

~Edgar Larrazábal~

U**N MATRIMONIO SE SEPARA.** Se inicia un proceso que culmina en divorcio. De la unión matrimonial nace un niño. Mientras se decide la situación de sus padres, “Ernestico” vive con su mamá en la casa de una tía. Para el niño se inicia un proceso que no logra entender.

A su padre lo ve cada dos domingos. El 3 de junio fue uno de esos tantos domingos esperados por Ernesto Antonio Portillo, de 6 años de edad. Generalmente el padre trata de que su hijo disfrute esos momentos.

Antonio Portillo, de 32 años, padre de Ernesto, es graduado en Sociología en la Universidad Central de Venezuela, con dos posgrados en París. El último tuvo una duración de 3 años y lo hizo sobre Recursos Humanos. Su actividad tenía que ver con planificación. Aparte de su esposa, aparentemente no tiene más familiares. Según amigos de la familia, Portillo había perdido a sus padres varios años atrás. Regresó de París –se supone que junto a su esposa e hijo– hace unos 8 meses. Su hogar lo había instalado en Macaracuay, residencias Murillo, piso 1, apartamento 14.

Maritza de Portillo –madre de Ernesto– también es socióloga y trabaja en

un organismo oficial, en una actividad vinculada con los recursos humanos.

Como en cualquier unión, el matrimonio de los Portillo tuvo sus problemas.

A las 8:00 pm, mientras el país seguía atento el proceso de las elecciones municipales, Antonio Portillo había decidido el futuro de su hijo Ernesto. En su apartamento en Macaracuay obligó al niño a ingerir una buena dosis de Ativan y Mogadon. Ernestico durmió y murió. Después él también ingirió las pastillas con casi una botella de whisky.

Ayer, cuando Antonio Portillo era trasladado a un retén judicial, los periodistas pudieron entrevistarle: “Cristo –dijo– ponía la otra mejilla cuando lo golpeaban. Sin embargo, cuando irrumpió en el templo de Jerusalén para expulsar a los mercaderes, Jesús estaba lleno de ira. Hay momentos en que el hombre pierde toda perspectiva. Yo no sé lo que me pasó”. Lo que había hecho con su hijo –aceptó– era una “monstruosidad”.

Sus palabras estaban llenas de vergüenza. Su tono era bajo y pausado, como quien no tiene derecho a hablar. “Para tratar de arreglar mi matrimonio, mi esposa y yo habíamos asistido a dos sesiones con psiquiatras”, y agregó: “Los detalles de esta decisión los envié en una carta al periodista Rómulo Rodríguez de *El Nacional*”.

En la funeraria La Diplomática, en la avenida Venezuela de El Rosal, Maritza de Portillo no pudo hablar sobre los hechos. “Ni siquiera nosotros, que somos allegados a la familia, nos hemos atrevido a preguntarle sobre esto”, dijeron familiares.

Machismo, inseguridad en sí mismo, incomprensión quedan en el aire.

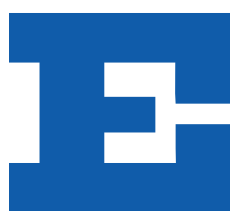
Los detectives de la División Contra Homicidios consideran que Antonio Portillo podría sufrir problemas mentales. Antes de que su caso sea procesado por los tribunales de justicia, se ha ordenado una experticia psiquiátrica.

El Diario de Caracas

MARTES, 5 DE JUNIO DE 1979

Asaltan el banco más vigilado de Guarenas

~Edgar Larrazábal~



L MIÉRCOLES, RITO BRICEÑO –gerente del Banco Mercantil y Agrícola, sucursal Guarenas– traspasó temporalmente su cargo a Orlando Vásquez; se dispuso a tomar sus vacaciones anuales.

El banco, situado en el Centro Comercial Trapichito, en el complejo urbanístico del mismo nombre, es considerado por los expertos como “el más seguro” de los establecimientos en Guarenas. La vigilancia está a cargo de la empresa de serenos privados Serino, establecida en Chacao. Dos funcionarios de esta compañía asumen la responsabilidad del banco. Uno de ellos vigila las instalaciones, mientras el otro permanece en el interior de una garita bancaria. A unos 20 metros se encuentra el Banco Unión, en el mismo centro comercial. Situado en la planta baja, la fachada del Banco Mercantil y Agrícola se puede divisar desde la calle, de la cual está separado por el estacionamiento del lugar. Ocupa un área de aproximadamente 100 metros cuadrados.

Ayer, con apenas dos días de haber asumido la gerencia del banco, Orlando Vásquez se enfrentó a la situación más difícil de su vida. Como lo impone la

rutina bancaria, llegó a las 8:00 am para abrir la bóveda del banco. Al mismo tiempo comenzaron a llegar los empleados, hicieron arqueos de caja, sacaron el dinero, el vigilante volteó el carteloncito que señalaba “cerrado” y las puertas del banco se abrieron exactamente a las 8:30 am.

La mayoría de los bancos en Guarenas iniciaron sus labores con cierto nerviosismo. En la edición del jueves, el matutino local *La Voz Diaria* abrió su edición con esta información: “Frustrado atraco al Banco Industrial. La PTJ detectó los cables de la alarma rotos”. Para los gerentes de seguridad y los funcionarios de la Policía Técnica Judicial de Guarenas, la frustración de este posible atraco que se iba a perpetrar también presentaba la posibilidad de que la banda de asaltantes estuviera a la caza de otra agencia bancaria.

La mañana transcurrió en medio de la normalidad en el Banco Mercantil y Agrícola. Los empleados estaban un poco incómodos con el método de trabajo del gerente suplente Orlando Vásquez. Algunos clientes retiraban su dinero. Otros lo depositaban.

A las 10:40 am, dos clientes llenaban los formularios de depósito de dinero en una mesa alta de fórmica marrón, localizada a cinco metros de la caja. Cinco hombres, portando armas cortas y largas, además de una granada, rompieron toda normalidad en el banco: “Quieto todo el mundo... esto es un asalto”.

Las 30 personas que a esa hora se encontraban en la agencia empalidecieron y acataron al pie de la letra la orden de los asaltantes. Cada atracador ocupó una posición estratégica. Uno preguntó por el gerente: “Yo soy”, respondió Vásquez. El otro sometió al vigilante que deambulaba de un lado a otro en el banco. Uno más detuvo a la supervisora Belkis Ríos de Pérez. Los otros dos se ubicaron al lado de las cajas. En la garita, el otro custodio del Banco Mercantil y Agrícola de Guarenas, nervioso por la situación, optó por quedarse tranquilo ante el peligro que corrían las vidas de las personas sometidas por los atracadores.

Los asaltantes eran jóvenes. Algunos tenían el rostro cubierto con medias de nailon. Dos más, para completar un grupo de siete, esperaban en la parte externa del banco.

Orlando Vásquez, gerente por 30 días, trasladó al jefe de la banda hasta la bóveda de seguridad. Los asaltantes actuaron con rapidez: recogieron el dinero que pudieron y uno de ellos tomó por el brazo al gerente. Cerca de la puerta del banco, el vigilante que se encontraba en la garita apretó el arma: “Al gerente se lo llevan”, pensó y disparó. Los asaltantes le respondieron, mientras corrían rumbo al exterior del banco. Los disparos, en su trayectoria, pasaban exactamente a la altura de la mesa de fórmica marrón donde se encontraban dos clientes llenando los talonarios de depósito de dinero. Uno recibió un tiro en la parte inferior de la oreja, con orificio de salida por la boca; el otro fue herido en el brazo izquierdo. Un vigilante accionó la alarma.

Los asaltantes continuaron su huida, sujetando por el brazo al gerente Orlando Vásquez. Llegaron hasta el vehículo –un Chevrolet Caprice, modelo 78, color beige–, en la parte lateral del estacionamiento del Centro Comercial Trapichito. Una vez en el carro, soltaron al gerente Orlando Vásquez y emprendieron la marcha en dirección al oriente del país.

La PTJ llegó al lugar, casi en el mismo momento en que huían los asaltantes. Los heridos fueron trasladados de urgencia al Pérez de León, en Petare, Caracas, ante la gravedad de uno de ellos. Fueron identificados como: Mario Tonini, de 45 años de edad, venezolano, cédula de identidad 6.888.245, residenciado en San Antonio de Los Altos, quien presenta un cuadro médico delicado a causa del disparo que recibió en la parte inferior de la oreja, y Víctor León, de 39 años, venezolano, residenciado en la urbanización Trapichito de Guarenas, quien recibió un tiro en el brazo izquierdo.

Cuando los periodistas llegaron al lugar de los hechos, un grupo de policías locales cerraba el paso hacia el banco. Una cortina impedía, también, ver el interior de la agencia bancaria. Durante casi dos horas, los funcionarios de la PTJ, al mando del comisionado Iván Varela, levantaron huellas e interrogaron a los testigos del asalto. Cuando los detectives terminaron sus labores, todavía se desconocía el monto total de lo robado. Cerca de las tres de la tarde los auditores del Banco Mercantil y Agrícola dieron su veredicto: “Se llevaron 220 mil bolívares”.

En un Dodge Aspen amarillo, Orlando Vásquez, en compañía de la supervisora del banco, fue trasladado a la central de la PTJ en Caracas a fin de lograr el retrato hablado de los atracadores.

La Policía Técnica Judicial cerró todas las vías de acceso a Guarenas. Unidades en tierra y un helicóptero fueron movilizadas por las vías que conducen al oriente del país.

El Diario de Caracas
SÁBADO, 4 DE AGOSTO DE 1979

Hurtan joyería mientras diputados discuten presupuestos

~Edgar Larrazábal~

E **L DOMINGO, MIENTRAS LOS SENADORES** y diputados escenificaban en el Congreso Nacional el escándalo por la aprobación de créditos adicionales para el Gobierno, el fuerte golpeteo de una mandarina contra la pared de un taller de herramientas artesanales no se sintió.

El sábado a las 5:30 pm, Roberto Gordon, de 53 años de edad, con 34 de residencia en Venezuela, despidió a sus empleados en la Joyería Century, ubicada entre las esquinas de Padre Sierra y Monjas. Chequeó la bóveda de seguridad, los estantes internos y vidrieras de la joyería. Dio un vistazo en la parte posterior del establecimiento, activó la alarma, tomó las llaves y, por último, bajó la puerta de hierro gris que da al frente del Capitolio y aseguró el candado Viro.

La Joyería Century es centro preferido para la compra de oro y brillantes. Los turistas vienen semanalmente por centenares en cruceros internacionales, hacen en ella escala obligatoria prevista por los *tours*. La semana pasada

se presentaron ganancias jugosas para el propietario de la Century, que viene funcionando en ese lugar desde hace 10 años, cuando fue abierta al público.

Ayer, a las 8:30 am, Roberto Gordon levantó la puerta de hierro para iniciar las actividades de la semana. Al mirar hacia el interior de la joyería, se dio cuenta de que las vidrieras estaban rotas, que los estantes internos estaban vacíos y que la bóveda de seguridad había sido violada: “Se robaron las joyas”.

Todo estaba desordenado. Además, los ladrones tuvieron el cinismo de abandonar implementos de trabajo utilizados en el robo. Había sido un plan fríamente calculado al pie de la letra. Según la reconstrucción que realizaron ayer funcionarios de la PTJ, los asaltantes –se desconoce el número y la hora en que perpetraron el hurto– penetraron por una puerta de hierro ubicada a un lado de la joyería en el Pasaje Capitolio. Una vez salvado este obstáculo, llegaron a un taller de herramientas artesanales, en el primer piso del pasaje. Ahí rompieron una gruesa pared. Los ladrones tenían todo previsto: transportaron tres bombonas de oxígeno, acetileno para la soldadura, mandarrias, taladros y otras herramientas.

Después de abrir este primer boquete, caminaron unos 15 metros hasta situarse en la parte superior de la joyería. Hicieron otro boquete y, por el techo, lograron entrar al establecimiento. Una vez en el interior, encendieron el potente soldador y comenzaron a violentar la bóveda de seguridad, cuyas dimensiones son semejantes a las de los bancos. Primero levantaron una chapa de dos centímetros de hierro puro. Luego levantaron una capa de 10 centímetros de hierro armado y, posteriormente, utilizando nuevamente el soldador, lograron separar otra chapa de hierro similar a la primera. Así lograron el acceso a la caja donde se depositaban oro y brillantes, valorados en dos millones de bolívares.

“Por lo menos diez horas permanecieron los asaltantes cumpliendo esta labor”, dijo Roberto Gordon, al tiempo que señalaba con el índice de su mano derecha el estado en que quedó el local. Unos cuantos relojes de calidad quedaron regados sobre uno de los estantes internos de la joyería.

De las joyas en exhibición, los asaltantes se llevaron aproximadamente millón y medio de bolívares. Este ha sido calificado por los detectives de la PTJ como el asalto más cuantioso realizado a joyería alguna. Las primeras estimaciones dan como total tres millones y medio de bolívares. Anteriormente, hace aproximadamente un año y un mes, la Joyería Century fue asaltada. En esa oportunidad los atracadores se llevaron 900 mil bolívares.

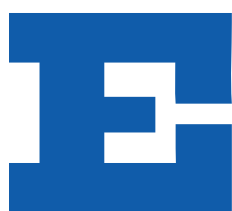
El robo cobra carácter de insólito, al verificarse que el establecimiento se encuentra ubicado a 50 metros del comando de la Policía Metropolitana en la esquina de Monjas, a dos cuadras de la Gobernación del Distrito Federal y a 150 metros de la Prefectura de Catedral. Parece imposible creer –pensando que los asaltantes estuvieron rompiendo paredes y violando la bóveda durante 10 horas– que, en ese tiempo, nadie sintiera el ruido provocado por los golpes de mandarina que aplicaron a dos paredes en el Pasaje Capitolio.

La característica chispa del venezolano relució ayer mientras los periodistas cubrían el hurto: “Con el escándalo que armaron los adecos en el Congreso, quién iba a escuchar martillazos”.

El Diario de Caracas

MARTES, 7 DE AGOSTO DE 1979

Víctima dibuja las identidades de los ladrones



EN EL BANCO HABÍA MUCHA GENTE a las 8:30 de la mañana de ayer. El gerente de la agencia de viajes Florida Tour, Trino Muñoz, con 200 mil bolívares en efectivo y una suma similar de cheques, decidió devolverse a la oficina de turismo: “Pensé que dos horas después la agencia bancaria estaría descongestionada”.

Florida Tour se encuentra ubicada en el Centro Comercial Anauco, en San Bernardino. A las 9:15 am, aproximadamente, Trino Muñoz llegó con el maletín Samsonite donde trasladaba el dinero, producto de la alta temporada turística que se registra por esta época del año, a ocuparse de los quehaceres cotidianos de la agencia. Cinco empleados atendían, como es usual, a los clientes viajeros.

Media hora después, un hombre blanco, de 1,75 metros de estatura, con pelo rojizo, vistiendo elegantes pantalones marrones, camisa y chaqueta beige, bigotes y lentes, entró al lugar: “Señores, esto es un atraco –dijo mientras sacaba un revólver–. No se vayan a mover de sus sitios”.

Muñoz se encontraba sentado en su escritorio. En la oficina también se encontraban sus dos hijos: Rita Carolina Muñoz, de 7 años, y Rafael Ricardo Muñoz, de 8. El maletín con el dinero ubicado a un lado del asiento fue empujado por Trino Muñoz, con la punta del pie, hacia la parte posterior de su escritorio para ocultarlo a la vista.

Otro joven, con afro y piel negra, de 1,80 metros de estatura, compañero del primer asistente, se dirigió al escritorio del gerente: “Cuando lo tuve de frente le dije que en la agencia no había dinero, que si quería lo subía hasta el segundo piso, donde está la caja fuerte, para que constatará que no había nada”. El asaltante no le hizo caso. Abrió las tres gavetas azules del escritorio. Apartó al gerente del lugar y divisó el maletín negro Samsonite. Lo recogió, lo abrió y vio la cantidad de dinero: “Le pedí que por favor dejara los cheques porque con eso no iba a hacer nada. Me contestó: ‘Mis huellas están ahí y tengo que llevármelos’. No se preocuparon por el dinero y las joyas de los clientes. Una cliente me estaba dando en ese momento seis mil bolívares en efectivo y no se los quitaron”.

La acción fue rápida, pero no lo suficiente para que Trino Muñoz, que no sabe karate, pero sí dibujar, grabara en su memoria las facciones de los atracadores. Cuando la Policía Técnica Judicial llegó a la agencia de viajes Florida Tour, Muñoz tenía en un papel blanco lo que en lenguaje policial se conoce como retrato hablado de los asaltantes.

Antes de huir, los dos hombres ordenaron a todas las personas que se encontraban en el establecimiento que se introdujeran en el baño. Ahí las encerraron. La PTJ llegó media hora después y practicó el levantamiento de huellas en el maletín, el escritorio del gerente y en la puerta del baño.

“Me parece extraño que los asaltantes se hayan dirigido directamente en busca del maletín”, afirmó Trino Muñoz.

El Diario de Caracas

VIERNES, 24 DE AGOSTO DE 1979

Atraco que se convierte en secuestro

~Enrique Rondón~

TRES HOMBRES ARMADOS DE PISTOLAS tomaron La Fortaleza, uno de ellos huyó, quedaron dos y funcionarios policiales que querían arrestar a los dos individuos. Estos, armados de pistolas, secuestraron a cinco personas, movilizaron a más de un centenar de funcionarios policiales, a un juez de instrucción, a dos fiscales del Ministerio Público y a periodistas de todos los medios de comunicación social.

La historia comenzó a tejerse ayer a las 6:00 am. Tres hombres armados entraron en la quinta La Fortaleza, en la avenida La Frontera, en San Antonio de Los Altos. Un atraco era la intención de la visita.

Se encontraban en ese momento, en el interior de la casa, Miroslav Kolensik, de 52 años, constructor; Rafaela de Kolensik, de 53; Jana Kolensik, de 23 años; Alberto Gómez, de 25 años, novio de Jana; Francisco Kolensik, de 83 años, y Miroslav Kolensik, hijo, de 25 años.

Miroslav Kolensik, el joven, escuchó un ruido y advirtió que eran atracadores. Saltó por una ventana y pasó a la quinta adyacente, La Adelina, donde pidió que llamaran a la policía.

Mientras esta llegaba, el dueño de la quinta La Adelina le espichó los cauchos al vehículo de los atracadores, un Ford Galaxie, modelo 1976, placas MCW706, color rojo. Uno de los presuntos delincuentes huyó a pie por un barranco. Los otros dos regresaron a la casa y el atraco se transformó en secuestro.

La Fortaleza

El nombre de la casa coincidía con todo lo que iba ocurriendo. Es una casa que abarca casi una manzana. De arquitectura moderna: muchas esquinas y salientes. Las ventanas que daban a la calle eran casi inviolables: las grandes tenían fuertes rejas y las pequeñas eran tan pequeñas que no cabría un hombre. Pero los atracadores entraron.

Fue poco lo que se pudo saber sobre el interior de la quinta La Fortaleza, pero lo poco es significativo: Miroslav Kolensik es coleccionista de armas de fuego. Por ello, los dos hombres ya no tenían solo pistolas. Estaban armados con fusiles y escopetas.

Cuando llegó la comisión de la PTJ, los funcionarios y los secuestradores iniciaron conversaciones a través del intercomunicador de la casa. La primera petición: “Nos entregamos, pero en presencia de un fiscal del Ministerio Público”.

Llegaron dos fiscales: Lino Fornet y Magaly de Sigler. Además, una jueza de instrucción: Cecilia Arismendi Herrera. De inmediato hicieron otro pedido: “Nos entregamos cuando estén los periodistas”. Llegaron los periodistas, los camarógrafos, los fotógrafos y el grupo especial de la PTJ.

A las doce, La Fortaleza estaba rodeada. Desde edificios, los francotiradores de la PTJ tenían preparados fusiles M-1. “Son los mismos que usa SWAT”, explicó con orgullo uno de los funcionarios que llevaba, además, un chaleco contra balas.

Las negociaciones

El primer mediador fue Ángel Velarde, reportero de *El Mundo*. Se ofreció y fue aceptado por la policía y los secuestradores. Su papel se limitó a la primera conversación con los secuestradores, donde pidieron la presencia del fiscal

del Ministerio Público. Posteriormente, Velarde continuó con las comisiones policiales. Asistió a varias reuniones donde, aparentemente, se planificaban medidas. En una oportunidad, un observador lo llamó “comisario”.

En la tercera conversación, los secuestradores pidieron que entraran los dos fiscales y la jueza. La fiscal Magaly de Sigler se negó, dijo que era muy nerviosa. La jueza Cecilia Arismendi no estaba muy segura. Por ello, un comisario de la PTJ les habló a los secuestradores: “Dejen que entre solo el doctor Lino Fornet. Comprendan que el resto son mujeres, deben comprender. Están nerviosas... son mujeres”.

A pocos metros del lugar estaban Sandra Guerrero, de Radio Caracas Televisión, y Fanny Tinoco, de Venevisión. Entraron el fiscal y la jueza. Volvieron luego de quince minutos: “Ellos quieren salir armados y con rehenes. Uno dice que le da vergüenza que su familia lo reconozca como atracador y entregándose. Que, en todo caso, prefiere que lo maten. Pidieron, además, que no los molestaran durante una hora, ni siquiera tocando el timbre”.

Hora de aburrimiento, de hambre, de especulaciones.

La tarjeta de Navidad

El carro donde llegaron los secuestradores tenía la maleta abierta. En su interior había una media botella de Old Parr y una tarjeta de Navidad con una dedicatoria escueta: “Para el profesor Humberto Rosario, de Alberto Vargas”.

Se supone que el carro fue robado. Pero esa posibilidad no descartó el que se mandara a investigar los datos de la tarjeta. Para ese momento ya habían sido reactivadas las huellas dactilares en la superficie exterior del vehículo.

A las 2:20 pm, luego de una breve conversación entre funcionarios de la Disip, PTJ, los fiscales y la jueza, se ordenó despejar la zona. A lo largo de la quinta se alinearon funcionarios policiales debidamente armados y Ángel Velarde. Los periodistas estaban detrás de una línea establecida por la Policía Metropolitana.

Quienes comandaban las operaciones comenzaron a consultar con Miroslav Kolensik los lugares que permitirían la entrada de la policía sin ser vistos

por los secuestradores. Todos eran preparativos para la decisión que se tomaría a las tres de la tarde.

Llegada la hora, entraron los dos fiscales y la jueza. No duraron ni diez minutos en La Fortaleza: “Quieren un imposible –informó la jueza–, piden que los dejen salir armados y con el fiscal como rehén. Que les habiliten un vehículo, que luego ellos dejan en libertad al fiscal. Eso es un peligro –advirtió– porque puede popularizarse el modus operandi”.

La guerra de los nervios

Quedaba la vía del agotamiento emocional de los secuestradores: arma de doble filo, porque también afecta a los secuestrados.

A las 4:00 pm comenzó el helicóptero de la PTJ a sobrevolar La Fortaleza. Por los altavoces, los funcionarios hacían insistentes llamados a que se entregaran. Nada.

Pasadas las 7:00 pm, Alberto Gómez pidió a los jefes policiales que aceptaran las proposiciones de los secuestradores: “Ellos no tienen inconvenientes en que el fiscal y yo seamos los rehenes. Me parece prudente aceptarlo por la gente, que está muy nerviosa, y ellos no dejan de registrar los cuartos”.

A última hora. A las 9:00 pm, la situación era tensa en la quinta La Fortaleza y sus alrededores. Alberto Gómez, quien aparentemente es el más sereno de los secuestrados, advirtió que entre los dos hombres hay divergencia de criterios. Uno es partidario de la entrega. El otro se niega. Ambos mantienen los rostros ocultos.

El Diario de Caracas

MIÉRCOLES, 12 DE MARZO DE 1980

Incendio en la Torre Norte

~María Eugenia Díaz~



LAS SEIS Y MEDIA DE LA TARDE DE AYER, Rafael Isidro Quevedo, viceministro de Agricultura y Cría, se encontraba reunido en su despacho del piso 16 de la Torre Norte del Centro Simón Bolívar con Antonio Merchán y Esperanza Buenaño, cuando sintió un olor a humo.

A esa misma hora, el mayor Carlos Enrique León, del Cuerpo de Bomberos del Distrito Federal, cenaba con su señora en un restaurant cercano a la esquina de Pajaritos, cuando observó que salían llamas y humo de una de las ventanas de la torre.

Minutos más tarde se encontraron en la planta baja de la Torre Norte los ministros de Hacienda y de la Juventud, Luis Ugueto y Charles Brewer Carías. Trataban de ayudar a las unidades de bomberos y de la Policía Metropolitana que se disponían a subir hasta el piso 12 de la torre, donde se producía el incendio.

Era plena hora de salida de las oficinas y ya había gente esperando carritos “por puesto”, autobuses y carros de alquiler en la zona. Algunos se peleaban

por los cupos, asustados por las llamas. Otros quinientos prefirieron quedarse a ver directamente los hechos.

Fueron llegando las unidades de bomberos, 80 efectivos, un camión escalera, doce cisternas, tres unidades de rescate y ocho ambulancias. La gente aplaudía las acciones bomberiles entre el bullicio de los gritos y las sirenas de ambulancia y policía.

El pánico cundió por algunos minutos cuando los bomberos informaron que “no hay agua en el Centro Simón Bolívar”. Al poco tiempo se pudo ver cómo los efectivos de ese cuerpo hacían subir mangueras de mediano y grueso calibre del piso ocho hacia arriba. Luego las hicieron pasar por el piso 14 hacia abajo, tratando de extinguir las llamas.

Poco a poco fueron desalojando a las treinta y cinco personas que se habían quedado trabajando sobretiempo en la torre. Solo se observaba a un hombre haciendo señales desde uno de los pisos. “Se va a zumbar, se va a zumbar”, decía la gente en Pajaritos. Pero los bomberos impidieron que se produjera cualquier incidente. No hubo heridos. Tampoco ningún muerto. “Afortunadamente”, dijo el viceministro de Agricultura y Cría.

Cuando se creía que no quedaba nadie en la torre, los cuerpos de seguridad que inspeccionaban cada uno de los pisos encontraron a un hombre corriendo por el piso 12, entre el humo y las llamas. Se llama Simón Villegas. “Yo no he hecho nada, yo no fui quien le prendió fuego a eso, estos trescientos bolívares son mi sueldo que lo acabo de cobrar, ¡se lo juro!”, decía mientras dos funcionarios lo hacían subir a uno de los vehículos amarillos de la Disip. “Es un sospechoso y hay que interrogarlo”, dijo un funcionario. Los reporteros corrían hacia una ambulancia. Otro hombre yacía en el suelo, cerca de los ascensores; unos cinco enfermeros y bomberos lo asistían. “No estaba arriba. Fue un ataque de epilepsia, desalojen el área, desalojen el área”, decía un bombero.

Las luces intermitentes de las patrullas y los reflectores de televisión incidían en el rostro de Rafael Isidro Quevedo: “Hace más o menos un año también hubo aquí un incendio, fue el día que yo me encargaba de la dirección

general, un cortocircuito, pero no como esto”. Edgar Figuera fue interceptado por la Disip. “Soy el supervisor de todo el ministerio, lo que le puedo decir es que están instalando unas alfombras en el piso 12, en la Dirección de Ganadería, puede ser que se haya producido un cortocircuito y que la goma que utilizan para pegarlas produjera el incendio”, dijo.

“La corriente de la torre llegaba antiguamente a las barras, ahora tenemos corriente por cables, que es mucho más peligroso, siempre lo he dicho”, reclamaba Figuera. De inmediato, los cuerpos de seguridad prohibieron el uso de los ascensores.

Arreciaba el aguacero a las ocho y treinta en el centro de Caracas cuando el mayor Carlos Enrique León, del Cuerpo de Bomberos, bajó pasándose la mano enguantada por la frente: “Hemos dominado el incendio, señoras y señores, ¡ya está!”.

Rafael Espinoza y Abraham Hernández, dos de las siete personas que aún quedaban en el piso 12 cuando se produjeron las llamas, fueron trasladados a centros asistenciales con síntomas de asfixia. Los documentos de la nueva política lechera, junto con todo lo que había en esas oficinas de Agricultura y Cría, quedaron incinerados.

Una vez “dominado el incendio”, la gente en Pajaritos seguía aplaudiendo a los bomberos, refugiándose bajo el techo del Congreso Nacional. “Está listo, esto está listo. Los bomberos dicen que esto se acabó. Lo apagaron”.

Las verdaderas causas del incidente se desconocen todavía.

El Diario de Caracas

MIÉRCOLES, 6 DE AGOSTO DE 1980

El crimen de Ledezma

~Ezequiel Díaz Silva~

CON LAS MANOS ESPOSADAS y bajo estrictas medidas de seguridad policial, Argenis Rafael Ledezma, exdistinguido de la Policía Metropolitana del Distrito Federal y Estado Miranda, fue trasladado a las 10:30 am de ayer al Retén Judicial de Catia, donde quedó recluido a la orden del Juzgado Quinto de Primera Instancia en lo Penal, a cargo de la doctora Sofía Cardot de Briceño.

Ledezma, quien dentro de poco cumplirá 34 años, se mantuvo sereno durante la última hora que estuvo preso en la sede del Cuerpo Técnico de la Policía Judicial. Vestía una franela roja con mangas cortas y pantalón de kaki. Se le notó que en los últimos cinco días no ha hecho uso de una máquina para rasurarse.

Cuando se produjo el momento del traslado, un centenar de personas aproximadamente se concentraron frente a la entrada principal del edificio de la PTJ. El exdistinguido creía que era gente del barrio San Pablito y de Mamera que manifestaba, pero al no escuchar gritos en su contra se mantuvo sereno y ocupó la parte central del asiento trasero de la unidad policial, en la cual iban cuatro funcionarios de la División de Investigaciones.

Una hora antes, el comisario Leopoldo Yerena –el “Columbo” de la PTJ– y el inspector Asdrúbal Rodríguez, quienes realizaron un exitoso trabajo de pesquisa en el esclarecimiento del caso, sometieron a un nuevo y breve interrogatorio al detenido. Querían saber los detectives si Ledezma revelaría ciertas cosas que no dijo antes.

El comisario y el inspector le preguntaron, entre otras cosas, quiénes actuaron como cómplices en el triple crimen.

“No tuve cómplices. Si yo hubiera buscado a alguien de mi completa confianza para cometer tal hecho, ¿ustedes creen que lo habría encontrado? Lo más seguro era que al proponérselo se hubiese negado. En todo caso hoy sería un testigo que me hubiera hundido. Por esas razones, insisto, actué solo”, dijo el exdistinguido.

Cuando terminó su interrogatorio, el reportero tuvo ocasión de conocer personalmente y hablar durante varios minutos con Argenis Rafael Ledezma. Es un hombre que mide un metro sesenta y cinco y pesa cerca de ochenta kilos. Es de contextura fuerte como sus manos y brazos.

Ledezma, antes de ser policía, cumplió con el servicio militar obligatorio. Dijo que en 1967 fue reclutado y llevado al Centro de Adiestramiento de Conscriptos en el estado Táchira. De allí fue al Teatro de Operaciones 5, en Yumare, donde fue plaza de una compañía de soldados especializados en tácticas antiguerrilleras. El servicio lo concluyó en el Batallón Páez 71, acantonado en San Juan de Los Morros, de donde fue dado de baja el 10 de julio de 1969.

“El primero de agosto de 1969 ingresé al Centro de Instrucción Policial de El Junquito. Al salir del cuartel había alcanzado el grado de cabo segundo del Ejército”, dijo.

Argenis Rafael Ledezma agregó que, en diciembre de 1969, cuando fue creada la Policía Metropolitana del Distrito Federal y Estado Miranda, pasó a ser uno de sus efectivos. Le asignaron la “chapa” 183, la cual llevó hasta el día en que fue dado de baja y puesto a la orden de la PTJ en torno a la investigación del triple crimen.

Relatando los dos años que pasó en el cuartel como individuo de tropa del

Ejército, dijo que, siendo soldado adiestrado en tácticas antiguerrilleras, nunca participó en enfrentamientos contra guerrilleros. Su misión era de patrullaje en zonas rurales.

Fueron limitados los minutos para hablar con Ledezma. Dijo que requería mucho tiempo para hacer un amplio relato del sonado caso Mamera.

“Han dicho muchas mentiras. Una de ellas es que lancé a un guerrillero desde un helicóptero. Yo nunca me monté en un helicóptero cuando estuve cumpliendo el servicio militar obligatorio”, dijo.

El exdistinguido añadió que en su caso se ha tratado de desprestigiar a la institución policial.

“La Policía Metropolitana no está involucrada en este caso. Un hombre que incurre en un delito siendo policía no está actuando en nombre de la institución. Es más, cuando todo ocurrió yo disfrutaba de mis vacaciones y en ese tiempo no usé el uniforme ni el arma de reglamento”.

El exdistinguido no admitió que consumó el triple crimen por motivos pasionales. Insistió en que todo fue producto de sentirse un hombre ofendido en el honor de su hogar.

“Lean el libro *Los perros de paja*. Quizás el contenido de esa obra se refleja en mi casa”, expresó.

Y más adelante reveló:

“Efraín, Douglas y Martín bastante daño hicieron en mi hogar. Durante varios meses de dedicaron a hostigarme día y noche, con expresiones públicas en contra de mi persona, de mi esposa e hijos. Yo bastante aguanté, tomando en cuenta que eran unos muchachos. Pero habemos [sic] hombres que tenemos un límite y ese límite llegó en enero del pasado año”, enfatizó.

—¿Y por qué no cambió de domicilio con su familia para evitar que llegara al extremo de convertirse en un criminal? —le preguntamos.

—Todo fue inútil. No aguanté más.

Según Ledezma, su primera víctima fue el menor Efraín Irausquín Rodríguez, de 17 años. Dijo que lo estranguló en presencia de Douglas Nieves, de 16 años. Después asesinó a este último.

–¿Y cómo hizo para llevarlos hacia una zona montañosa en la parte alta de Mamera?

–Esa noche los encontré y les di la orden de arresto para una investigación. La acataron y en un vehículo los trasladé a una zona solitaria y oscura. Les coloqué unas esposas en las manos y posteriormente estrangulé a uno, a Efraín.

–¿Y el otro no trató de escapar?

–No podía. Gritó, pero solo se escuchaba en el sitio. Era Douglas Nieves, a quien también estrangulé.

Cuando fueron hallados la semana pasada los restos de Efraín Irausquín y Douglas Nieves, no se encontraron restos de sus ropas en el montañoso lugar.

–¿Qué hizo con las ropas de sus víctimas?

–Después de consumado el hecho los despojé de la ropa, que boté en otro sitio.

El exdistinguido explicó que desnudó a sus víctimas para que los cadáveres se descompusieran rápidamente.

Según los antropólogos consultados en el Instituto de Medicina Legal, no es necesario desnudar un cadáver para que se descomponga en corto tiempo.

Ledezma no quiso ahondar más en todo lo que hizo al estrangular a sus dos primeras víctimas.

Al hacer un breve relato sobre su tercera víctima, el joven de 14 años Martín Enrique Mijares Maizo, el expolicía dijo que ante el revuelo que había causado en el barrio San Pablito de Mamera la desaparición de los otros dos muchachos, aprovechó para localizar a Martín Enrique Mijares Maizo (14), de quien su esposa “Chena” estaba enamorada.

“Lo localicé frente a un bloque de Caricuao y le hice saber que sus amigos, Efraín y Douglas, habían aparecido, que tenía que ayudarme. Contraté los servicios de un carro de alquiler y juntos llegamos a la avenida Boyacá. Para esposarle las manos le advertí luego que estaba implicado en la desaparición de sus amigos. Él me creyó y al llevarlo a un solitario lugar, cerca de El Marqués, lo maté, estrangulándolo”, dijo con cinismo el expolicía.

Según el informe de los antropólogos, en los restos de Mijares Maizo solo

se apreció una quemadura en un brazo. Esto hace suponer que el criminal no logró calcinar el cadáver.

“Después de muerto Martín, le quité las esposas y lo despojé de la ropa”, siguió confesando el criminal.

En el curso de las investigaciones la PTJ no ha podido localizar la ropa que el día del crimen llevaba Martín. La zona del hallazgo fue exhaustivamente rastreada, pero sin localizar ni siquiera rastros de la ropa.

Ledezma insistió en que el relato es muy largo sobre el abominable crimen que cometió. Dijo que desde el sitio de reclusión escribirá todo lo que no ha podido conocer la opinión pública y por partes enviará copias a los reporteros de sucesos.

“Trataré de escribir un libro sobre el caso Mamera, pero será el relato parecido al libro *Los perros de paja*”, dijo finalmente.

En el estudio de los huesos de las tres víctimas del expolicía, los patólogos no hallaron evidencias de que el criminal accionara armas de fuego.

El equipo de antropología del IML que trabajó durante 72 horas consecutivas para identificar los restos de los tres muchachos estuvo integrado por las doctoras Maritza Garicoechea y Ana Luisa López. El patólogo fue el doctor Ilderin Domínguez y el radiólogo Carlos González Dimas.

Cuando el expolicía llevaba varias horas recluido en el Retén Judicial de Catia, en el barrio San Pablito fue atacada por numerosos vecinos la casa que ocupaba Ledezma en ese sector.

Todo ocurrió cuando la joven Rosa Aponte, quien últimamente hacía vida marital con el exdistinguido, se presentó al inmueble. A los pocos minutos hubo una poblada que saqueó la casa.

La policía tuvo que intervenir para llamar al orden. Para hoy fue aplazada la entrega de los restos de los tres menores asesinados, los cuales serán sepultados en una fosa común en el cementerio de Macarao.

El Nacional

5 DE MARZO DE 1981

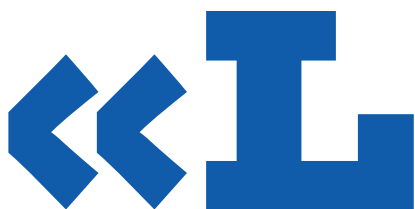
Muerte en la discoteca

~Sergio Dahbar~

*...te robaste una plata y saliste mal jugada
y ahora con sangre te van a cobrar...*

“Te están buscando”, Canciones del Solar de los Aburridos

Rubén Blades y Willy Colón



**AS MUJERES MUEREN EN
MAYO. ES UN MES PÉSIMO PARA
ELLAS”.**

Sus palabras –se trata de un hombre robusto, bien plantado, serio– vuelan cargadas de melancolía. Está parado detrás de la barra. Acomoda botellas de whisky, ron, vodka, ginebra. Limpia los vasos y guarda los vacíos en cajas de cartón, sumergido en la semipenumbra del local. De la avenida irrumpen el ruido agudo, insensato, de los automóviles, mezclado con la tonada monótona de la lluvia. Y en el interior de la discoteca un piano suena débil, casi triste. Al principio, pensé que se trataba de un hilo musical. No es así. Escondido, un negro –con camisa blanca y tirantes que sostienen sus pantalones– respira suavemente. Sus manos, desentendidas de mi presencia, persiguen la nostalgia.

Para esa fecha, 10 de junio, había leído todo lo que anotaba la prensa sobre el asesinato de la muchacha en el Chucky Lucky Jazz Club. Tanto las investigaciones policiales como las hipótesis periodísticas merodeaban a dos sujetos

que se dieron a la fuga la noche del crimen, de los cuales uno ya había sido detenido. Solo un reportero hacía referencia, casi ocasional, al hecho de que en esa discoteca funcionara un centro de narcotraficantes. Esto, de ser acertado, tenía una relación directa con la muerte de Jasmín. De todas formas, su cuerpo ya estaba bajo tierra y el local exhibía un cartel: “Cerrado por reparaciones, próxima inauguración”.

Olvido las aburridas declaraciones de la policía, desecho por el momento a los dos sujetos implicados y dirijo mi humanidad hacia La Castellana. Estaciono el automóvil en una diagonal a la plaza y desciendo a pie por la acera este de la avenida principal. Comienza a llover, descubro la entrada del Chucky Lucky, patio trasero desierto. Intento empujar una puerta negra, pero se abre sola, dejándome con una sorpresa en la boca. Un hombre robusto, bien plantado, hosco, sale a mi encuentro.

“¿Qué busca?”, consulta con disgusto evidente.

Son las tres de la tarde. No quiere dejarme entrar, menos aún hablar del asesinato. “La prensa se encargó de arruinar el negocio”. Habla como si fuera el dueño. Es uno de los mesoneros, alguien que usa muchas sssss, dueño de unos bíceps descomunales debajo de la camiseta blanca y un rostro tallado con cincel y mucha prisa. Inesperadamente, regresa a la barra.

–Me interesa el caso de la muchacha que mataron en este sitio.

–Lea los periódicos.

–No dicen todo lo que quiero saber.

–¡Qué lástima!

Con esta caricia finaliza el diálogo y repite su cara de pocos amigos. Espero.

Mientras él trabaja detrás de la barra, pierdo mis pasos en la discoteca. Las manos del negro castigan las teclas. Sus ojos deambulan por un recuerdo que solo él disfruta. La música adquiere una extraña coherencia, para consumo íntimo.

Siento la respiración del mesonero en mi nuca.

–Venga –dice y comienza a caminar hacia las mesas más alejadas de la pista de baile. Se detiene cerca de la puerta principal, a un costado de los ba-

ños-. Aquí la mataron –indica, con el dedo índice apuntando como una pistola hacia la oscuridad.

–¿Por qué?

–¿No lo sabe? Le tocaron el culo, se quejó y el hombre, que debía tener algo fuerte encima, se zumbó un pepazo.

–Dicen que fue por otra razón.

–No haga caso de lo que dicen en la calle. Hay gente muy mala en el mundo. El ser humano es perverso por naturaleza.

Sus palabras bajan de tono hasta desaparecer por completo. Roza el piano, recoge un vaso roto del suelo y camina hacia la barra. Allí instintivamente tantea una botella de *scotch*, llena una copa con hielo y sirve un trago.

–¿Quiere uno? Se lo brindo –ofrece con inédita amabilidad.

–Bueno.

–Antes abríamos a las 9 de la noche. Venían socios y algunos que no lo eran. Solo hacía falta que se presentaran bien vestidos, aunque no fuera garantía de nada, ya que detrás del traje blanco se escondía lo peor. Hay demasiada mugre debajo del lujo. Venían senadores, diputados, jefes de las diferentes policías, comisarios, agentes. Pedían una botella de whisky y esperaban a una joven sola, esa que viene y busca amigos que nunca llegan.

–La muchacha que mataron era cliente regular del local.

–Durante un tiempo. Después se perdió, hasta unas semanas antes que la rasparan.

–¿Cómo se comportaba?

–Como todas. Llegan, a veces acompañadas por una amiga, piden un trago, se quedan en la barra, juegan al lado de la pista, bailan solas, esperan que suceda algo.

–¿Qué opinaría usted de otra hipótesis? Olvidemos el culo y esa ofensa ridícula. Era una traficante de drogas, alguien que vendió menos calidad de lo que cobró. Y esos hombres, los asesinos, en vez de acariciarle las nalgas, reclamaron el producto. Ella se rebela e intenta enmascarar la situación. Pero no cuenta con la pistola, el ruido, los disparos...

–Es posible, pero no hay pruebas. En las discotecas los jóvenes buscan diversión. No sé si están cansados o qué, pero el “perico” o lo que sea corre salvajemente. La señora que trabaja en los baños encuentra jeringas usadas, sucias, todas las mañanas. ¿Qué quiere decir eso? No lo sé. Pero existe. En los mismos baños puede conseguir hasta armas y pantaletas. Nosotros no lo podemos controlar. Queremos que la gente se divierta. ¿Cómo lo hacen? Eso ya no es cosa nuestra.

A estas alturas, nuestros vasos están secos y la música es pura soledad en el interior de la discoteca. El cuerpo del pianista vibra sobre la banqueta y no permite que nuestras palabras desorienten su melancolía.

“La noche tiene muchas caras. Vienen ladrones y planifican robos, grandes atracos. Luego entra un investigador privado y se hace el loco, toma un trago, pregunta mucho, conversa con la señora del baño y desaparece. Persigue a los mismos ladrones que pensaron, aquí, el delito que debe solucionar. Una mujer llega con su novio, pero resulta que otro hombre la seduce y ella no duda en desafiar a su pareja. Un descaro. ¿Qué sucede? Van a la calle y se caen a golpes o a balazos. Otros días pasa un carro y ametralla el frente de la discoteca. Nosotros queremos brindar diversión. Si lo que acabo de decir ocurre, está fuera de nuestras manos. Eso le pertenece a la ciudad, a la noche, a los hombres”.

Finaliza su *speech* con un trago, esta vez whisky seco, y una mirada de desconcierto. Tal vez habló de más. Quizá necesitaba desahogarse. Quién lo puede saber. Comienzo a caminar hacia la salida. Sobre una de las paredes tapizadas con espejos cuelgan dos diseños arquitectónicos de la nueva fachada del Chucky Lucky. Uno lleva como nombre “Mon Amour” y otro “Oui Madame”.

En pocas semanas una nueva discoteca será promocionada como piano bar. Llevará uno de los dos nombres, atraerá nuevos socios, conocerá inéditos delirios y locuras. Quizás nuevos “jíbaros” vuelvan a encontrarse allí, o en otras discotecas de Caracas, y vendan el “material” con éxito. Quizás alguno se pase de vivo y adúltere la mercancía para ganar un poquito más. Y ahí comience el conflicto. Un encuentro fortuito, un reclamo y la muerte como sor-

presa. Es una violencia que nunca sale a flote, que siempre queda disfrazada tras una máscara de celos o una insólita nalgada de pasión.

El Nacional
JUNIO, 1982

La mala costumbre de matar abogados

~William Becerra~

U **N CÉLEBRE MAESTRO DE DERECHO** en la Italia del siglo pasado dijo a sus alumnos que “el homicidio era la muerte natural del abogado”. Esa frase era válida para aquella tierra en esos tiempos, pero no parecía que llegaría a estas latitudes y a nuestra época.

Pero es así. Y la crónica roja está salpicada de hechos con abogados y jueces. Comenzó cuando resentidos atacaban a los abogados que ordenaban algún embargo. Hace poco en Miranda sucedió algo semejante, cuando el dueño de unas tierras le quitó con un machete la cabeza al abogado y luego el policía, que acompañaba la acción legal, mató de un balazo al campesino.

Contra los abogados en ejercicio se emplean dos formas de homicidio: 1) El autor intelectual es el mismo material. 2) El autor material es distinto al intelectual. Silencio a balazos...

Ahora no hay duda. Ejercer el derecho penal es altamente riesgoso. En el país las pruebas de esto son más que contundentes y lo ocurrido al doctor Juan Luis Ibarra Reverol ya tenía antecedentes en José del Carmen Núñez, Ra-

món Carmona, Raymond Aguiar, Rafael Vicente Beaujón, Pedro Demey Palacios y otros...

José del Carmen Núñez

Desde una motocicleta en marcha, en la avenida Fuerzas Armadas, frente al Nuevo Circo, fue asesinado el abogado José del Carmen Núñez en 1974.

El asesino abrió fuego con una pistola 45 contra la humanidad del penalista y una bala le dio en la cara, provocándole la muerte casi instantánea. Su cadáver quedó tirado en el asiento trasero del automóvil que conducía su chofer.

El crimen fue vinculado a un ajuste de cuentas desde las *vendettas* del Zulia. El sicario jamás fue localizado y el caso sigue en los archivos de la PTJ con el sello “pendiente”.

Ramón Carmona Vásquez

La tarde del viernes 28 de julio de 1978, Ramón Carmona Vásquez, el más conocido y destacado penalista de la época, se bajó de un carro frente al edificio del Acueducto Metropolitano, en la avenida Andrés Bello. Simultáneamente, desde un carro gris, descendieron otros hombres, quienes de inmediato interceptaron al abogado.

De inmediato, y ante numerosos testigos, se entabló una discusión entre al abogado y sus interceptores. “Es un secuestro. Soy Ramón Carmona”, gritó el penalista, y las balas lo silenciaron. Los hombres volvieron al carro e hicieron una ráfaga, mientras arrancaban a toda velocidad. Carmona fue recogido y montado en una camioneta panel que lo llevó a la Cruz Roja. Al ingresar apenas habló y murió, y se estremeció el país cuando ya estaba en el año electoral.

Pero Carmona no estaba solo. Su esposa, Gladys Jorge, y los abogados del país, encabezados por Raymond Aguiar, asumieron las denuncias pertinentes del caso. El escándalo ocupó los titulares de periódicos y los espacios de noticias de la televisión.

Acusaron a Manuel Molina Gásperi, director de la PTJ, y a otros funcionarios de este cuerpo policial, de estar implicados en el caso. El juez VI penal, Antonio Felipe Guevara Sifontes, asumió las investigaciones y, en unos me-

ses, ordenó las detenciones de Molina Gásperi y sus “Gatos” por los delitos de encubrimiento. Y, por homicidio, contra los subinspectores Anuel Pacheco, Pablo Díaz, Domingo Sánchez y Jesús Villarroel.

Han pasado varios años y el expediente está en el Juzgado IV Penal, a cargo del doctor Eduardo Verde Estévez, mientras los procesados esperan la lectura de los cargos, en uno de los juicios más accidentados de estos tiempos.

Se dijo que la muerte de Carmona obedeció a una denuncia que haría contra un grupo de jefes policiales y abogados por extorsión en el caso llamado “Playa Moreno”.

Ese año el Gobierno perdió las elecciones.

Raymond Aguiar

A Raymond Aguiar le hicieron dos atentados. Uno el primero de noviembre del 83. Un delincuente llamado Edmundo Martínez Rojas trató de bloquear al abogado en el sótano de su bufete en Las Mercedes. Aguiar, un experto en armas, se defendió e hirió a su agresor, quien fue detenido y le dictaron auto de detención por homicidio frustrado. Un mes después el penalista cayó asesinado.

Aquel día en su automóvil cruzaba por la avenida New York de Las Mercedes. Era seguido por un motociclista y en un alto por causa del tránsito hubo un intercambio de disparos y tanto Aguiar como su agresor quedaron heridos. El famoso abogado murió después en la Policlínica Las Mercedes. El delincuente, Rafael Ibarra Bidau, quedó paralítico y se encuentra en el retén de Catia con un auto de detención del Juzgado III Penal por homicidio calificado.

Herido, Aguiar había dicho: “Espero atentados de la gente del Banco Nacional de Descuento o de Manuel Molina Gásperi”.

Eso lo decía porque él fue el principal acusador contra el grupo de la PTJ vinculado al homicidio de su amigo Ramón Carmona Vásquez. Lo del BND porque días antes, en un programa de televisión, había hecho una serie de denuncias contra la gente que manejaba el banco por aquellos días.

La PTJ hizo las investigaciones y terminó diciendo que era un atraco-homi-

cidio. El resto de los abogados insistió en que era un atentado criminal y que estaban implicados policías y delincuentes. Se habló de que Ibarra Bidau era miembro de la banda de César Peña González –el “Memín”– y juntos pertenecían al grupo del “Coca”. Se dijo que el Memín estaba en otra motocicleta cerca del sitio donde asesinaron a Aguiar, pero este delincuente “se lanzó desde un alto piso” en el 23 de Enero para no ser detenido por la PTJ.

Todos los caminos de las investigaciones se encontraron con una pared y el caso para unos fue un atentado y para la PTJ un atraco.

Rafael Vicente Beaujón

A las 7:00 de la noche del 3 de noviembre de 1983, Rafael Vicente Beaujón salió de su bufete y por unos minutos en su automóvil se detuvo por la luz roja del semáforo en la esquina de Manaure, en Coro.

Repentinamente, un automóvil LTD giró haciendo sonar sus cauchos y desde el interior varios hombres, con ametralladoras y escopetas recortadas, abrieron fuego contra el abogado, que murió en forma instantánea. Con la misma velocidad con la cual llegó, el vehículo de los atacantes desapareció calle arriba.

Los vecinos de Coro no podían creer lo que había sucedido, pero allí estaba el abogado penalista Rafael Vicente Beaujón, hermano del senador Arístides y del catedrático Oscar. Era una figura reconocida en el foro.

Había ejercido como abogado penal durante muchos años, con gran habilidad y conocimientos, y era un hombre valiente, lo cual obviamente le produjo enemigos.

La Policía Técnica Judicial inició la investigación del caso y en unos meses logró identificar a los “presuntos homicidas” que aún no habían sido detenidos, a pesar –como dijo en días pasados Arístides Beaujón– de que andan tranquilamente por los pueblos de Falcón.

Hubo otros comentarios que vinculaban el asesinato del doctor Beaujón al caso de Rogelio Castillo Gamarrá, quien desapareció después de ser detenido por la PTJ. Al parecer los mismos que desaparecieron a Castillo Gamarrá ma-

taron a Beaujón, que ya tenía información sobre dónde estaba el cadáver de aquel, aseguró el abogado Adán Nava Nieves, amigo y compañero en juicios de Rafael Vicente, en una entrevista periodística.

El caso sigue sin detenidos. O sea, impune...

Pedro Demey Palacios

Pedro Demey Palacios era el juez I de Primera Instancia Civil y Mercantil de Punto Fijo. La mañana del 30 de abril de 1980, casi al llegar al umbral de su tribunal, recibió varios balazos de automáticas que esgrimían dos sicarios. El juez cayó muerto a las puertas del juzgado donde tantas veces hizo justicia. Pero en su caso esa justicia no se ha cumplido y sus asesinos siguen libres. Tal vez esperando otra paga por otro crimen.

El Nacional

SÁBADO, 9 DE FEBRERO DE 1985

Geofísico asesina a sindicalista por celos

~Humberto Álvarez~



L INGENIERO GEOFÍSICO HORACIO MORA, de 41 años y profesor en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Central de Venezuela, está sindicado por la PTJ como el presunto asesino del presidente de la Central Única de Trabajadores de Venezuela, Hemmy Croes.

El dirigente sindical y miembro del comité central del Partido Comunista de Venezuela fue muerto de tres balazos a las puertas de su residencia entre las esquinas de Soubllette y Girardot, San Agustín del Norte, el pasado domingo 2 de marzo, a las 10 de la noche.

Croes había salido ese día de una reunión que sostuvo en la CUTV y manifestó que iría a la corrida de toros en el Nuevo Circo con motivo del aniversario de la PTJ.

Al espectáculo taurino asistió acompañado de Dalila Fermín, quien posteriormente declaró en la PTJ que había dejado a Croes a las 7 y 30 de la noche.

Desde un primer momento el director de la PTJ, Pedro Arturo Torres Agudo, descartó el atraco como móvil del hecho: las pertenencias de Croes estaban completas y nada había desaparecido.

Hemmy Croes llega a su residencia marcada con el número 62, entre las mencionadas esquinas de San Agustín del Norte. Estaciona su auto sobre la acera y cuando se dispone a abrir la reja es atacado a tiros. Recibe dos tiros en el occipital, uno es rasante y el otro es mortal. Da media vuelta y se desploma lentamente, cayendo de rodillas. El criminal acciona nuevamente el arma y lo alcanza en el abdomen. La bala pasa tan cerca de su rostro que lo quema.

El victimario realiza varios disparos para lograr hacer blanco y otros cuando se da a la fuga.

Estos hechos fueron analizados por los investigadores del caso y llegaron a la conclusión de que no se trataba de un experto tirador.

El comisario Francisco Sibila, jefe de la comisaría de la PTJ en El Paraíso, conjuntamente con los comisarios Julio César Quintero y José Merentes, los inspectores Florencio García y Teodoro Valero y un grupo de funcionarios de la División Contra Homicidios inician las investigaciones.

Al principio se ve un caso complejo

La primera pista la obtienen cuando el agente de la Policía Metropolitana Reinaldo Eduardo Almeida, chapa 3965, adscrito a la casilla policial ubicada en los bloques de La Yerbera, en la esquina de Granaderos, de San Agustín del Norte, perteneciente al destacamento 59, logra tomar las placas del vehículo LTD color blanco, en el cual huyen los tres asesinos.

El agente Almeida realizaba su vigilancia como policía de punto a pie y al oír los disparos se encuentra cerca del sitio, a donde llega cuando los individuos arrancan en el LTD. Este fue un hecho de suma importancia.

Continúan averiguando y localizan a Dalila Fermín, quien cuenta en la PTJ todo el drama que estaba viviendo.

Llevaba tres años separada de su esposo, el ingeniero Horacio Mora, profesor de los cursos de posgrado de la Facultad de Ingeniería de la UCV. Sin embargo, el docente se negó rotundamente a concederle el divorcio, pese a que estaba ligado sentimentalmente a otra mujer. Sus explosiones de celos eran constantes y muchos de sus amigos conocían de esto.

De inmediato es buscado y llevado a declarar. Entra en contradicciones. Tiene un vehículo LTD, cuyas placas coinciden con las suministradas por el agente de la PM. Extraoficialmente se conoció que el profesor Mora es interrogado en la comisaría de la PTJ en el oeste.

No se informó si habían logrado capturar a los otros dos individuos que participaron en el asesinato.

El director de la PTJ, Pedro Arturo Torres Agudo, quien se mostraba confiado ante la solución del homicidio del dirigente Hemmy Croes, manifestó que iba a comunicarse con el juez de instrucción Enrique Castillo.

El jefe policial estaba acompañado del comisario Pablo Simons y se disponía a partir presuntamente hacia la comisaría del oeste.

–Todas las personas –indicó– que en una u otra forma pueden tener conocimiento o estén vinculadas al hecho están siendo interrogadas.

–¿Y el profesor Horacio Mora?

–También –contestó– está declarando y recuerden que la declaración tiene también su tiempo. Acabo de hablar con los fiscales y están entrevistándose con esas personas; todas las hipótesis son investigadas.

–¿El profesor Mora está detenido como indiciado?

–Eso depende de todas las investigaciones que se hayan realizado para luego decidir si va a quedar detenido o no.

Expresó que las investigaciones están muy bien orientadas y para ellos lo fundamental no es el hecho de la confesión de un presunto indiciado en un caso, sino las evidencias que puedan llevar a autos.

Oficialmente no se confirmó la solución del caso, pero extraoficialmente una fuente policial dijo a *El Nacional* que el ingeniero geofísico Horacio Mora era la persona que había cometido el crimen por motivos pasionales. Se espera que la PTJ suministre mayores detalles próximamente.

El Nacional

DOMINGO, 10 DE MARZO DE 1985

Una modelo muere en el cerro Ávila

~Sandra Guerrero~



VÍCTOR COLMENARES LUPIÓN (33), presunto homicida de la modelo Marisol Da Silva (22), mostró arrepentimiento y lloró cuando fue entrevistado ayer por los reporteros de sucesos. Es un hombre de aproximadamente 1,65 mts de estatura, piel blanca, cabellos lisos y bigotes encanecidos. “Estoy arrepentido. No sé cómo pasó todo”, afirmó.

El indiciado rompió a llorar después de negar que estuviese implicado en la violación de otras damas.

Dijo que en la urbanización donde reside le tienen mala voluntad y que por eso le hacen tales señalamientos.

Entretanto, su padre rendía declaración en uno de los cubículos de la División contra Homicidios de la PTJ, mientras uno de sus tres hermanos fue citado para mañana.

Colmenares Lupión es el segundo de 4 hermanos que crecieron junto a su padre. La mayor de la familia se encargó de la crianza de los varones, ya que la madre abandonó el hogar cuando eran todavía niños.

Hace un tiempo se desempeñó como vendedor y actualmente está desempleado. Habla perfectamente inglés.

En conferencia de prensa, el jefe de la División contra Homicidios, comisario Florencio García, y el jefe de Investigaciones, Vojmir Vladilo Polanskaya, quien dirigió la pesquisa, conjuntamente con el inspector jefe Edmundo Mayorca, jefe de la Brigada E, informaron oficialmente el esclarecimiento del caso.

“Le dedicaron todo el tiempo a este trabajo. La investigación se inició con el descarte del entorno familiar y amistoso de la víctima y luego se hizo con personas vinculadas al sector” dijo García.

Colmenares Lupión fue aprehendido en su domicilio de Terrazas del Club Hípico el domingo pasado, donde los funcionarios incautaron una serie de objetos al presumir que estaban vinculados al homicidio y que fueron sometidos a experticias.

“Tiene registro policial por hurto y apropiación indebida”, agregó.

Aunque aún la PTJ no tiene los resultados del examen psiquiátrico forense, detectó que el presunto indiciado presenta inclinaciones de manía persecutoria y sexuales.

García dijo que el asesinato de la modelo fue un hecho fortuito, es decir, no planificado. Todo surgió cuando la joven iniciaba el ascenso, el martes 9 de febrero, al Parque Nacional El Ávila. La modelo se encontró con Colmenares Lupión, quien se le acercó para entablar una conversación.

Junto a ellos subían otras personas y, cuando estas se alejaron, el individuo aprovechó la oportunidad para sacar a relucir el arma blanca con la cual sometió y amenazó de muerte a su víctima.

Una vez que logró abusar de la modelo y ella intentó huir del sitio, le causó heridas en la espalda y después la estranguló.

La PTJ presume que el indiciado no actuó bajo los efectos de estupefacientes. No obstante, se le practicaron exámenes toxicológicos.

“El presunto homicida tenía tiempo que no subía al Ávila. Ese día subió para pasar un rato”, explicaron los jefes policiales.

Hasta ahora, la PTJ no ha localizado a otras damas que hayan sido víctimas de violación por parte de Colmenares Lupión.

—¿Es cierto que habría abusado de algunas damas que viven en el mismo edificio?

—Eso no está confirmado.

La anfitriona de los masajes

Fuentes extraoficiales informaron que, en el desarrollo de las investigaciones para esclarecer el homicidio, los pesquisas localizaron a una anfitriona de un club de masajistas, quien había comentado que en el Hotel Lamas un hombre que solicitó sus servicios la había amenazado de muerte, e inclusive se había cortado un dedo con una navaja para demostrar de lo que era capaz.

Al lograr la identificación del sujeto, la PTJ acudió a su domicilio, en Terrazas del Club Hípico, donde lo detuvo el domingo pasado. Allí incautaron una colección de navajas, una toalla color amarillo con rastros de sangre y otros objetos.

Inicialmente negó su participación en el hecho. Retó a los efectivos que le probaran su participación. Sin embargo, comenzó a dar una serie de detalles del caso que solo eran del conocimiento de los investigadores, en cuanto al tipo de heridas que le infirieron a la víctima y la posición en que quedó el cadáver. Describió la ropa interior de la modelo, la cual fue localizada debajo del cuerpo.

Colmenares Lupión trató de confundir a la policía entregando una navaja como el arma presuntamente incriminada, pero finalmente los expertos en criminalística obtuvieron la verdadera para someterla a análisis.

Al principio, se negó a suministrar la ropa que vestía el día del crimen. Después la entregó.

Todavía la noche del miércoles pasado se resistía a confesar la autoría del asesinato, pero cuando le mostraron una serie de evidencias no le quedó otra alternativa que declarar formalmente, ya que anteriormente solo informaba detalles.

Para confundir la investigación, manifestó que había actuado en compañía de otro individuo, cuya identidad no existe. También señaló que era gerente de un resort, cosa que no es cierta.

La confesión

En su confesión narró que se ofreció a acompañar a Marisol a subir al Ávila y que ella aceptó. Entre ambos se originó una conversación y cuando se internaron en el parque sacó la navaja y le habría indicado: “O haces lo que te digo o te voy a matar”.

Entre el grupo de gente que subía el cerro, a Colmenares Lupión le llamó la atención la modelo porque, según él, “estaba superbuenita y me gustó”.

El indiciado suministró otros detalles que solo la modelo estaba en capacidad de aseverar o desmentir.

Admitió que la mató cuando ella intentó huir del sitio. Primero le infirió varias heridas en la espalda. Con la franela de la joven, la amordazó y maniató y después la estranguló.

Confesó que no llegó a robarle ninguna de sus prendas. Se presume que los delincuentes que acuden a la zona se apoderaron de las joyas.

Colmenares Lupión habría indicado que se sorprendió cuando vio la noticia en los medios de comunicación porque no creyó que había matado a la modelo.

Por otra parte, se conoció que en este expediente rindió declaración una funcionaria de la Policía Técnica Judicial, quien estuvo a punto de ser víctima de este individuo.

En compañía de otro sujeto, llegó a un negocio y se acercó a la mesa donde la joven departía con una amiga. Para buscarle conversación le dijo que apostaba a que ambas bebían del mismo vaso. Después que logró centrar la atención en él, invitó a la funcionaria a trotar al Ávila, pero ella no aceptó.

Hoy el presunto indiciado será trasladado al Retén de Catia y el expediente será remitido al Tribunal XXX Penal.

El Nacional

5 DE MARZO DE 1993

La calavera asesina

~*Enrique Rondón Nieto*~

W

OLFGANG DE LOS ÁNGELES IGNORABA

que Merlín fuera el nombre de un mago famoso. Simplemente lo escuchó una vez, le gustó y cumplió su deseo de llamar así a su primer hijo.

Era el “Merlín” de la calle El León, en el barrio El Cementerio de la caraqueña parroquia Santa Rosalía. Era un muchacho que lucía bien sus 16 años. Jugaba béisbol y básquet en canchas improvisadas en la mitad de la calle. Usaba camisas sin mangas para mostrar sus jóvenes músculos bien marcados, que capturaban las miradas de las muchachas.

Una mañana cayó en una esquina con dos impactos de bala en la espalda. Wolfgang solo tuvo tiempo de cerrarle los ojos y recoger la gorra que había quedado en la calle a la orilla de la acera.

“Pedro Navaja”, con el inconfundible Rubén Blades y la orquesta de Willie Colón, fue el réquiem de aquel entierro. Haciendo de tripas corazón, Wolfgang se paró de primero en la puerta de la carroza fúnebre y tomó una de las asas de la urna. La negra María se le acercó y le susurró: “Los padres nunca deben cargar el ataúd de sus hijos”. Sin mirarla respondió: “Estamos en una revolución”.

Quedó en el pavimento: una silueta de bordes blancos que parecía la de un fantasma. En ese punto, a la semana, había una nueva capillita. Era la tercera en la zona. En la noche, cuando Wolfgang prendió la velita, dijo entre dientes: “Te juro, hijo, que quien te hizo esto la pagará”.

En esos días Wolfgang cambió la risa por un movimiento casi imperceptible de los labios. Su hermano, que lo conocía hasta cuando estaba enamorado, le dijo una vez a quemarropa: “No te metas en pendejadas. El odio no es bueno y deja marcas. Si quieres matar a quien asesinó a Merlín, manda a otro”. No dijo ni una palabra. Solo esa mirada acuosa de sus ojos pequeños con un ligero estrabismo y ese movimiento rápido en los labios. Se quedó pensando: “Un disparo no causa sufrimiento, tiene que ser algo lento...”.

Sicario del más allá: Wolfgang tenía entre ceja y ceja la imagen del Memín. Porque la calle El León también tenía su Memín. Había uno en la calle Unión Soviética, por Alta Vista; otro en Lomas de Urdaneta y una tercera versión en El Guarataro.

Y esa fijación tenía su origen en un juramento que un día hizo Memín entre palo y aguardiente: “Mato a quien se le ocurra tocar a mi hembra”. A Merlín lo habían visto dos veces bailando “merengue cepillao” con Adelina, una flaquita de 15 años, a quien Memín consideraba su hembra. Wolfgang pensaba en la recomendación de su hermano y recordó un comentario que había escuchado en la zona: en la calle La Vereda había un brujo poderoso que echaba el tabaco y hacía “trabajos de magia negra”. Preguntó aquí y allá hasta que le dieron la dirección.

Pasó la reja y el interior de la casa nada tenía que ver con la fachada. Era limpio, con piso de cemento rojo bien encerado y un olor como de incienso.

Lo recibió un hombre como de 1,80, delgado, de rostro arrugado, ojos de águila, dedos largos y uñas de arpista. Lo llamaban Pío. No lo dejó hablar y el saludo lo sorprendió: “¿Estás dispuesto a lo que sea?”.

Wolfgang titubeó, pero con algo de inseguridad dijo que sí.

“Vente mañana como a las once de la noche”.

De la calle La Vereda a la calle El León se puede ir caminando sin mayor

esfuerzo. En la parte alta de la calle El León hay lugares que permiten la entrada al Cementerio General del Sur. Pío iba adelante con paso lento. Wolfgang lo seguía y a medida que se acercaban al camposanto el corazón le latía con más fuerza.

Wolfgang dudó por un segundo. “¿Estás dispuesto a lo que sea o no?”, preguntó nuevamente Pío y por primera vez notó que solo tenía un diente. No respondió y avanzó.

Pío sacó una linterna del bolsillo y fue marcando el sendero saltando algunas tumbas. Llegaron a una que lucía poco mantenimiento. Levantó unas láminas de zinc, Pío agarró un pico y Wolfgang sentía que se ahogaba cuando agarró la pala que le entregaban. Con toda tranquilidad, Pío comenzó a abrir la tierra y Wolfgang no sabía qué hacer.

Después de un tiempo imposible de medir, se escuchó un golpe seco. Con las manos Pío apartó la tierra y con el pico hizo una palanca que partió la tapa de la urna. Se levantó y Wolfgang sintió un corrientazo en la espalda cuando, a la luz de la luna, vio las dos cuencas vacías y la quijada caída. Parecía que la calavera se estuviera riendo a carcajadas de su miedo.

Pío la levantó, como haciendo una ofrenda, y cantó: “No tendrás descanso ni paz tu alma hasta que me entregues la vida y el cuerpo de Memín”. Daba vueltas y su voz subía de tono: “Tus huesos estarán incompletos y tu alma en pena hasta que me entregues el alma y las entrañas del Memín”.

Pío se detuvo y le entregó la calavera a Wolfgang: “Guárdala en un lugar seguro hasta que Memín muera”.

Quince días después la sacó del cajón. Muy cerca de la capillita de Merlín levantaron otra. En su interior había una vela, un vaso de ron y una foto de Memín. Murió desangrado luego de un enfrentamiento con la policía. Se dice que ese día no se amarró en la cintura la cinta negra que lo protegía.

Últimas Noticias

9 DE JUNIO DE 2002

El primer asesino en serie de Venezuela

~Ronna Rísquez~

L **A NOVEDAD SE CONOCIÓ POCO DESPUÉS** de las 5:30 pm del sábado 7 de febrero de 2015. Una comisión del Eje Central de Investigaciones de Homicidios del Cicpc salió de la delegación de El Paraíso y atravesó el puente 9 de Mayo hasta llegar a la plaza Capuchinos. Se detuvo 10 metros más allá del semáforo, luego de cruzar a la izquierda en la avenida San Martín, justo frente al hotel El Oeste, viejo hospedaje familiar de 100 habitaciones y 3 pisos.

Los investigadores pasaron frente a la recepción y recorrieron el estrecho y largo pasillo que conduce hasta la habitación 115, en la planta baja. Al abrir la puerta, la escena les era familiar.

Como si se tratara de un *déjà vu*, en la cama estaba el cuerpo desnudo de una mujer de contextura gruesa y edad avanzada. Tenía el rostro cubierto con una toalla ensangrentada y a su alrededor algunos rastros de sangre –producto de salpicaduras–. En el piso, un preservativo usado, rastros de droga, ropa y otros objetos personales.

Al descubrir la cara de la mujer, vieron que presentaba un golpe fuerte a la altura de la nariz que le fracturó los huesos del rostro y le ocasionó la muerte. Se trataba de Luisa Josefina Arteaga Hernández, de 66 años de edad, prostituta que frecuentaba la plaza Capuchinos en busca de clientes.

La evidencia era suficiente. Las pesquisas del Cicpc supieron de inmediato que estaban en presencia de la segunda víctima de un hombre que, hasta ese momento, solo conocían por el apodo de “Barrendero”.

Era el mismo individuo que el 15 de marzo de 2014 (hacía casi un año) había asesinado de forma similar a Zuleima Josefina Echenique, también prostituta, de 56 años de edad, en la habitación 02 del hotel Firenze, en la esquina de Hoyo de la parroquia Santa Rosalía.

A ella también le fracturó la cara de un golpe y la ahogó con una almohada. “Cuando entraron al hotel ella dijo que no era necesario registrarse porque era un rapidito”, dijo un empleado del hospedaje. Por eso no quedó asentada la identidad.

En el caso del hotel El Oeste, los investigadores constataron que el hombre que había alquilado la habitación donde fue asesinada Luisa Arteaga sí se había registrado. Era Francisco Abraham García Hernández, de 34 años. Pero no solo eso, en los videos del hotel había quedado una grabación de la imagen del homicida.

“El video muestra que él entró solo, alquiló a eso de las 4:00 pm del viernes [6 de febrero de 2015]. Luego salió y regresó con la mujer [Luisa Arteaga] a las 7:00 pm. Después se retiró, aproximadamente a las 4:00 am, bañado y vestido con camisa manga larga”, contó Rodolfo Rojas, administrador del hotel.

Los investigadores compararon las imágenes con la descripción que tenían del Barrendero, que mató a Zuleima Echenique: moreno, 1,70 mts de estatura, delgado, cabello rizado, frente amplia, cejas delgadas, ojos pequeños, nariz gruesa, boca grande y mentón agudo.

El resultado fue positivo, se trataba del mismo asesino. Con estas evidencias estaban policialmente resueltos estos dos crímenes. Aunque el historial homicida de Francisco Abraham García no acababa ahí.

Cuando los funcionarios del Eje Central de Homicidios del Cicpc elaboraban la minuta por el caso de Luisa Arteaga, chequearon en el sistema de registro criminal los datos de Francisco García Hernández para verificar su prontuario. De inmediato saltó en la pantalla una solicitud por un homicidio cometido en Valencia el 4 de noviembre de 2014.

La víctima era otra mujer: Alejandra Carolina Castañeda Amaro, de 38 años. El asesino la conoció en un bar cercano a la empresa Embotelladora Venezuela, ubicada en la avenida Navas Espinola de Valencia. García Hernández tenía dos semanas trabajando allí como vigilante contratado por la empresa de seguridad Servicios Integrales de Primera.

“Logró ganarse al jefe y lo contrataron como avance. Era reservado y muy ordenado. La gente aquí pensaba que era cristiano evangélico. Pero hizo eso y hasta se robó 400 mil bolívares en herramientas”, dijo otro empleado de la empresa.

La noche en que la mató, Francisco García estuvo consumiendo drogas dentro de la embotelladora. Salió a buscar a la mujer y regresaron juntos. “Fueron a los almacenes y allí la estranguló en el momento en que tenían relaciones sexuales. Luego el hombre se quedó dormido junto al cadáver y lo despertó el timbre de la puerta”, contó un empleado del lugar que tuvo acceso al video que registró lo ocurrido. El homicida ocultó el cuerpo y huyó.

Luego de estos hallazgos, los funcionarios del Cicpc le notificaron al fiscal 57, Víctor Hugo Arias, encargado de investigar el homicidio de Zuleima Echenique (la primera víctima), que tenían identificado al asesino.

Al escuchar el nombre del homicida, el representante del Ministerio Público se sorprendió. Se trataba de una persona que él conocía como el “Niño”, principal sospechoso del homicidio de dos mujeres y una bebé de 13 meses en Caricuao.

Esas víctimas fueron Aleive Betzabeth Acosta González, de 25 años, y su hija Drehimerly María Acosta, de un año, que desaparecieron el 19 de julio de 2014 en la UD-3 de Caricuao. Se presume que las interceptó en el bulevar en horas de la noche. La mujer había ingerido alcohol y Francisco Abraham Gar-

cía la sometió por la fuerza. La arrastró hacia las laderas del bulevar, la lanzó al piso y la estranguló en el momento en que la violaba. Luego mató a la niña y ocultó el cuerpo unos metros más arriba, en las riberas del Guaire.

Ingrid Bello, de 35 años, fue la otra mujer asesinada en la UD-3. La última vez que la vieron con vida estaba bebiendo licor con García Hernández. Fue localizada violada y estrangulada en una loma, frente a la estación Zoológico, el 15 de noviembre de 2014.

Con ellas suman seis las víctimas de Francisco Abraham García Hernández, quien fue detenido por la GNB en Caricuao el 8 de marzo de 2015 y se encuentra en la Subdelegación Valencia del Cicpc, esperando por el proceso judicial. “Yo no maté a nadie. Ese no soy yo”, dice Francisco Abraham García Hernández cuando es interrogado por las autoridades.

La fiscal 16 del estado Carabobo ya presentó el acto conclusivo del caso, que trabajó junto a funcionarios del Eje Homicidios Base Las Acacias. Los investigadores solicitaron un perfil genético de todas las víctimas para ratificar mediante el ADN la identidad del agresor. También verifican casos similares y no resueltos para determinar si García Hernández cometió otros crímenes.

“Califica en el perfil de un asesino en serie”

El Niño le decían en Caricuao, el Barrendero lo llamaban en Santa Teresa y San Juan, y en Valencia lo conocían como el Cristiano. Tres apodos para un mismo hombre: Francisco Abraham García Hernández, de 34 años de edad.

No tiene un oficio definido. Quienes lo conocen aseguran que cuando trabajaba, lo hacía como vigilante. Vivió hasta los 17 años en el bloque 16 del sector La Hacienda de la UD-3 de Caricuao, junto a su padre, dos hermanos (una mujer y un hombre) y su abuela paterna.

La madre abandonó el hogar cuando él era un adolescente. Comerciantes del bulevar de Caricuao aseguran que el padre del asesino, cuando se encuentra en estado de embriaguez, grita: “Ella se fue con otro tipo que tenía más plata”. Reclama que lo haya dejado solo con “estas cargas [sus hijos]”.

A los 16 años comenzó a delinquir y lo detenían frecuentemente por arre-

batones. Estuvo preso en 2003 por robo y en una ocasión usurpó la identidad de su hermano. El padre tiene antecedentes por lesiones e intento de violación a una de sus hijas.

Fue obligado a abandonar la vivienda cuando algunos de sus familiares se percataron de su conducta delictiva; además consumía crack y alcohol. Una vecina del edificio en el que vive la familia asegura que García Hernández tiene una hija, de aproximadamente cinco años de edad y con discapacidad cognitiva, cuya madre es una mujer de La Guaira, estado Vargas.

En el bulevar de Caricuao y los alrededores de la estación Zoológico, donde solía refugiarse, los buhoneros lo veían como un “indigente inofensivo”. Para las prostitutas de la plaza de Santa Teresa “era un hombre de buen aspecto y aseado”, mientras que los empleados de la Embotelladora Venezuela –en Valencia– creían que era practicante de la religión evangélica.

Luego de escuchar la descripción de García Hernández y de los seis homicidios que cometió en menos de un año, Freddy Crespo, criminólogo y profesor de la Universidad de los Andes, afirma: “Para mí califica en el perfil de un asesino en serie. Tiene las características”.

“Hablamos de un asesino en serie cuando sus crímenes se repiten con un mismo patrón, cuando ha cometido más de tres homicidios en un lapso breve de tiempo, muestra una doble personalidad, es organizado y planificado, estudia a sus víctimas y busca víctimas vulnerables o débiles (mujeres, niños o ancianos)”, enumera Crespo.

El experto califica a los asesinos en serie como psicópatas, mientras que describe la conducta de un sicario como la de un sociópata. “El psicópata busca siempre un patrón. Para él, el homicidio constituye una satisfacción que lo llena a nivel emocional. Para el sicario la satisfacción de matar es social, se siente socialmente incluido en su ambiente por el hecho de asesinar y se siente más satisfecho si sus víctimas son fuertes y poderosas”.

El hecho de que exista un patrón es un indicador de que el psicópata está compensando alguna carencia emocional que tuvo en su desarrollo como persona, explica el criminólogo. “Entonces busca sustituir y proyectar esas

carencias emocionales con sus víctimas. Usualmente son las relaciones maternales las que determinan qué tipo de víctimas o qué clase de víctimas el psicópata busca. No necesariamente la relación con la madre debe ser mala para que esto presione al individuo a ser psicópata”, precisó Crespo.

Las víctimas: mujeres, drogas y prostitución

Eran mujeres de piel morena y contextura gruesa, consumían drogas o alcohol, permanecían en la calle y a todas las mató mientras tenía sexo con ellas.

Zuleima Josefina Echenique, 56 años de edad, fue la primera víctima. A ella le dio un golpe que le fracturó los huesos de la cara. La dejó en la habitación 02 del hotel Firenze, en la parroquia Santa Rosalía. “Era buena moza. Había sido bailarina de Yolanda Moreno y había recorrido el mundo, pero estaba muy mal por las drogas. Era trinitaria y su familia y sus hijos vivían en Caricuao. Ellos le hicieron un funeral muy bonito”, contó Estilita Arcila, una de las sexagenarias que frecuenta la placita de la iglesia Santa Teresa en busca de clientes.

Aleive Betzabeth Acosta González, 25 años, pasaba el día en el bulevar de Caricuao frente a la estación Zoológico. “Era una muchacha bonita. Se había ido de su casa. Tenía cuatro hijos, pero solo cargaba a la niña (Drehimerly María Acosta, de 13 meses). Los demás se los habían quitado los papás o la familia. No trabajaba y andaba hasta tarde con esa muchachita por ahí. Yo le decía que me la diera. No era una mala muchacha, pero le gustaba tomar y creo que también la droga”, relató la peluquera que la atendía en el Centro Comercial Caricuao. Acosta González fue estrangulada y su cuerpo fue encontrado en unos matorrales. Veintiséis días después localizaron el cadáver de su niña en las riberas del río Guaire.

Alejandra Carolina Castañeda Amaro, 38 años, trabajaba en un bar cercano a la Embotelladora Venezuela, en la avenida Navas Espinola de Valencia. Tenía dos hijos. “Ellos se conocían. El día que la mató se habían comunicado por mensaje de texto. Antes de ir a la embotelladora estuvieron bebiendo”, reveló un conocido de la víctima, que murió estrangulada.

Ingrid Bello, 35 años, frecuentaba el bulevar de Caricuao y tenía tres hijos. “Ella se quedó bebiendo con él y después la consiguieron estrangulada en un monte”, contó Keila, una cuidadora de carros en la zona.

Luisa Josefina Arteaga Hernández, 66 años, frecuentaba la plaza Capuchinos, en San Juan. “La llamaban ‘Grecia’. Tenía un problema en una pierna y cojeaba. Consumía y vendía droga”, dijo una de sus compañeras del lugar. Al igual que a la primera víctima, la mató de un golpe en la cara y le cubrió el rostro con una toalla. Su cuerpo quedó tendido en la cama de la habitación 115 del hotel El Oeste.

¿Dorángel fue el primero?

Francisco Abraham García Hernández podría ser el primer verdadero asesino en serie que se conozca en Venezuela. Las características de sus crímenes, el perfil de sus víctimas y su personalidad encajan en la descripción de un asesino serial.

“Parece que es uno de los primeros casos de asesinos en serie, además de Dorángel Vargas (el ‘Comegente’), que tiene ese patrón. Aunque este, por la forma como las mata, la fortaleza sobre la víctima y el hecho de que escoja mujeres de la calle, reúne más características. Además, finalmente se determinó que Dorángel tiene un trastorno mental distinto al de un psicópata o asesino en serie”, explicó el criminólogo Freddy Crespo.

Un trabajo sobre asesinos en serie publicado por BBC explica que: “No creo que haya un perfil típico de un asesino en serie... A algunos asesinos en serie los inspira una fantasía o tienen una adicción, a menudo con la necesidad de obtener algún tipo de gratificación sexual o incluso una causa célebre perversa. Otras motivaciones pueden incluir la rabia, la emoción o alguna ganancia financiera”.

La publicación intenta desmitificar algunas supuestas particularidades de este tipo de criminales. “Los asesinos en serie son difíciles de atrapar porque a menudo adoptan una máscara de cordura. Aparentan ser personas muy normales, por lo que durante mucho tiempo tanto las autoridades como la fami-

lia y amigos los pasan por alto. Los asesinos disfrutan demasiado de lo que están haciendo como para querer que los atrapen, pero, entre más confiados se sienten, más creen que son inalcanzables y empiezan a cometer errores humanos que llevan a su captura”.

Runrunes

29 DE MAYO DE 2015

Que veinte años no es nada

~Yohana Marra~

MAIKEL DUERME HASTA EL MEDIODÍA en un día de semana. Nadie se atreve a despertarlo porque no quieren desatar sus insultos, sus pataleñas, sus arranques. Su madre le tiene miedo, como si se tratara del mismísimo diablo, por eso le ordena a su hija mayor que no haga ruido cuando entra al cuarto donde él está acostado. “No, Mayrita. Déjalo dormir. Vente para acá, vale”, le dice y cierra la puerta rápidamente.

Pero la niña, de 10 años, no le hace caso y vuelve a la habitación. Por descuido deja la puerta abierta. Puedo ver a Maikel dormir en un ambiente fresco gracias a un pequeño ventilador y a una delgada tela tendida en la ventana, como si fuera una cortina. Veo el desorden que han dejado los chamos hasta que Mayrita cierra la puerta con un manotón.

Maikel despierta. No está de mal humor, pero tampoco habla mucho. Va con un mono azul claro y sin camisa, tal como se ha levantado de la cama. Camina descalzo hacia la sala, donde se siente una brisa refrescante, típica de

una casa frente al mar. No da los buenos días ni pide la bendición a su mamá; ella tampoco lo obliga. Tampoco le ordena cepillarse los dientes, lavarse la cara y desayunar. Ocho cortos años gritan en cada gesto como si fuera un hombre que enfurece.

Auristela Durán lo sienta en sus piernas. Con dulzura, lo abraza pegando su cuerpo en la espalda de él y lo besa en el cuello. Él no parece disfrutarlo. Repentinamente se detienen las caricias y la madre le pide que cuente cómo Alexander lo lanzó al río Guaire y cómo a su hermanito lo arrastró el agua.

“Dile, papá, anda, dile cómo Alexander lanzó a Manuel Alejandro primero. Dile, anda, dile que tú fuiste más fuerte y por eso te agarraste de una cabilla y te salvaste”.

Maikel asiente lentamente con su cabeza mientras Auristela lo incita a hablar, como siempre que quiere oír nuevamente el crudo relato. Pero Maikel no quiere decir nada. Se zafa de las piernas de su mamá, camina hacia la cocina y agarra un vaso sucio del fregadero. No había agua en la casa desde hace días. Se sirve Frescolita. Vacila antes de volver a la sala y toma un pedazo de torta para desayunar. Camina mirando hacia el piso. Su mirada siempre da al piso.

Aquella mañana del domingo 20 de septiembre de 2015, Alexander engañó a Maikel y a Manuel Alejandro. Ambos desayunaban cereal con leche, sentados frente a una pequeña mesa de madera, escuchando el sonido de las comiquitas en el televisor. Estaban solos. Ese fin de semana se habían quedado bajo los cuidados de la abuela, quien había salido a comprar agua. Su mamá estaba quién sabe dónde con su nueva pareja.

La visita del exnovio de Auristela no era extraña para los niños. Durante el año y medio que duró la relación, se ganó su confianza regalándoles carritos y chucherías. Nunca les gritó ni les pegó, fue un amigo más. En los seis meses que tenía separado de su mamá no dejaron de verlo. Alexander estaba obsesionado con ella y la perseguía para obligarla a volver con él.

Tomaron una camioneta desde Catia La Mar hasta Caracas. Durante todo el recorrido por la autopista Caracas-La Guaira, de casi una hora, él no soltó una sola palabra. Llevaba los audífonos puestos y la música a todo volumen,

mientras veía fijamente los carros que pasaban a toda velocidad por el canal contrario. Parecía que viajaba solo, aunque los dos hermanitos iban sentados a su lado, pensando que en pocos minutos se encontrarían con su mamá en el Parque del Este.

Caminaron desde la estación del metro de Chacaíto. Pasaron lentamente por el elevado que separa El Rosal de Las Mercedes y se enrumbaron por la avenida Río de Janeiro en dirección hacia Bello Monte. Dejaron atrás a un grupo de personas hasta que se detuvieron abruptamente.

Alexander logró desviar a los niños de la acera, por un trecho de tierra y grama que terminaba con el paso violento del Guaire y sus aguas marrones y malolientes. Tomó por el torso a Manuel Alejandro y, sin necesitar demasiada fuerza para su pequeño cuerpo de seis años, lo lanzó al río. Maikel tuvo poco tiempo para darse cuenta de lo que sucedía, porque el próximo fue él.

Intentó frenarse, clavando sus zapatos con fuerza en la tierra y echándose para atrás, mientras Alexander trataba de empujarlo hacia el agua. Gritó pidiendo ayuda, gritó para que alguien salvara a su hermanito. Pero cansado de luchar, y vencido por ese hombre corpulento, cayó en la orilla. A poco de ser arrastrado por la corriente, su mano nerviosa encontró una cabilla debajo del agua. Salió a la superficie, alzó la mirada y vio que varias personas corrían a ayudarlo.

Manuel Alejandro no sabía nadar y, en un intento desesperado por encontrar oxígeno, tragó agua. Desapareció.

Maikel no recuerda más.

Lleva un pedazo de torta a su boca, que mastica con la boca abierta y dejando caer trozos en su pecho desnudo. Toma un sorbo de refresco. Se sienta de nuevo en las piernas de su mamá. Aura, como ella se presenta, tiene 26 años y salió embarazada cuando apenas era una adolescente, aunque no fue por esto que solo llegó hasta sexto grado de primaria; simplemente decidió no estudiar más y no trabaja. Su piel es canela, sus curvas pronunciadas y su cuerpo no parece el de una mujer que ha parido tres veces.

Es mal vista en el barrio Marapa Marina de Catia La Mar, en el estado Var-

gas. Juzgada. La culpan porque Alexander se vengó de ella intentando matar a sus hijos. La tildan de sinvergüenza por estar ese día con un hombre, en vez de cuidando a sus muchachos. Por eso sube las largas escaleras que conducen hasta su casa sin saludar a los vecinos.

–Dile, papi, dile que viste cómo Manuel Alejandro voló cuando Alexander lo lanzó y que a ti te empujó. Cuéntale que viste cómo el agua lo arrastró –insiste Auristela.

–Yo fui más fuerte. Manuel Alejandro era muy flaquito y por eso lo empujó primero y más fácil –dice Maikel, esbozando una sonrisa de superioridad.

–¿Y cómo viste a tu hermanito pasar? Dile que Manuel Alejandro tragaba agua mientras lo arrastraba el río. Y dile que ahora quieres tener una pistola.

El niño asiente con la cabeza y no sonríe más.

A Maikel lo rescataron los bomberos y lo llevaron al hospital J. M. de los Ríos, donde le dieron los primeros auxilios. Casi linchan a Alexander, pero funcionarios de Polichacao lo evitaron.

Hombres de Protección Civil de los municipios Chacao y Sucre iniciaron la búsqueda de Manuel Alejandro a todo lo largo del río Guaire. El lunes 21 de septiembre de 2015 Auristela se sumó a las labores, al igual que el padre de los tres niños, a quien veían poco; tiene otra mujer y su trabajo de camionero lo mantiene ocupado.

Dos días después le prohibieron a Auristela participar en la búsqueda. La desesperación por hallar a su hijo era tal que entorpecía el trabajo de los rescatistas. Debían estar pendientes de que no resbalara con una piedra, cayera al río y fuese peor la tragedia.

Recorrieron el Guaire desde Las Mercedes hasta el barrio El Encantado, en Petare. Hundieron largos palos para remover las profundidades, esperando que el cadáver saliera a flote, si es que estaba atrapado por algún escombros. Montaron guardia en una vivienda de la comunidad de El Llanito. La casa, con una enorme platabanda, permite una mirada amplia hacia una de las curvas más pronunciadas del río, en el sector La Línea, donde normalmente se atascan los cuerpos que se ha tragado.

Fue en vano. Se sumaron rescatistas de otros organismos y estados del país. Usaron un dron para llegar a zonas donde ellos no podían y un helicóptero sobrevoló los 73 kilómetros del Guaire. Pasaron nueve días. La búsqueda se extendió hasta los Valles del Tuy y Río Chico, en el estado Miranda, por si la corriente había arrastrado al niño a esas lejanías.

Luego de 22 días detuvieron la búsqueda. A Manuel Alejandro lo dieron por muerto. No hubo entierro, ni coronas, ni novenarios. Su familia lo lloró sin verlo y ahora le encienden velas con dudas, en ese extraño duelo que producen los desaparecidos.

A Maikel le ha dado por no comer. Si su mamá o su abuela intentan obligarlo, se enfurece, batuquea lo primero que ve, las insulta y ellas ceden. En la escuela golpea a sus compañeros, por eso ninguno se le acerca. Más de una vez las maestras han citado a Auristela para quejarse de los arrebatos del muchacho. Ya no es el mismo niño juguetón, parlanchín, alegre y sonriente. Dejó de jugar fútbol y correr en su patineta. Maltrata a su hermana mayor, Mayra, la única hembra. En las noches, violenta el mimbre que cruza de un extremo a otro la puerta de la entrada principal de su casa y por un pequeño agujero mete su cuerpecito y se escapa. Auristela ha pasado toda una noche buscándolo. Luego lo encuentra solo, sentado en unas escaleras viendo al infinito. Ha descubierto que fuma con unos niñitos del barrio.

Dice que quiere una pistola. Que quiere asesinar a Alexander y a toda su familia. Vengarse. Como lo hizo Alexander con su mamá por haberlo abandonado.

–Hijo, ¿verdad que quieres una pistola para matar a Alexander? –le pregunta Auristela, siempre insistente.

Maikel sonríe levemente y baja la cabeza con vergüenza.

–Mayrita, ¿verdad que tú lo ayudaste a reunir toda la ropa y juguetes que le regaló Alexander para quemarlos?

–Sí. Me dijo que lo ayudara. Y como mi mamá estaba en la calle buscamos las cosas para prenderles candela –dice la niña con soltura.

El psicólogo que ha atendido a Maikel no ha logrado quitarle de la cabeza

la idea de asesinar. Auristela tampoco lo lleva frecuentemente, siempre excusándose en los berrinches que le arma, en su agresividad, en su ira. Ella ha intentado cortarse las venas en frente de sus hijos. Y a cada momento le pide a Maikel que le cuente cómo pasaron las cosas.

A Maikel le tiene sin cuidado que a Alexander lo condenaran a 20 años de prisión. Bien lejos de Caracas, en la cárcel de El Dorado, al sur del país. Tendrá vida de sobra para esperar que salga en libertad. Habrá tiempo para dar con él. Habrá tiempo para pensar cómo matarlo.

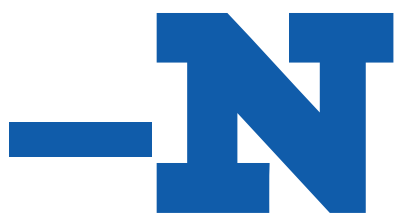
La Vida de Nos

FEBRERO, 2017

(Esta historia fue escrita durante el Seminario
de Periodismo Narrativo “El pulso y alma de la crónica”,
de Cigarrera Bigott, en 2016.)

El gobierno de Wilmito

~Alfredo Meza~



OSOTROS NO HUMILLAMOS a ningún hombre. Preferimos matarlo –dice Wilmer José Brizuela Vera.

–¿Y qué otras cosas les hacen a los que desobedecen las reglas que tú has impuesto, Wilmito?

Antes de dar la respuesta, se estira en la silla de plástico. Respira hondo, alza los brazos y la panza se le infla, y al tiempo que expulsa el aire baja lentamente sus gruesas manos hasta posarlas en la mesa cuadrada. Es miércoles 30 de abril de 2014 y estamos en las áreas comunes de la mínima de Tocuyito, el penal localizado en las afueras de la ciudad de Valencia, a donde Wilmer José Brizuela Vera, el “Goldo”, como también lo llama su gente de confianza, ha sido trasladado después de un motín en el otro penal en el que estaba, Vista Hermosa, en Ciudad Bolívar, que culminó con dos guardias nacionales asesinados por los presos que él había liderado durante ocho años. Cuando finalmente coloca sus dedos sobre la superficie de la mesa, dice:

–No les damos tiros en la espalda, sino donde les pegue. Yo no estoy todo

el día dando órdenes. Las personas se mueren en la cárcel por la rutina impuesta. Así uno no quiera, lamentablemente hay que cumplir las reglas.

Y estas son las reglas.



Es lunes 16 de diciembre de 2013 y voy hacia el penal de Ciudad Bolívar a visitar a Brizuela, el líder máximo del reclusorio. Fuera del penal nadie lo conoce como Wilmer, sino como Wilmito.

Le he pedido al taxista que me deje a tres cuadras de la cárcel, en la esquina de la avenida San Francisco, frente a una tienda llamada Comercial Romar. Las bicicletas con cestas de mimbre delante del manubrio forman dos filas simétricas en la entrada. A las tres de la tarde no hay clientes dentro del local. Nadie camina en la acera del frente y los autos circulan con vidrios polarizados y el aire acondicionado encendido. Ciudad Bolívar es a esta hora de la tarde una plancha de aluminio sobre la que se refleja un sol gelatinoso. Solo quien tiene necesidad u obligación camina a esa hora por las calles solitarias que rodean a uno de los penales más peligrosos del país. Vista Hermosa, el sector donde está ubicado, no hace honor a su nombre. En realidad, es un predio de clase media venido a menos, compuesto por calles rotas y casas de uno o dos pisos, con techos de platabanda, de rejas altas y puntiagudas y paredes desconchadas. Hace rato que muchas de las viviendas que se levantan a la vera de la calle que conduce hasta el penal no reciben una mano de pintura. Cuando en los años sesenta del siglo XX la ciudad se expandió desde las orillas del río Orinoco, esta urbanización se convirtió en el sitio preferido de las nuevas familias. El rápido crecimiento del sector terminó rodeando al penal, construido años antes, en 1951, en esa zona muy alejada del casco histórico.

Eran, desde luego, otros tiempos. El Estado mantenía el control de las cárceles y era inconcebible que un interno tuviera un fusil AR-15, pistolas 9 mm o una escopeta recortada. Hoy, como ha llovido durante varios días, los huecos de las calles están rebosados de aguas pestilentes. Los vehículos amino-

ran la marcha para no reventar el tren delantero. Las aceras están levantadas y las viviendas que están en la acera contraria a la del reclusorio tienen sus fachadas agujereadas. Esos vecinos viven frente a un sitio donde se escuchan disparos cada día y donde cada tanto los presos arrojan a la calle a hombres cosidos a balazos, como ocurrió en agosto de 2011, cuando dejaron en la puerta el cadáver de Marlon Guevara, luego de una riña por el control del penal. También está agujereado el portón principal de la cárcel, de color verde, por el que entraré dentro de minutos, aunque hoy no es un día establecido para las visitas. Pero eso no importa. Los presos deciden quién entra y cuándo puede hacerlo. Mientras arreglábamos nuestra primera cita, Wilmito me dijo por teléfono: “Usted llega hasta la puerta de la entrada y desde allí me llama para mandarlo a buscar”.

Eso hice. Me detuve en la acera, junto a la garita de vigilancia de la Guardia Nacional –en realidad, se trata de un quiosco con techo de machimbrado a dos aguas con banquitos de hierro casi oxidado–, para enviar un mensaje de texto. “Estoy aquí”. Pasan diez minutos y Wilmito no me responde. Decido llamarlo. “¿Cómo estás vestido?”, me pregunta casi a modo de saludo. Le digo que uso un pantalón negro de algodón, una polo blanca y un cuaderno de tapa blanca y bordes azules en degradé en la mano derecha. “Ya mando a buscarte”, me responde. Los oficiales de la Guardia Nacional están distraídos hablando entre ellos y no sé si reparan en que estoy comunicándome con uno de los internos. Todavía no puedo creer que voy a entrar a la cárcel con mi teléfono celular y que nadie me va a revisar.

Minutos después se escuchan golpes en el portón verde. Un guardia se acerca, abre una puerta minúscula y veo la cabeza de un hombre joven. Aunque en ese momento no lo conozco, con los meses sabré que se llama Juan Carlos Hernández y es una de las personas de confianza de Wilmito. El hombre mira a la izquierda, luego a la derecha, hasta que fija su mirada en mí.

–¿Usted viene buscando a Wilmer?

–Sí –respondo.

–Él viene con el jefe –dice Juan Carlos Hernández, dirigiéndose a los guardias.

Uno de los oficiales deja la conversación que mantenía con sus colegas y se dirige hasta una mesa de hierro de esquinas romas que completa la escenografía de la garita. Hay apenas espacio para colocar las manos porque todo está ocupado por un archivo que contiene, ordenadas alfabéticamente, las cédulas de identidad de los visitantes. Le entrego mi documento y él a su vez me extiende un carné que me identifica. Camino hacia el portón y, antes de entrar, le estrecho la mano a Juan Carlos. Y así es como llego a un Estado dentro de otro Estado: un Estado que Wilmer José Brizuela Vera, Wilmito, el pran más temido de Venezuela, domina con mano férrea desde hace ocho años.



Un pran es el líder de los reclusos. Es un término acuñado en la jerga carcelaria y que llegó a Venezuela desde Puerto Rico. Al margen de esas inexactitudes suena, sí, como un nombre muy musical y de fácil recordación para los internos y las personas de la calle. Quien mencione esa palabra –“pran”– delante de otros sabe que lo entenderán porque se refiere, incluso en el extendido ámbito de la guasa caribeña, a la persona que tiene el poder.

Quienes llegan al penal que lidera Wilmito ingresan a un territorio sin reglas donde el único mandamiento necesario para sobrevivir es no demostrar que se teme al otro y adaptarse de la mejor manera a lo inesperado.

El de Vista Hermosa es el penal donde menos muertes han ocurrido desde 2011. Y no son pocos los que atribuyen esa disminución a la labor de Wilmito y su idea de reproducir en la prisión el entorno que el preso dejó atrás. Desde la entrada intuyo que caminaremos por un barrio cualquiera al escuchar la música sonando a todo volumen, como en cualquier sector popular. Veo mujeres cruzando el patio con sus rollos en la cabeza y los hijos de los presos crecen corriendo entre hombres que blanden pistolas. El Caribe y su anarquía feliz.



Son las cuatro y media de la tarde. Del cinto de Juan Carlos Hernández, que viste bermudas y una camiseta ceñida, sobresale una pistola. Es un hombre flaco pero atlético, de piel y ojos claros y con el pelo a cepillo, y me conducirá hasta la habitación del pran: nadie llama celdas a los sitios donde viven aquí los presos. En este penal las rejas fueron eliminadas hace muchos años, quizás incluso antes de que Wilmito se convirtiera en 2006 en su máxima autoridad. El hacinamiento explica una prisión sin barrotes.

El Internado Judicial de Vista Hermosa fue construido para 650 internos, pero en él viven 1.750. Los presos, pues, deben aprovechar cualquier espacio posible para vivir y en ese afán sobrevienen los conflictos y las muertes.

Estoy en un gran patio con piso de cemento. Allí, un hombre transporta una carretilla llena de tierra mientras otro lo espera junto a un promontorio de arena. Como en cualquier sector popular de Venezuela, los internos construyen sus propios ranchos. De hecho, mientras estaba en la calle esperando entrar a la cárcel, vi un camión estacionado frente al portón de entrada. Dos hombres introducían al penal bloques de cemento y materiales para la construcción. Más tarde sabré que habían sido autorizados por Wilmito.

Al fondo de ese patio hay un galpón pequeño. Por órdenes de Wilmito, allí están confinados los presos que no se someten al régimen impuesto. Les dicen gandules, porque viven de pedir a los otros y del tráfico de drogas y porque, según la cosmovisión del gobierno interno (o sea, de Wilmito), no quieren progresar. En la puerta del galpón un hombre mira fijamente hacia el cielo, como alelado, e intempestivamente, cada tanto, lanza manotazos al aire.

Dejamos el patio y atravesamos un pasillo que nos llevará hasta la habitación de Wilmito, ubicada en las oficinas que alguna vez estuvieron destinadas a las autoridades designadas por el Estado. Pasamos frente al taller de carpintería. Después de pasar un pequeño jardín interno, llegamos al borde de unas escaleras que conducen al piso superior. Un hombre armado está sentado al pie del primer escalón en una banqueta de plástico. No hay barandas para sostenerse y el cemento de los escaños está incompleto, como si un animal lo hubiera mordisqueado. En el primer piso hay un pequeño recibo con un tele-

visor de pantalla plana y un sofá de color negro, descosido. Juan Carlos me indica que me siente. Él continúa caminando hacia la izquierda. Dos personas están sentadas allí, manipulando sus teléfonos celulares.

Al final del pasillo está la habitación de Wilmito. Lo intuyo porque la puerta está cerrada y, sobre la superficie de falsa madera de la puerta, veo las iniciales de su nombre y apellido, WB, dibujadas sobre dos pliegos de cartulina de colores. Desde el sofá en el que estoy sentado puedo ver el patio principal de la cárcel, donde hay una multitud que va y viene. Las columnas de humo, provenientes de las parrillas donde se cocinan alimentos, se elevan hacia el primer piso. Hay puestos que venden comida, chucherías, y mesas sobre las cuales se disponen dosis de droga, también a la venta para aquellos que puedan pagarla. De pronto, se escucha el motor de una moto. Me levanto del sofá para asomarme a las ventanas que dan al patio y, en efecto, es una moto, conducida por un hombre que se pierde por la vereda que va hacia el campo de béisbol.

La cárcel de Ciudad Bolívar se levanta en un inmenso terreno. El área administrativa está separada de los pabellones donde viven los presos, que pueden verse desde la ventana por donde ahora miro. El sol comienza a ponerse y el penal adquiere un tono ocre, reforzado por el color durazno de la pintura de las paredes. En la fachada principal de los pabellones de los presos hay dos rostros pintados. A la derecha, Nelson Mandela. A la izquierda, Wilmito. Las dos imágenes están encerradas en un óvalo que a la distancia se parece a las ventanillas de un avión. Al lado del rostro de Mandela hay una frase: “No se puede juzgar a una nación por la manera que trata a sus ciudadanos más ilustres, sino por el trato brindado a los más marginados, sus presos”. Y junto al de Wilmito: “No dejes que cuatro paredes roben tu sonrisa”. Mientras apunto esas frases en mi libreta, alguien se me acerca por el costado. Es Wilmito, que se planta delante de mí y me extiende la mano.

“¿Usted se va a quedar esta noche? Porque si es así, de inmediato le arreglamos una habitación”.



Wilmer José Brizuela Vera nació en Ciudad Bolívar el 20 de marzo de 1982. No hay que dejarse llevar por la impresión que causan las fotos que con frecuencia cuelga en su perfil de Facebook. Algunas veces está más gordo, otras menos, de modo que no es fácil reconocerlo al primer golpe de vista. En diciembre de 2013, cuando lo vi por primera vez, pesaba 93 kilos, y no es un hombre alto: mide un metro sesenta y cinco. Camina con las piernas semiabiertas, un pie apuntando hacia un lado, el otro hacia el otro. A veces, cuando usa cholas, arrastra los pies, pero es un hombre ágil y se precia de ser un gran amante. “Mi único vicio son las mujeres”, suele decir.

Padre de nueve hijos concebidos con siete mujeres, Wilmito es, paradójicamente, el único descendiente de Vidalina, el primer nieto de María y el primer sobrino de un gran matriarcado. Su padre, Carlos Delgado, era, al momento de concebirlo, un obrero de la industria de la bauxita. En la década de los 70, impulsado por el entonces presidente Carlos Andrés Pérez, el estado Bolívar desarrolló una industria nacional para trabajar el hierro y el aluminio. Carlos Delgado fue uno de los hombres beneficiados por los empleos que se generaron en la zona, y en aquellos años tuvo una relación casual con Vidalina. Es muy curioso que ella solo diera a luz a un niño. En las familias pobres suele haber muchos más.

“Mamá dice que siempre se conformó con tenerme a mí”, dice Wilmito.

La de Wilmito es una habitación más bien pequeña. En la pared del fondo hay una biblioteca con tres repisas que llena todo el espacio, con muchos libros. Sobre otro de los entrepaños están sus efectos personales –colonias, desodorantes– y, en la última repisa, están los zapatos. Cuento más de diez pares. Detrás de la silla que ocupa Wilmito hay un fusil de asalto AR-15 y una pistola 9 milímetros. Sobre la cabecera de la cama, de tamaño matrimonial, cuelga un afiche, en marco dorado, con la foto de un tigre. Debajo de la fotografía leo: “El Señor va delante de mí, él estará contigo, no te dejará ni te desamparará. No temas ni te intimides”. La voz de barítono de Wilmito dice: “Dígame, hermanito, ¿qué se le ofrece?”.



Conozco a Vidalina, la madre de Wilmito, una mañana de enero de 2014 en un estadio de béisbol. El equipo de la cárcel de Vista Hermosa –llamado Los Hit Man– está inscrito en un torneo que enfrenta a cuatro equipos y hasta allí ha llegado Vidalina para aupar a Wilmito, titular en su escuadra. Estamos en el barrio Medina Angarita de Ciudad Bolívar. Las viviendas, pintadas en tonos de rosado, ocre o azul pálido, son de una planta, y el tendido eléctrico cruza sobre los techos de platabanda.

Vidalina –una morena robusta, entrada en sus cincuenta, que cuando sonríe enseña unos dientes parejos y muy blancos– aún vive en el barrio Hipódromo Viejo de Ciudad Bolívar, una lonja de tierra entre el margen más angosto del río Orinoco y la Laguna del Medio. Trabajó como camarera durante muchos años en el Hotel Bolívar, el más importante de la ciudad en la década de los años setenta, y Wilmito, durante sus ausencias, quedaba al cuidado de la abuela María. El niño creció en un matriarcado, rodeado de afecto, alejado de las drogas y sin extrañar la figura paterna. Recibió su apellido de una pareja estable que tuvo Vidalina mientras transcurrió su embarazo. Aceptaba los regaños de los vecinos sin abrir la boca y sin contradecir las órdenes. Jugaba con metras y un trompo. Iba al colegio Rotario por las mañanas y pasaba las tardes jugando a la pelota en las calles de tierra, a la sombra de árboles de mango.

“Nunca me llamaron para plantearme una queja de él”, dice Vidalina, sentada en la tribuna sobre dos tablas rectangulares de madera cuarteada, en medio del bullicio de los jugadores, que ahora beben cerveza.

Wilmito está en la otra tribuna con Luis Zamora, alias “Bolíqueso”, el segundo de sus lugartenientes y encargado de administrar los castigos en el penal. El equipo de los presos ha perdido el partido frente a la formación de Brisas del Orinoco, constituida por vecinos de ese sector, y él no tuvo una buena tarde.

Para los presos, de cualquier manera, estos partidos son una fiesta. Vigilados por la Guardia Nacional, que está apostada en las entradas y salidas de las tribunas y rodea cada punto del estadio, el juego de béisbol es la excusa para encontrarse con sus familiares e hijos en las tribunas. Bien lo sabe Vida-

lina. Es, también, el modo que ella tiene de apoyar esa suerte de programa de gobierno que su hijo repite a los periodistas que lo han visitado y que podría resumirse en cuatro mandamientos: nada de andar en los pasillos sin camisa, hay que respetar a los familiares que visitan el penal, no hay que robar a los compañeros y se debe practicar algún deporte. Tal vez por esa razón, los presos se toman estos campeonatos como si se tratara de un torneo profesional.



Siendo todavía un niño, Wilmito empezó a practicar boxeo, aunque su madre se oponía. El responsable de esa pasión fue su abuelo Cándido Vera, un ex boxeador y luchador profesional, con quien veía los programas de boxeo que transmitía la televisión –las históricas peleas de Ray Sugar Leonard con Marvin Hagler o Tommy Hearns– en la década de los ochenta. Un día, mientras miraban una de esas peleas, Wilmito le dijo que quería aprender.

–Tú me estás jodiendo –le contestó el abuelo.

–No –le respondió Wilmer.

El abuelo se levantó de la silla y se puso en posición de combate: las piernas flexionadas, los codos pegados a las costillas, los pasos hacia adelante y hacia atrás, uno, dos, uno, dos. A partir de entonces, y de manera más o menos improvisada y rústica, el abuelo entrenó al nieto en los principios del boxeo. Cinco meses más tarde, Wilmito pidió matricularse en una academia. Tenía 13 años. Ciudad Bolívar tenía entonces dos campeones mundiales –los hermanos Ernesto y Crisanto España– que atribuyeron el poder de sus puños a los mangos que comían y una legendaria escuela, el Gimnasio Boris Planchart, dirigido por el entrenador Ángel Salaverría. Hasta allá lo llevó Cándido Vera una tarde. Salaverría y Vera se saludaron sin especial deferencia. Cuando Vera le contó el motivo de la visita, Salaverría encaró a Wilmito y sostuvieron un breve diálogo:

–¿Quieres aprender?

–Sí.

—¿Quieres ser alguien?

—Sí.

El entrenador se quedó callado, mirándolo a los ojos. Después, le dijo una frase que hoy, casi veinte años después, Wilmito es capaz de recitar de memoria: “Necesitas tener un corazón de guerrero, una vista de águila y unos puños de acero”.

En el boxeo, Wilmito tenía talento y ganas, pero le faltaba la preparación física. Ángel Salaverría, fallecido hace dos años, pulió aquellas primeras lecciones del abuelo Cándido Vera. Wilmer llegaba del colegio a la una de la tarde, recogía un bolso con una muda de ropa y una pimpina de agua y salía en autobús hacia el gimnasio, donde pasaba cuatro horas entrenándose hasta que, derrotado por el cansancio, volvía a casa a comer y a dormir. Estaba inscrito entonces en el Liceo Ernesto Sifontes, cursaba la escuela secundaria y era un chico delgadísimo, de apenas 48 kilos. A los 14 años, cuando su entrenador decidió que estaba listo para debutar en la categoría mosca, no resaltaba por la fuerza de su pegada. Pero a Salaverría le llamaba la atención la tranquilidad de su discípulo. Aplanado, casi inexpresivo, Wilmito no parecía alterarse cuando lo golpeaban. Con el tiempo, aprendió a anticipar los movimientos del rival para esquivarlos. Muchos años después, el boxeo le serviría para mantener la calma en medio de situaciones muy complejas: ¿cómo encarar el robo de un banco sin alterarte cuando el plan no funciona como lo habías diseñado, sin ser capaz de anticipar las reacciones del otro, que está tan aterrado como tú?

En aquel primer combate enfrentó a Luis Palma, a quien venció por decisión de los jueces. El profesor Salaverría tomó aquella refriega como el inicio de la carrera de un campeón al que había que cincelarle la paciencia. Wilmito vio en aquellos años los videos de Marvin Hagler, un legendario campeón de peso medio que jamás dejaba de pegar. ¿Qué pasaría si él, que entonces era una poquita cosa, un gorrión de lavandero sin alas, el hijo único y pobre de una camarera, se convertía en un nuevo campeón mundial de boxeo, como Hagler? De las siguientes 280 peleas, solo perdió tres: con Gilmer Pino, José Rincón y Patrick López, medallista de oro en los Juegos Panamericanos de

2003, celebrados en República Dominicana. Hasta hoy Wilmito los recuerda con nombre y apellido, y no porque aún no haya asimilado la derrota, sino porque Patrick López llegó hasta donde él hubiera querido llegar: los Juegos Olímpicos. A Wilmer solo le faltó ese escalón para coronar una progresión exitosa: ganó la presea dorada en los Juegos Nacionales Juveniles de 1997 y participó, en 1999 y 2000, en el Torneo Internacional de Boxeo Batalla de Carabobo, el evento más importante del pugilismo aficionado en Venezuela.

Esa capacidad para esquivar los golpes y castigar al rival a la zona media con la mano izquierda –una técnica que Salaverría le enseñó utilizando como blanco un muñeco relleno de arena– fue también advertida por los entrenadores de la selección nacional, José Sayago y Ángel Fermín. Fue quizá el momento más esplendoroso de su vida. En 2000, con 18 años, fue llamado a la preselección que participaría en el nuevo ciclo olímpico. En 2004 se celebrarían las Olimpiadas en Atenas y Wilmito comenzó a pensar que podía colgarse en el pecho una medalla de oro. Había desarrollado la valentía de intercambiar golpes de principio a fin. Con el tiempo, había ganado poder en su pegada: su entrenador lo obligaba a golpear sacos de aserrín de más de 100 kilos. Un *round* dura tres minutos, pero sobre el *ring* tres minutos son la eternidad. Decía Joyce Carol Oates, en su ensayo “Del boxeo”, que el que practica este deporte debe aprender a inhibir su propio instinto de supervivencia y a doblegar el impulso humano de eludir el dolor. Wilmito dice que, con los años, el boxeo lo enseñó a perder el miedo. Y eso era algo que iba a necesitar.



Mientras evoca sus glorias idas, sus ayudantes llegan con la cena: dos sándwiches rellenos con pollo a la parrilla, rociados con salsa rosada, preparados, supongo, en uno de los expendios de comida del penal. Cuando nos disponemos a comer, tocan la puerta de la habitación. Es Boliqueso, que viene abrazado a dos mujeres arregladas como para ir a bailar. Una de ellas, vestida con una blusa escotada, unos *jeans* desteñidos y sandalias, tiene el cabello

veteado de tinte amarillo. El tinte no ha logrado colonizar las raíces negras. Lleva las uñas de los pies perfectamente pintadas en varios colores. La otra, más discreta, permanece callada y parece triste. Boliqueso lleva en su mano una botella de licor de anís y tiene el pecho henchido. Wilmito, que dice no ser un aficionado a las bebidas alcohólicas, bromea con el grupo que se prepara para seguir la fiesta. Frente a los chistes de Wilmito, en un lenguaje casi cifrado, la falsa rubia se dobla como si tuviera arcadas, ríe con energía y parece a punto de caer. Son conversaciones que un extraño no entiende sin contexto. Los tres han entrado al cuarto para buscar vasos plásticos. Wilmito se levanta de su silla y toma tres vasos de color fosforescente del mueble colocado frente a su cama. Sobre la repisa que lo corona hay un televisor pantalla plana de 42 pulgadas y varios discos compactos de una banda llamada Voces de Libertad. Al ver los discos, Wilmito tiene una idea, que ejecuta una vez que Boliqueso y las chicas salen del cuarto, abrazados como entraron: amenizaremos nuestra cena con la música de la formación que, faltaba más, lo tiene a él entre sus integrantes.

Su sánduche está todavía intacto sobre la mesa. Wilmito enciende el DVD y prepara el televisor para que veamos el *show* mientras cenamos. Voces de Libertad es una orquesta de presos que toca versiones de grandes clásicos de la salsa. En la carátula del disco cuento los nombres de dieciocho personas, entre personal técnico, coristas, cantantes y músicos. La primera pieza que escuchamos es “Aguanilé”, el viejo tema que grabaron Héctor Lavoe y Willie Colón en una memorable placa llamada *El juicio*, de 1972, y que más recientemente ha sido cantada por Marc Anthony. Los músicos se presentan sobre una tarima que nada tiene que envidiar a las que se ven en los conciertos de las bandas establecidas.

“Esa es una fiesta que dimos aquí el día de Nuestra Señora de Las Mercedes, patrona de los presos”.

La tarima, me dice, estaba colocada al fondo del penal, en el patio de deportes, un terreno en forma de diamante donde suelen jugar béisbol.



En octubre de 2002, cuando tenía 20 años, Wilmito fue a una función de matiné en la discoteca Atenas, muy de moda en Ciudad Bolívar, con un amigo que llevaba una pistola. Wilmito, vestido con la chaqueta de la selección nacional de Venezuela, una pieza con los colores de la bandera nacional, conversaba con unos amigos cuando la policía llegó al local para hacer una requisa. Ya era un hombre reconocido por sus méritos deportivos y, aprovechando esa circunstancia, su amigo le entregó la pistola que llevaba, para evitar problemas. Esa noche, ninguno se salvó de la revisión.

“Yo creo que el policía me vio cuando recibí el hierro. Todo fue muy rápido. Me quitaron la pistola, me esposaron y me sacaron de allí detenido. De pronto las cosas cambiaron para mí”.

Wilmito dice que hasta ese momento jamás había delinquido. Pero eso no es cierto, según lo comprobé después de mi visita al chequear sus antecedentes penales. Desde el 13 de mayo de 2001 estaba solicitado por la Subdelegación de Ciudad Bolívar por robo. Una semana después, 20 de mayo, volvió a robar y también lo hizo el 19 de octubre de 2001. De acuerdo con los registros policiales había delinquido en tres ocasiones antes de ser capturado dentro de la discoteca, pero él ha preferido obviar ese detalle.

De la discoteca lo llevaron a la cárcel de Vista Hermosa, donde pasó seis meses. Durante los primeros cuatro días no salió nunca de la habitación. Se las había arreglado para conseguir la protección de uno de los líderes del pabellón donde lo alojaron, Luis Oswaldo Martínez. No lo dejaban ver los “coliseos”, las peleas a cuchillo entre presos enfrentados por alguna disputa y que son ordenadas por el pran para que esas disputas se diriman. Dejó de alimentarse como un atleta –carnes blancas, vegetales, jugos naturales– para comer harinas y a deshora.

Al salir de la prisión con una medida cautelar, el Instituto Nacional de Deportes (IND) sometió su caso a la consideración de un tribunal disciplinario en Caracas, que resolvió expulsarlo de la preselección nacional de boxeo. Wilmito regresó decepcionado a su casa, sin ganas de seguir entrenando, a pesar

del respaldo que le daba su mentor, Ángel Salaverría. Había quedado fuera del ciclo olímpico.

Vidalina, su madre, estaba sin trabajo, en medio de una feroz contracción económica por el paro de la industria petrolera venezolana de principios de 2003. Wilmito comenzó a frecuentar a los amigos del barrio que no tenían una vida sino un prontuario. Vidalina le pidió que no se juntara con los malandros del barrio. Pero él tenía una certeza: creía que los hombres jamás pueden zafarse de su prontuario, y él, aunque pequeño, ya tenía uno.

La primera vez participó en un robo a un comerciante de oro y diamantes en el aeropuerto de Ciudad Bolívar. Por lo general allí aterrizan avionetas con personas que transportan metales –oro, diamantes– desde las minas del sur y el oeste del estado. Fue una operación simple, en la que él solo se encargó de cuidar las espaldas de los compañeros que asaltaron al comerciante. A ese debut le siguieron varias operaciones similares hasta que, acusado de un delito que él nunca reconoció –el secuestro de Juliano Elías Abboud, conocido comerciante árabe de la zona, ocurrido el 26 de septiembre de 2004–, volvió por segunda vez a Vista Hermosa. Era el año 2005 y Wilmito estaba dispuesto a convertirse en líder.



Como presidenta del circuito judicial penal, Mariela Casado ratificó en 2007 el primer fallo de los tribunales locales, publicado en octubre de 2006, contra Wilmito: diez años de prisión por raptar a Abboud. No era la primera vez que se veían, ni tampoco sería la última. Se habían conocido en la cárcel de Vista Hermosa cuando ella recién se estrenaba en su cargo y él apenas comenzaba a despuntar como un líder. Ella visitaba el penal para conocer las demandas de los presos y él era quien transmitía las peticiones. Con lo poco que hablaron, Casado elaboró el perfil de un hombre astuto, amoral y siniestro, con mucha más facilidad para expresarse que el resto de sus compañeros. Varios de los presos que acudían a los tribunales confirmaron sus presunciones cuando, en

el receso de las audiencias, le confiaban que para sobrevivir dentro del penal había que obedecerlo y pagar sin falta el impuesto semanal.



Ya es de noche, pero la música, ensordecedora, continúa. Ahora son casi las ocho y Wilmito me reitera la invitación: “Si quieres, puedes quedarte a dormir. Yo arreglo un cuarto y mañana continuamos”.

Pero no acepto quedarme, porque tengo miedo.

Antes de irme, le pido dar una vuelta por otras áreas del penal y Wilmito acepta. Salimos del cuarto y nos encontramos con Juan Carlos Hernández, el hombre que me había recibido en la entrada, sentado en el sofá del recibidor. Cuando nos ve aparecer, hace el ademán de levantarse, como si ante él hubiera aparecido un militar de rango superior. Todavía lleva la pistola en el cinto. Wilmito le pide que se quede sentado con un gesto apenas perceptible. Seguimos caminando por el mismo pasillo hasta la puerta del fondo. Al abrirla, entramos a un cuarto oscuro iluminado por la luz que rebota de un televisor de 42 pulgadas de pantalla plana, que refleja una transmisión de circuito cerrado. En todo el penal hay 48 cámaras que le permiten al pran y a sus segundos vigilar todas las áreas: la planta baja de los pabellones, la vereda donde se reproducen quioscos de venta de comida y chucherías, la reja verde de la entrada principal, el área destinada a los homosexuales y a los evangélicos, y la zona de la “guerrilla”, donde están los presos que no quieren acatar las reglas impuestas. Es un galpón donde viven hacinadas varias personas. Wilmito toma el *mouse* de la computadora que controla el sistema y se posa sobre cualquiera de las imágenes, para ver con detalle qué sucede.

Wilmito pasa mucho rato mostrándome la cárcel a través de la pantalla y entonces le pido que dejemos para otro momento el recorrido. Wilmito me acompaña, escaleras abajo, hacia la puerta de salida del penal. Por el camino le pregunto quién pone el dinero para comprar las cámaras y los televisores. No hay una respuesta concluyente y variará en los meses que siguen: a veces

me dice que son donaciones de amigos; otras, que se compraron con el dinero que cada preso entrega al pran todos los domingos de cada mes para mantener las instalaciones.



Regreso a Vista Hermosa a media tarde del jueves 9 de enero de 2014. Sopla una brisa fresca y no hace tanto calor como en diciembre. Juan Carlos Hernández me recoge otra vez en la puerta, pero no caminamos hacia la habitación de Wilmito. Recorremos el penal a la luz del día. Mientras caminamos por el pasillo de uno de los pabellones, Hernández se detiene y toca la puerta de una de las habitaciones. Entramos a un cuarto iluminado por luces de neón. Una mujer está sentada sobre una cama matrimonial, con una niña paralítica entre los brazos. Wilmito está a su lado. Al verme, y antes de extenderme la mano, se inclina para besar la frente de la niña, que, sabré después, tiene cuatro años. Luego utiliza el dedo índice y el medio a modo de pinza para tocarle la nariz y hacerle cariño sobándole el cabello. El aire acondicionado mantiene la habitación a una temperatura casi polar.

Cuando salimos le pregunto quién era y me responde: “Ella era mi mujer, pero ya no estoy con ella. Ella vive aquí con mi hija”.

Wilmito no sabe precisar qué le pasa a la niña, por qué está paralizada. A esa mujer, a la que ni siquiera menciona por su nombre, la dejó por otra, y a esa otra la sustituyó por otra más y así.

Seguimos caminando por el pasillo que desemboca en el patio central. Allí hay dos niños jugando. Uno de ellos –pequeño, fornido, moreno y con el cabello casi al rape– usa una camiseta del Barcelona y debe tener unos seis años. Se parece mucho a Wilmito y, en efecto, es uno de sus hijos. Antes de seguir, él se toma unos segundos para jugar con él. Padre e hijo se colocan en posición de combate, con la pierna izquierda más adelantada, semiagachados, y con los puños a la altura del mentón. Después, unen sus puños derechos, como si estuvieran jugando a los superhéroes. Juan Carlos Hernández y yo seguimos nuestro camino y Wilmito se va a su habitación.

El paseo que hemos dado por casi toda la cárcel tiene un solo propósito: que yo vea que los presos son más capaces que el Estado para manejar el penal. El fallecido presidente Hugo Chávez consideraba a Wilmito casi un gobernador *in pectore*. Chávez, que solía bromear con sus invitados al programa dominical que conducía, *Aló Presidente*, le dijo al gobernador del estado Bolívar, Francisco Rangel Gómez, presente entre el público: “Ese Wilmito como que manda más que tú, Rangel”. El gobernador esbozó una media sonrisa.

Este día de enero, el recorrido por la cárcel termina en la cancha, que está muy bien conservada. Dos equipos de presos juegan al fútbol. Algunos tienen camisetas de clubes como Arsenal o Real Madrid; otros usan camisetas de clubes locales: Deportivo Táchira y Caracas Fútbol Club.

Wilmito es uno de los jugadores. Acompaña la jugada con parsimonia de elefante y no traba la pelota en la mitad del terreno. Parado cerca de la banda, siempre espera desmarcado el último pase para patear al arco. En dos ocasiones, el arquero bloquea la pelota, pero en la tercera Wilmito recibe en el vértice del área, regatea a un contrario que se desliza para quitarle el balón y le pega al ángulo. No se escuchan aplausos desmedidos tras el gol. Wilmito regresa caminando hacia la mitad de la cancha que defiende su equipo y ocupa su posición de extremo. Noto, sí, el esfuerzo de los rivales por no pegarle patadas.

Boliqueso está sentado a mi lado, ajeno a lo que ocurre en el juego porque se entretiene manipulando su teléfono inteligente de última generación. Los guardaespaldas de Wilmito se apostan con armas largas en las esquinas de la cancha y detrás de nosotros. Lo primero que me dice Boliqueso es que él es responsable de que los presos aprendan a convivir. Esa frase suena extraña en boca de un hombre que apenas abre los labios, de frases cortas y silencios amplios. De pronto, toda su autoridad queda en evidencia cuando dos de sus lugartenientes se presentan ante nosotros escoltando a un hombre que transgredió uno de los mandamientos del pran. La noche anterior, un preso dejó olvidado un teléfono celular en las gradas de la cancha. A través de las cámaras, alguien vio que este hombre nervioso, que ahora está parado delante de nosotros, se lo llevaba escondido entre la ropa.

El hombre empieza a gesticular con movimientos ampulosos cuando lo acusaron del robo.

“No, causa, usted cree que yo voy a estar pendiente de ese teléfono”.

En la jerga carcelaria, “causa” significa amigo cercano o aliado. Boliqueso apenas lo mira y parece pendiente de su propio teléfono. El hombre sigue gesticulando, con una pistola de cachá niquelada en la mano. Una, dos, tres veces sube y baja los brazos en un gesto visible de contrariedad, al tiempo que trata de explicar que él no ha tomado el aparato. Cuando repite el gesto por cuarta vez, tengo miedo de que se le escape un disparo y cierro los ojos. De pronto, la voz de Boliqueso dice: “Quítenle la pistola y que regrese al techo”.

El hombre entrega el arma y se va, pateando el aire. Durante mi primera visita había visto a varios hombres sobre la platabanda de los pabellones, pero supuse que allá arriba, mientras caía la tarde, se distraían viendo hacia el horizonte, o buscaban la brisa fresca que, a nivel del asfalto, apenas se siente. Pero no. En el techo están castigados durante días aquellos internos que transgreden las normas impuestas por el pran. Y no pueden bajar hasta que se lo autoricen.

Wilmito termina de jugar y camina hacia nosotros. Uno de los guardaespaldas le ofrece una silla. Casi se arroja sobre ella en el esfuerzo de recuperar el ritmo normal de las pulsaciones. Se ve bastante cansado. Pocos minutos más tarde, me invita a ir hasta su habitación.

–Esa escena que tú presenciaste, del muchacho que se robó el celular, es una de las formas que tenemos de imponer la disciplina –dice, una vez que nos instalamos en el cuarto.

–¿Pero aquí en Vista Hermosa han ocurrido cosas peores?

–¿Como cuáles? –pregunta Wilmito, reclinándose en una silla de plástico. La camisa sudada reposa en el respaldo del asiento.

–En otras cárceles venezolanas, por ejemplo, a los internos que roban les cortan los dedos con un machete. ¿Eso pasa aquí?

–No. Pero les podemos dar un tiro en la mano para que no lo vuelvan a hacer.

–¿Y cómo castigan a los que cometen faltas más graves?

- Depende de la falta que hayan cometido.
 - A los violadores, por ejemplo, creo que no les perdonan la vida.
 - Eso es cierto.
 - En Youtube pude ver un video llamado “La reina del arroz con pollo”.
- ¿Esas imágenes fueron grabadas en este penal?
- Ese chamo violó a una niña de ocho años. Él debe sufrir lo que ella sufrió.
 - ¿Lo violaron y luego lo mataron?
 - Él no murió. Pero al que tomó el video que circuló en internet sí lo matamos.



Wilmito está ahora sentado a orillas de un inmenso terreno que en la cárcel se utiliza para jugar béisbol. Es martes 18 de marzo de 2014. Son las tres de la tarde y, bajo la canícula polvorienta, un interno alto y barbudo trota a paso de maratón.

Nos acompañan Sincamisa y varios de los guardaespaldas. Uno de ellos le pide que cuente cómo fue que se convirtió en el jefe de todos. Recuerdo entonces lo que me había contado en su habitación en una de mis primeras visitas. En 2005 William, un preso con el que había cometido algunos atracos, tenía que salir en libertad y decidió entregarle el control del grupo. Fue casi como la coronación de un discípulo: “Tú lo puedes hacer mejor que nosotros”, afirmaron los dos subalternos de William, a quienes correspondía por jerarquía conducir al grupo.

A mediados de aquel año, todas las áreas del penal tenían sus líderes. Las rencillas por el control completo de la cárcel eran frecuentes y había cada vez más muertos. Las disputas se dirimían en una actividad medieval –llamada coliseo– donde dos internos, por órdenes del pran, se enfrentan a cuchillo en el medio de una rueda formada por sus compañeros. Por todas esas cosas, dice Wilmito, la idea de controlar el penal, instaurar sus reglas y masificar la práctica deportiva generó la simpatía de los internos.

Con 60 de ellos, planificó tomar el área de Reos –otra de las partes en las

que se divide el penal, que tenía su líder— el 16 de octubre de 2005. Armaron un croquis e identificaron por dónde entrarían a matar a los miembros del grupo rival. Fabricaron escudos con tambores de hojalata y puertas de escaparates, que servirían para avanzar mientras se protegía al líder. El invento, al que llamaron “papamóvil”, funcionó de la mejor manera porque logró amortiguar el impacto de una granada y Wilmito y sus compañeros solo recibieron algunas esquirlas. Aturdidos y confundidos, los miembros del grupo rival quedaron a merced de Wilmito, que emergió desde atrás de los escudos con su ametralladora terciada y su pistola. Al primero lo liquidó con un disparo entre los ojos y, después, mató a tres más. El grupo de Wilmito solo tuvo una baja. Los presos de Reos que sobrevivieron de inmediato reconocieron su autoridad.

Semanas después se prepararon para atacar a los del sector de Observación. Wilmito sentía por ellos un particular desprecio. En la mañana del 15 de noviembre de 2005, un hombre de la banda que allí mandaba “cantó una luz”. En la jerga carcelaria, eso significa que nadie puede moverse del lugar en el que está. Son momentos de mucha tensión, porque pueden estar moviéndose armas de un escondite a otro y entonces se necesita discreción. Pero un interno de ese sector, que estaba preso por haber robado un cerdo, desobedeció y lo mataron. A las dos de la tarde de ese día, Wilmito, asqueado, le dijo al parkero, el hombre que conoce dónde se guarda el armamento: “Prepara todo porque vamos a tomar esa mierda”.

Lo cumplieron. Después de Observación, Wilmito y su banda tomaron el área de Taller. Luego cayeron el Rancho y el Anexo. En 2006 ya tenía control sobre todo el penal y había establecido las reglas: respetar a la visita del interno por sobre todas las cosas (el que no lo hiciera tendría que pagar con su vida); nunca revelar a la Guardia Nacional el sitio donde se esconden las municiones y las armas, y jamás intentar despojarlo de su oficiosa autoridad.

Ese mandamiento casi nunca es respetado y él mismo lo sabe. En 2009 intentaron asesinarlo. Un hombre joven le salió al paso mientras Wilmito caminaba por las áreas administrativas y comenzó a dispararle. Casi al mismo tiempo, empezaron a sonar balazos en otras áreas. Wilmito fue herido en el

hombro, pero pudo subir las escaleras hasta llegar a su habitación. Tomó la ametralladora y volvió a salir de la habitación con un compañero que lo custodiaba. Sabiendo que todo era muy confuso, que aquello podía ser un nido de traidores, con la ametralladora terciada y con un bolso en el que llevaba dos mil balas y cinco granadas, tocó el hombro de su custodio y, tras persignarse, le dijo: “Que sea lo que Dios quiera”.

Para entonces, Boliqueso y Sincamisa habían ordenado cortar la luz. Así, Wilmito y sus compañeros, tiro a tiro, sofocaron la rebelión. Los conspiradores eran siete y cuatro murieron ajusticiados.

Me doy cuenta de que Wilmito ha estado recordando todas sus operaciones en medio de un público que, salvo yo, parece casi indiferente a sus hazañas. Nadie lo interrumpe, todos asienten. Están sus guardaespaldas, están Juan Carlos y Sincamisa, pero todos escuchan el relato como si estuvieran un poco hartos del mismo cuento escuchado una y otra vez. El sol comienza a ocultarse detrás del muro del penal y dicen que van a acompañarme hasta la salida. Yo, sin querer, me quedo un poco rezagado amarrándome los cordones de los zapatos mientras Wilmito y sus espalderos caminan adelante. Cuando me estoy incorporando para sumarme al grupo siento el fuerte rugido del motor de una moto muy cerca del oído. Veo a un hombre a mi lado, subido a una moto. Apenas recojo mi cuaderno cuando escucho: “Te puedo llevar hasta la puerta para que no camines este trayecto. Son 20 bolívares”.



El 28 de diciembre de 2009, a la hora del almuerzo, Wilmito se desplomó entre bocado y bocado. Acababa de molestarse con un interno que “se había comido una luz”. Esa expresión significa en la jerga carcelaria una falta a las reglas impuestas por los reos y es merecedora de un castigo proporcional a ese “delito”. Wilmito fue trasladado hasta la Policlínica Santa Ana de Ciudad Bolívar y volvería a despertarse doce días después, tumbado en una cama y preguntándose qué le había pasado. Le había subido la presión arterial con la poten-

cia suficiente para generar un edema cerebral que con los días fue cediendo a base de inyecciones de diuréticos y esteroides.

Asesorado por sus abogados, Wilmito identificó en ese percance la oportunidad de solicitar al tribunal cumplir el resto de la pena en su casa. Al escrito que razonaba la petición agregaron un informe médico que certificaba sus padecimientos –una elevada presión arterial y alteraciones en los valores de los triglicéridos y el colesterol– y lo presentaron con las formalidades debidas para que la audiencia incluso se celebrara en su lecho de enfermo. Todos suponían que la decisión favorable era un hecho, mas no fue así. Advertida por los médicos de la clínica, la jueza Mariela Casado sabía que Wilmito podría regresar a la cárcel sin mayores inconvenientes. Como magistrada rectora ella pidió explicaciones a la jueza de primera instancia que llevaba el caso por la falta de decisión. Había transcurrido un mes desde el desmayo y Wilmito era el de siempre. Hacía y deshacía. Tenía las llaves de su habitación, entraba y salía de la clínica y sus familiares se habían alojado en el cuarto contiguo para acompañarlo. ¿Era posible que un preso ahora utilizara la clínica como un hotel?, se preguntaba Mariela Casado.

Con esas evidencias, y quizás con la silenciosa presión de Mariela Casado, la jueza del caso decidió que los días de Wilmito como paciente habían terminado. Debía volver a la cárcel.



A juzgar por lo que vino después, Wilmito no recibió la noticia de buena manera y urdió una venganza en dos actos. El primero comenzó el sábado 30 de enero de 2010, cuando sacó una ventana del marco de su habitación en la clínica, rompió los barrotes y ganó la calle con la aparente complicidad del piquete policial que lo resguardaba, de acuerdo con el relato contenido en los expedientes del caso.

En la clínica los médicos conocieron otra versión. Era imposible que un hombre de esas dimensiones pudiera escapar por una ventana. Wilmito ha-

bía salido a ver en la televisión el último juego de la serie final de la Liga Venezolana de Béisbol Profesional entre los Leones del Caracas y los Navegantes del Magallanes. Wilmito, seguidor del Caracas, que obtuvo el título aquella noche, estaba entre los absortos hinchas. En el júbilo de la celebración, el pran se quedó dormido y no regresó a su habitación.

Cuando la policía advirtió su ausencia inició una búsqueda casi frenética. El 2 de febrero vaciaron una casa donde suponían que estaba escondido. No lo encontraron. Hallaron, sí, a tres hombres e incautaron, según la prensa, 700 municiones calibre 7.62 para un fusil automático liviano. El cerco se estrechó tanto que el 4 de febrero Wilmito se entregó en Caracas, en una oficina de la policía científica. Había recorrido 600 kilómetros desde Ciudad Bolívar porque creía que solo en la capital del país podrían reparar la injusticia que, según creía, la jueza Casado había cometido en su contra al impedir una decisión favorable. Le había planteado su caso a Lina Ron, una activista del Gobierno con sólidos nexos con el presidente Chávez, quien lo llevó con el entonces director de la policía científica, Wilmer Flores Trossel.

Wilmito no regresó a Vista Hermosa. A los pocos días lo trasladaron hasta la mínima de Tocuyito –el penal donde ahora se encuentra– y agregaron a su expediente el intento de fuga de la clínica. Tenía asegurado no solo un nuevo juicio, sino un incremento de la condena. Lejos de su familia y del poder que había acumulado, Wilmito comenzó a subir de peso y a sufrir quizá como nunca antes dentro de un reclusorio. Su familia, mientras tanto, denunciaba en los medios locales sus padecimientos y la mala voluntad de la jueza Casado como máxima autoridad judicial al no querer reconocerlos. Dos meses después volvió a Ciudad Bolívar para ser juzgado por el intento de fuga. El juez Roberto Delgado ratificó en abril de 2010 que debía volver a la cárcel de Tocuyito tras la primera audiencia. Un alguacil que estuvo presente me contó su reacción cuando escuchó el fallo. Wilmito se enfureció y lanzó maldiciones a todos los presentes en la sala. “Ella es la culpable. Mariela Casado es la culpable de esto”, gritaba. Desde entonces, comenzó a planear la manera de vengarse de ella.



Mariela Casado quería regresar a Valencia, de donde era oriunda. Había pasado mucho tiempo enfrentando un entorno hostil que no le permitía trabajar con comodidad. A sus familiares les había confesado que no se sentía una mujer libre. La mitad de su libertad, contaba, la había perdido cuando se graduó de abogada y la otra mitad la estaba perdiendo lentamente en su pedregoso ejercicio profesional.

Las imprecaciones de Wilmito sumaron otro motivo a las ganas de marcharse de la ciudad. No era la primera amenaza que recibía, es cierto, pero ya había perdido la fuerza que durante cinco años la llevó a soportar las presiones. Recordó entonces cómo, entre 2005 y 2010, había decidido abstenerse de conocer cualquier causa relacionada con él para evitar la tortura de lidiar con Vidalina, la madre del pran, y María, la abuela, quienes siempre pasaban por los tribunales para exigir cualquier cosa: desde medidas alternativas al encierro para cumplir la pena o el regreso de Wilmito a su ciudad de origen.

Mariela Casado se ocupó, sí, de dejar asentadas esas amenazas en una denuncia interpuesta ante la fiscalía del estado Bolívar. Hoy sus familiares piensan que gracias a ese afán por documentarlo todo se despejó el camino para resolver el crimen que la alejó del país. El 6 de junio de 2007, según consta en el expediente, había revelado que en varios mensajes enviados a los celulares de sus colaboradores la amenazaban de muerte. Dos de ellos decían así: “Wil-mel [sic], hay que joder a esa Mariela Casado, la juez de Ciudad Bolívar. Ya cuadré el atraco (...) Pégale un tiro”. Y otro: “Los panas fueron a la cárcel a visitar a Wilmito y él cuadró todo. Mosca, dile a Cara de Ratón”.

A ella, sin embargo, no le parecía que Brizuela pudiera ser el autor de ese mensaje. De hecho, en 2007 había despedido a varios secretarios y alguaciles de los tribunales y cualquiera de ellos tenía incluso más razones para amenazarla. Y el mismo Wilmito se encargó de llamarla para aclarar cómo procedía él poco después de que recibiera esas amenazas. Mariela Casado le contó a un

amigo cercano, quien a su vez aceptó revelarme esto siempre y cuando mantuviera en secreto su identidad, lo que entonces le dijo el pran: “Doctora, yo no amenazo, yo actúo”.

No tenía por qué dudar de su palabra. Cuando el 23 de marzo de 2007 la prensa local difundió el asesinato de cuatro hombres que tenían pocas horas dentro del penal, Wilmito la llamó para confirmar los corridos que se escuchaban en la calle: “Por ahí están diciendo que yo maté a esos muchachos. Quiero que sepa que yo sí los maté a ellos en represalia por la muerte de un primo, a quien ellos asesinaron”. Lo había advertido al juez antes de que sus víctimas llegaran a la cárcel. “De aquí no salen vivos”. Y cumplió. La prensa aseguró que una de las víctimas fue torturada y mutilada. Los hombres de Wilmito colocaron los ojos y la cabeza dentro de unos envases de vidrio.

Wilmito no amenaza. Wilmito actúa.



Los presos comenzaron a matarse por el control del penal de Vista Hermosa después de la baja de Wilmito. En febrero de 2010 asumió el control Ausberto Medrano, alias “Niño Criminal”, que era parte de su clan. Durante su liderazgo murieron Frank Viamonte, después de un roce entre reos, y Ronny Rodríguez y Wilber Hernández, media hora después de haber ingresado a la cárcel. Niño Criminal se fugó el 19 de octubre de 2010 y fue abatido por la policía en un enfrentamiento un mes más tarde. Tomó entonces el control Pata’e Loro, con quien siguió la ristra de muertes. Once días después de su coronación, el 30 de octubre, balearon a Miguel José Bolívar Solís, Roger Ernesto Requena García, José Wilfredo Bejarano Vargas y otros dos reclusos no identificados, en medio de un motín por el control de Vista Hermosa. Y meses más tarde el gobierno de Marlon Alirio Guevara –quien a su vez había sustituido a Pata’e Loro, trasladado a otro penal– culminó de forma trágica, acribillado con más de 20 impactos de bala.



Mariela Casado sentía que un hombre la seguía cada vez que regresaba a su casa desde la Universidad Bolivariana de Venezuela. Era el mes de abril de 2010 y la jueza rectora cumplía con algo de desgano con uno de los últimos compromisos en Ciudad Bolívar.

Tenía razones para sentir que todos la miraban. Aunque, paradójicamente, no temía un atentado en su contra, tomó algunas previsiones. No utilizaba siempre el mismo vehículo, por ejemplo. No solo eran los señalamientos directos de Wilmito. Recordó entonces que entre abril y diciembre de 2009 había recibido mensajes de texto en su teléfono celular casi elegíacos, que prefiguraban su actual situación. El 14 de abril le escribieron esto: “Días vendrán en que de verdad la justicia prevalezca, por los momentos aún le queda tiempo para recapacitar, cuídese”. Y un día después le llegó lo siguiente: “Mis pasos se bañarán con la sangre del impío. Hay un Dios que reivindica al justo y está haciendo justicia en la tierra”. Tres días después leyó amenazas más explícitas: “Escribo y borro, busco y no encuentro elementos para salvarla. He usado ya todo cuanto me ayudó a impedir su partida”. Y a continuación: “Podría equivocarme como te has equivocado tú, Mariela, sin embargo, soy justo y debes irte”.

Su cuerpo comenzó a somatizar todas sus angustias hacia principios de junio, con atroces puntadas en el vientre. Sin tiempo que perder, su hermana María Gabriela le fijó para el 18 de junio una cita con un médico en Valencia. Mariela Casado dudó por un momento. Para ausentarse de la ciudad debía obtener el permiso de sus superiores en Caracas. También alguien debía encargarse de buscar y llevar a sus hijos al colegio. Su hermana le dice entonces: “Anda. Yo busco a los muchachos en el colegio”.



El 14 de junio de 2010, Manuel Gutiérrez, entrenador deportivo de Edelca, la compañía eléctrica del estado Bolívar, se dirige hacia la casa de su hijo menor, Christian, conduciendo una camioneta blanca, marca Jeep, modelo Gran Che-

rokee. Son las ocho y media de la noche. Manuel vive en Puerto Ordaz y en la maleta lleva 150 pelotas de tenis, tres raquetas, otros implementos deportivos y una guitarra.

Christian sale apenas escucha la bocina de la camioneta junto a su hermana Yenibel y se entretienen conversando en la acera. Un grito de Yenibel interrumpe la conversación. Dos hombres armados, que habían bajado de un Fiat Siena, apuntan al grupo, los separan y le piden a Manuel las llaves de la camioneta.

Marlon Medina, moreno, peliteñado, es uno de los atracadores y quien ahora conduce el vehículo que va de vuelta hacia Ciudad Bolívar. Se siente contento porque pronto tendrá en su bolsillo 5.000 bolívares que le había ofrecido alias el “Pucho”, el jefe de la operación, por buscar la camioneta que necesita el patrón. Al patrón también le dicen el “Goldo” Wilmer –así, con una ele intercalada– o Wilmito. El patrón está determinado a matar a la jueza Mariela Casado en cuatro días más y para la misión ha encargado un carro.



A las once y media de la mañana del jueves 18 de junio el Pucho, cuyo nombre real es Luis Ramón Acosta, es citado por alias el “Ciego” en el estacionamiento del Bingo Calypso. El Ciego es el gran coordinador de la operación que está a punto de empezar y se mantienen en contacto con Wilmito por vía telefónica, de acuerdo con la voluminosa acusación que los fiscales escribieron para imputarles el crimen que pronto cometerían.

Al llegar, el Pucho saluda a otras dos personas a quienes solo conoce por sus apodos: la Niña y el Menor.

“Vamos a matar a una señora”, dice el Ciego.

El Ciego le pide al Pucho que maneje la camioneta Cherokee y que lleve como acompañantes a estas dos personas. Él, mientras tanto, sube a otro vehículo que hará de lazarillo para conducirlos hasta el sitio donde la Niña, cuyo verdadero nombre es Edgar Silva Rondón, bajará del vehículo y cumplirá con el encargo.

A las doce y media del mediodía la profesora María Gabriela Casado enciende su Toyota Yaris color negro, ese que a veces utiliza su hermana para trasladarse hasta la Universidad Bolivariana de Venezuela, y maneja hasta el colegio Nuestra Señora de las Nieves, situado en el cruce de las avenidas Jesús Soto y Táchira. Es un sitio estratégico porque está ubicado frente al aeropuerto y es una de las vías expresas que conduce hasta la salida de Ciudad Bolívar. El tráfico del mediodía es denso porque a esa hora todos están buscando a sus hijos. A las 12:45 sale con sus sobrinos y se detiene en un restaurante de comida rápida para comprar el almuerzo. No tardaría mucho allí. Poco después de la una llegan a la casa. Los chicos bajan del carro y corren a tocar el timbre para que el abuelo, Héctor Casado, les abra la puerta. Cuando uno pasa mucho tiempo expuesto al calor húmedo de Ciudad Bolívar solo le provoca correr y colocarse delante de un ducto de aire acondicionado.

En el carro queda olvidada la cajita roja, llena de papitas fritas, con una letra M pintada en color amarillo sobre una de las caras. Antes de entrar a la casa, María Gabriela Casado atiende a un vecino, llamado Pedro Pérez, que le viene a dar buenas noticias. Es cuestión de días para que arreglen un bote de aguas negras que está afectando tanto a su casa como a la residencia de la familia Casado. Casi al mismo tiempo que se produce esta conversación, el Ciego llamó a la Niña.

“Esta es la mujer”.



Wilmito no amenaza, Wilmito cumple.

Dos días después de mi segunda visita al penal de Vista Hermosa, el jueves 9 de enero de 2014, Wilmito asiste a la penúltima audiencia del largo juicio seguido por el asesinato de la profesora María Gabriela Casado. Recuerdo que hablaba por teléfono para coordinar el traslado hasta Valencia en un autobús, donde fue radicado el juicio. Unos llevarían carne asada. Otros, la bebida. La condena definitiva llega tres semanas después: 14 años y diez meses como cómplice no necesario en robo agravado del vehículo automotor, sicariato y

asociación para delinquir. Al Pucho le correspondieron 16 años y diez días.

Antes de salir para aquella vista le pregunté a Wilmito por la doctora Casado. Estamos en su habitación con el aire acondicionado encendido en su máxima velocidad. Cuando escucha preguntas alejadas del guion del personaje que está construyendo, el pran se estira y se toma su tiempo. Es una pausa necesaria para elaborar respuestas ajustadas a la imagen de líder que desea proyectar. En esta ocasión, sin embargo, parece ligeramente molesto. Sin alzar la voz, como si de pronto sintiera la necesidad de demostrar sin poses quién es, me responde con la primera idea que le viene a la cabeza.

“Si yo hubiera querido asesinar a Mariela Casado lo habría hecho. Yo no me equivoco. Yo sabía dónde lavaba su ropa, cuándo viajaba a Caracas. Muchas veces me llamaban cuando la tenían enfrente para preguntarme qué hacían con ella. Y nunca actué en su contra. Yo decidí admitir mi responsabilidad por la relevancia del caso y porque tenía la pelea perdida contra la jueza más poderosa del estado Bolívar”.

Después del asesinato de su hermana, Mariela Casado salió de Venezuela con rumbo desconocido y con el imperioso objetivo de olvidarse de que alguna vez ejerció como abogada y jueza. Sus familiares tienen prohibido revelar dónde se encuentra por miedo, ahora sí, a que se concrete un atentado.

Armando.info

MARZO, 2017

No hay feriados para el terror en La Sábila

~Euseglimar González~



TIENES TRES HORAS para que te vayas de esta mierda. Si no, te matamos”.

Era Domingo de Resurrección y todo transcurría con normalidad en La Sábila, pero al escuchar esto, Anny Suárez supo

que la ruleta del terror se había detenido en su calle, en la manzana L. Esta vez le había tocado a su vecina de enfrente.

Cinco hombres se movían de un lado a otro, rodeando a la pobre mujer. Uno tomó el control, se puso frente a ella y le insistió: “Tres horas. Si regreso y estás aquí todavía, te mato a ti y a tu familia”.

“Son unos desgraciados. La están corriendo a la fuerza”, pensó Anny cuando entendió desde su ventana que a su vecina le estaban ordenando que desocupara su vivienda. Uno de los hombres se había levantado la franela para dejar ver la pistola que llevaba en la pretina del pantalón.

“No me mires a la cara”, gritó cuando la vecina, paralizada por aquel gesto, le subió la mirada.

“¡Ay, carga una pistola! La va a matar. ¡Dios mío!”, dijo Anny, haciéndose

a un lado de la ventana y mirando hacia la mesa del comedor, donde estaba su esposo.

“Ni se te ocurra meterte, o los muertos vamos a ser nosotros. Quédate quieta, mujer. Vente para acá”.

Pero Anny es terca y siguió observándolo todo. El hombre de la pistola se acomodó la franela y caminaba, balanceándose de un lado a otro, con actitud desafiante.

“Bienvenidos a La Sábila, tierra de bendiciones”, dice un letrero artesanal colgado en un arco hecho de tubos finos, en la entrada de este urbanismo, al norte de Barquisimeto. Cuando un carro desconocido entra al barrio, todos los vecinos corren a sus casas. Sienten temor porque con frecuencia dentro de ellos se trasladan hombres armados y muchas veces los transeúntes han quedado atrapados en la línea de fuego durante los enfrentamientos entre bandas.

A La Sábila se llega por una única carretera que va en dirección hacia unas montañas con un sembradío de piñas. Pero antes hay que pasar por sus 20 manzanas identificadas con casi todas las letras del abecedario. Las paredes de las casas tienen colores pálidos y se nota que no han sido pintadas desde hace varios años. Esas aún tienen las estructuras completas.

De la manzana D a la M comienza la destrucción. Hay casas que han sido desvalijadas enteramente. Otras solo tienen media pared con un marco de ventana sin vidrios. En la manzana M hay un terreno de unos 800 metros cuadrados con pedazos de bloques de cemento y cabillas picadas. El monte sale entre los escombros. Ese sector ha sido prácticamente arrasado. No más de 10 casas mantienen las estructuras completas.

Al menos 1.900 familias han sido desalojadas de La Sábila desde 2015, bajo amenazas como la que Anny acababa de ver. Los malandros corren a sus dueños y extraen los materiales de las casas deshabitadas para revenderlos y obtener dinero para drogas y armas. Algunas las dejan en pie y las usan como guarida. Esto ocurre sobre todo en Las Terrazas. En ese sector, que está al final de la carretera, las casas tienen un acabado más fino y algunas tienen cocina empotrada y baldosas en los pisos.

Antes de que la ruleta del terror iniciara su movimiento, algunas viviendas fueron abandonadas voluntariamente por sus propietarios. En 2012, cuando el barrio dejó de ser tierra de bendiciones, la gente comenzó a desarmarlas para poder llevarse los materiales y construir en otros sectores. Otros las vendieron por un escaso millón de bolívares. El dinero no les importaba. Lo que querían era salir vivos de ahí.

Anny es una de las fundadoras de La Sábila. A su vecina la vio llegar al barrio 10 años atrás. Era una mujer amable, divorciada y madre de dos hijos, a los que cuidaba con celo.

Anny escuchó cuando rodaron una cama de madera y, minutos más tarde, vio al hijo mayor de la vecina poner las piezas en el porche. En un camión viejo montaron todo lo que pudieron cargar en las tres horas que les dieron de plazo: ropa, cama, colchones, nevera, cocina y televisores. Antes de las 4:00 de la tarde, la vio salir con un bolso. Vestía un pantalón *jean* claro, una franelilla y unas sandalias bajitas. Miró para todos los lados y se montó de copiloto en el camión.

No había pasado una hora cuando comenzó a escuchar los martillazos; golpe tras golpe, como si se tratara de albañiles trabajando en una obra de construcción. Pero no, eran los hombres que estaban desvalijando la casa. Minutos más tarde un muchacho cargó una poceta y la dejó entre la acera y la puerta de la entrada. Luego, con una segueta, comenzó a cortar las bisagras de la puerta. Anny trató de llamar al celular de su vecina, pero caía la contestadora.

Al rato llegó un camión y montaron todo lo que pudieron. Aceleraron y se perdieron de vista. Al día siguiente volvieron por el resto de lo que pudieron desprender. La vivienda, de dos cuartos, sala y cocina, la desvalijaron en día y medio. Tres semanas después, Anny se enteró de que su vecina se había ido a vivir con la mamá, en el barrio Los Pocitos, al oeste de Barquisimeto.

Pueden ser hasta cinco casas en una semana. No hay día ni hora. Ni feriados. Los maleantes se apoderan de ellas cuando así lo deciden. Ese es su negocio. Por una lámina de zinc les pagan entre 20 y 25 mil bolívares. Se dice que

el dueño del camión donde trasladan lo robado tiene una ferretería al norte de la capital larense.

Jairo Janiel Rivas, conocido como Janiel, es el líder de la principal banda delictiva de La Sábila. Tiene 18 años, el mismo tiempo que tiene la comunidad de fundada. En octubre de 2016 se fugó del Centro Socioeducativo Pablo Herrera Campíns, de Barquisimeto, y al volver impuso sus reglas. Llega a las veredas amedrentando a quien le plazca. Es de tez blanca, delgado, cabello castaño claro y ojos marrones. Tiene las cejas perfectamente depiladas y su cabello es de corte militar. Las autoridades lo buscan por varios expedientes de homicidio y es considerado el más peligroso de la zona norte.

Cuando ocurren los desalojos, los vecinos ni se preocupan en llamar a la policía. Saben que Janiel y los suyos están más armados que ellos. Al jovencito lo han visto con su ametralladora y cinco guardaespaldas. En Las Terrazas hay una comisaría de Polilara donde los funcionarios no tienen ni una moto para trasladarse a las manzanas cuando requieren de presencia policial.

“Y si le avisamos al Cicpc van a saber que fue un vecino que sapeó y ese mismo día regresarán, pero no cinco, sino más, y les caerán a tiros a las casas”, dice el esposo de Anny.

Otra vecina, unas calles más allá, dijo lo mismo casi en un susurro, mirando en todas direcciones.

“Aquí uno no puede hablar. Mejor váyase. Si saben que usted es periodista, me voy a meter en problemas”.

De cabello largo y liso, a Anny comienzan a vérselle las canas. Es de contextura delgada y piel morena. Las palabras se le escuchan entrecortadas.

—El sábado acompañé a mi vecina a la casa de una costurera. Y al día siguiente vi cómo la sacaron de su casa. Aquí estoy esperando que vengan por mí.

—¿No temes por tu vida?

—No tengo a dónde ir. Si me quitan la casa, tendría que irme a vivir debajo de un puente con mis hijos y mi esposo. Así que antes tendrán que matarme.

La Vida de Nos

SEPTIEMBRE, 2017

(Esta historia fue escrita en el Seminario
de Periodismo Narrativo “El pulso y alma de la crónica”,
de Cigarrera Bigott.)

No existe causa perdida

~Carlos Patiño Pereda~

DON ANTONIO, QUE A SUS 73 AÑOS seguía trabajando como taxista en horario nocturno, regresaba de su último servicio cuando recibió la noticia. Cada palabra de su hija Liduvina, en medio del llanto, fue un mazazo que le golpeó el cuerpo y el ánimo.

“¡Apareció Enmanuel Antonio! ¡Lo mataron unos policías!”.

De sus 32 nietos, Enmanuel Antonio era el único que llevaba su nombre. Tenía tres días desaparecido cuando lo encontraron en la morgue del Hospital Luis Razetti de Barcelona. Estaba oculto debajo de dos cadáveres. La noche del 18 de agosto de 2014, el muchacho de 22 años había fallecido como consecuencia de dos disparos detonados por la policía de Anzoátegui.

Según la versión oficial, el joven se enfrentó a una comisión de tres policías que atendía una denuncia de secuestro y robo. Tras una persecución en la avenida Fuerzas Armadas de Barcelona, el auto de los presuntos secuestradores se estrelló y, al salir del vehículo, estos abrieron fuego contra los policías, suscitándose un intercambio de disparos en los alrededores de la plaza del Palotal. En el enfrentamiento, siempre de acuerdo con esa versión, Enmanuel

Antonio Guaregua Freitas cayó herido mientras que los otros dos sospechosos huyeron. La comisión lo trasladó a un ambulatorio cercano, donde falleció a los pocos minutos de su ingreso.

La indignación de don Antonio fue enorme al leer en la prensa que a su nieto lo presentaban como un delincuente. Enmanuel se dedicaba a la economía informal y jamás anduvo en malos pasos. Él lo crio junto a la madre, quien en una terrible ironía de la vida era jubilada de la policía.

Liduvina lo vio con vida por última vez caminando despreocupado por la vereda del barrio para luego subirse a un desvencijado *jeep* azul y partir. Vestía un pantalón rojo, una franela gris y unos zapatos beige. A los pocos días debió elegirle su ropa para el entierro: lo despediría con su traje más elegante.

Conmovido frente al féretro, don Antonio juró a su hija que mientras le quedara vida no descansaría hasta ver presos a los responsables. Él mismo se encargaría de que se hiciera justicia. Sin recursos, el abuelo y la madre del muchacho buscaron ayuda en la Fundación de Derechos Humanos del Estado Anzoátegui, una pequeña ONG del oriente del país.

“Presentaremos la denuncia ante la Fiscalía, señor Antonio, señora Liduvina –les prometieron en la fundación–, pero necesitamos testigos de lo ocurrido. Sin eso, se impondrá la versión de la policía”.

Ante la indiferencia de los órganos de justicia, don Antonio decidió investigar por su cuenta. Al principio creyó que no podría seguir trabajando, sentía un dolor enorme dentro de su alma. Pero una vez sentado frente al volante de su viejo Chevrolet, fue como si el espíritu de Enmanuel impulsara sus cansados huesos. Cambió la ruta que durante 24 años trazó con su taxi y empezó a recoger clientes en los alrededores de la plaza donde habían asesinado a su nieto.

“Fue en esta plaza que unos policías mataron a un supuesto delincuente, ¿no?”, preguntaba a sus pasajeros mientras iba al volante.

Al cabo de varios meses, logró reconstruir los hechos con las distintas versiones de los vecinos que iba montando en su vehículo. El taxi era su centro de operaciones nocturnas. Sin embargo, a pesar de ofrecer pistas, ningún ve-

cino ni cliente del taxi se atrevió a servir de testigo. Temían represalias por parte de “los asesinos con placa”.

Aquella noche, la comisión policial que patrullaba la zona recibió una denuncia de secuestro y robo a mano armada. Los tres jóvenes se encontraban conversando en la poco iluminada plaza cuando la patrulla arribó y los policías se bajaron con la amenaza de llevárselos presos. Los otros dos muchachos corrieron espantados, pero Enmanuel solo tuvo tiempo de entrar a una casa del barrio aledaño donde le permitieron esconderse. Los funcionarios allanaron arbitrariamente la vivienda, lo devolvieron a la oscuridad de la plaza y allí mismo lo ejecutaron, salpicando con su sangre la estatua de piedra de Jesús “Bombón” Reyes, hijo ilustre de Palotal.

El juicio se encontraba estancado. Los policías, juzgados en libertad, faltaban a las audiencias y sus abogados retrasaban el proceso con papeleos y solicitudes innecesarias. Sobrepasada por la burocracia judicial, la Fundación de Derechos Humanos del Estado Anzoátegui decidió solicitar apoyo a la ONG Provea, en Caracas, que, aunque trabaja con énfasis en la defensa de los derechos sociales, aceptó prestar su colaboración en el caso de Enmanuel Guaregua.

Al conocer que Provea sería parte en el juicio, la defensa les recomendó a los acusados que asistieran a la siguiente audiencia. Los hombres llegaron uniformados, acompañados de sus abogados. La jueza de la causa permitió que el acto se realizara en la mesa de un pequeño despacho y no en una sala, como si se tratara de un acto conciliatorio, con los asesinos a poca distancia de Liduvina y don Antonio, quienes por primera vez tenían frente a sí a los responsables de la muerte de Enmanuel.

–Cumplimos con nuestro deber, ciudadana jueza. El occiso era un delincuente que nos disparó y actuamos en legítima defensa. No hay pruebas de lo contrario.

–¡Asesinos! –gritó Liduvina mientras don Antonio y los abogados de las ONG intentaban calmarla ante la amenaza de la jueza de sacarla de la sala.

–Asuman lo que pasó y comprendan que apenas somos unos servidores públicos que hicimos nuestro trabajo...

La jueza permitió que los policías siguieran siendo juzgados en libertad. Don Antonio, que ya lo había hecho parte de su rutina, continuó con sus rondas e interrogatorios clandestinos, a pesar de la resistencia de Liduvina.

“No hay nada que hacer, viejo –intentaba persuadirlo la hija–, solo vas a conseguir que te hagan daño a ti también”.

Pero ya nada iba a impedir que siguiera adelante.

Una de tantas noches, luego de muchos meses de recorrido, don Antonio se encontró con una respuesta inesperada, mientras relataba a un cliente su hipótesis sobre el caso:

–Dicen que por esta plaza unos policías mataron a un supuesto delincuente, ¿no? Dicen que ese muchacho no era ningún ladrón. Que andaba con sus amigos y se asustaron cuando llegó la patrulla. Ahora lo quieren poner como un enfrentamiento. Pero por más que lo digan, por aquí saben que no fue así...

–¡Esos muchachos no estaban armados, maestro! –le dijo el hombre de pronto–. A ese chamo le sembraron una pistola y lo arrodillaron para ejecutarlo. En esas circunstancias es imposible alegar un enfrentamiento.

Don Antonio frenó de golpe. Respiró profundo y se volteó hacia el cliente con lágrimas en los ojos:

–¿Y usted cómo lo sabe? ¡Dígame, por el amor de Dios! ¡Enmanuel Antonio era mi nieto!

–Soy policía retirado, abuelo. Y esa noche llegué al sitio en la siguiente patrulla de refuerzo.

Don Antonio vio su tenacidad recompensada en aquel fortuito encuentro. Anotó el número de teléfono del hombre y lo dejó en su destino sin cobrarle la carrera.

Lo llamó una y otra vez. Quedaban en reunirse, pero el policía respondía con evasivas. No lograba convencerlo de que declarara como testigo en el juicio.

–Me gustaría ayudarlo, abuelo. De verdad. Pero estas cosas son muy complicadas.

–Solo le diré una cosa más –lo miró con el ceño fruncido mientras toma-

ban café en el encuentro tantas veces postergado—. Si usted no actúa, será un monstruo igual a ellos.

—Usted es demasiado terco, abuelo... —le dijo el hombre, mientras parecía sopesar lo que diría a continuación—. Está bien, lo haré, pero no se haga muchas expectativas. No se puede confiar en el sistema judicial.

Con este nuevo elemento probatorio, Liduvina y Antonio acudieron al fiscal de Derechos Fundamentales, José Luis Azuaje, quien ordenó, sin vacilar, la detención de los tres funcionarios policiales involucrados en lo que sería considerado, ahora con evidencia, una ejecución extrajudicial. A pesar de recibir amenazas de muerte, el fiscal actuó con rapidez.

Transcurridos tres años desde el asesinato de Enmanuel Antonio Guaregua, sus familiares y abogados esperaron la sentencia en la sala de juicio. El alguacil pidió silencio y solo se escuchaba la voz áspera de la jueza leyendo el dispositivo del fallo. Don Antonio apretó la mano de su hija y se quedó inmóvil, como si eso lo ayudara a escuchar mejor:

“Por las razones expuestas, este tribunal, administrando justicia en nombre de la república por autoridad de la ley, declara a los acusados culpables por el delito de homicidio intencional y uso indebido de arma de fuego, y en consecuencia son condenados a 8 años y 2 meses de cárcel”.

Don Antonio Celestino Freitas tenía 76 años cuando cumplió la promesa que le había hecho a su hija.

La Vida de Nos

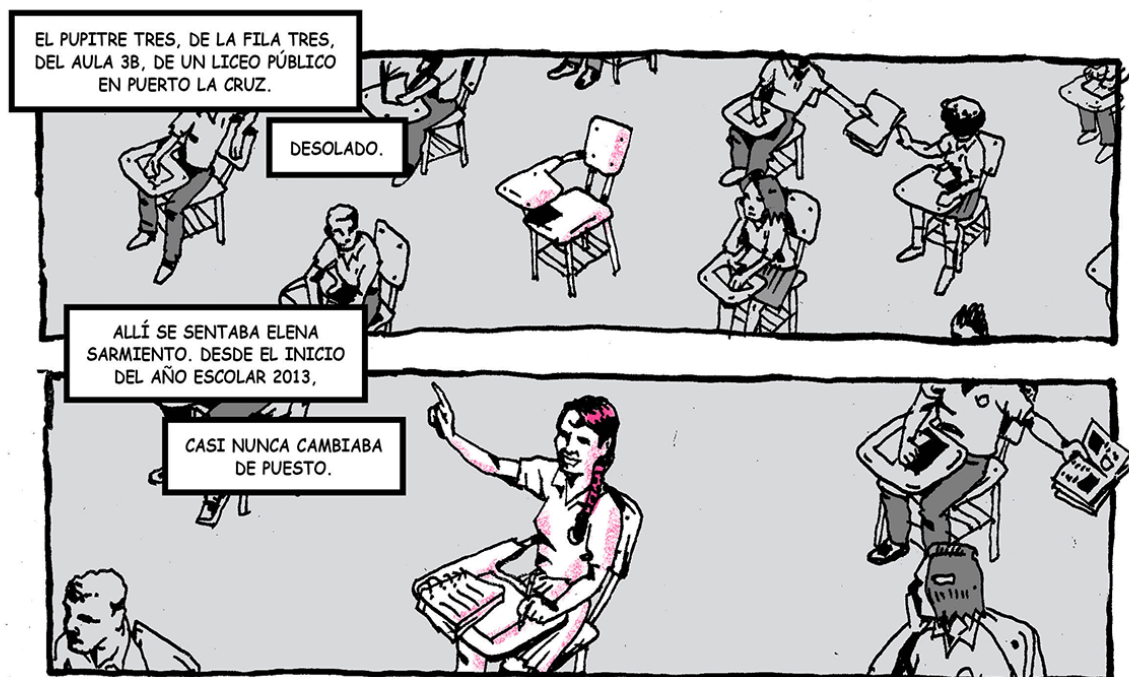
ABRIL, 2018

(Esta historia fue desarrollada en el marco
del I Taller de Escritura Narrativa para Defensores
y Activistas en DDHH, organizado por Provea
en alianza con *La Vida de Nos*.)

Esperaron 5.475 días por ese momento

Texto periodístico: Yeraldyn Vargas

Concepción gráfica: Lucas García



EL PUPITRE TRES, DE LA FILA TRES,
DEL AULA 3B, DE UN LICEO PÚBLICO
EN PUERTO LA CRUZ.

DESOLADO.

ALLÍ SE SENTABA ELENA
SARMIENTO. DESDE EL INICIO
DEL AÑO ESCOLAR 2013,

CASI NUNCA CAMBIABA
DE PUESTO.

ASÍ FUE SU VIDA, UNA RUTINA
CUIDADOSA EN LA QUE EVITABA LAS
FUERTES EMOCIONES, EL BULLICIO.

MARÍA ELENA, SU MADRE, Y ROSA
ELENA, SU ABUELA, LAS "ELENAS",
LO DECIDIERON ASÍ CUANDO ELENITA
CUMPLIÓ SEIS MESES Y LE DETECTARON
UNA ARRITMIA CARDÍACA.

LAS "ELENAS"
SE ILUSIONARON
CON VERLA CRECER,

LLEGAR A SEÑORITA,
ENSEÑARLA A SER MUJER...

MADRE Y ABUELA VALORABAN CADA VUELTA
A LA HOJA DEL CALENDARIO QUE ATESTI-
GUABA EL CRECIMIENTO DE LA MUCHACHA.

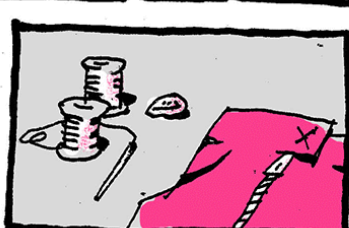
EL DÍA QUE ELENITA LLEGÓ A QUINCE, PREPARARON EL DESAYUNO Y ENCENDIERON UNA VELA PARA DAR LA BIENVENIDA A LA ESPECIAL OCASIÓN.



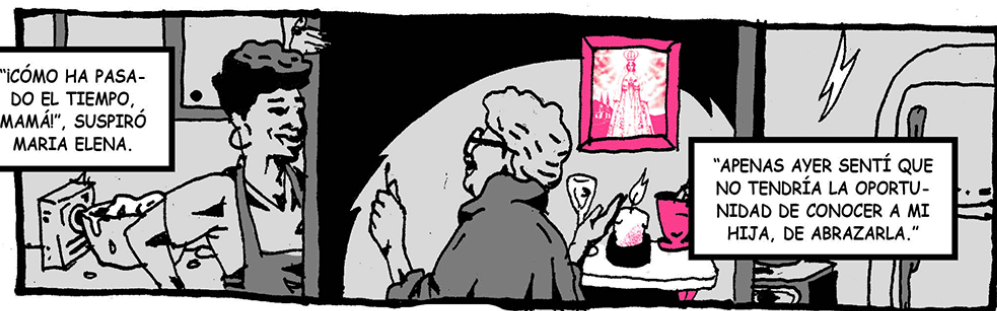
MARÍA Y ROSA ELENA CONTINUARON ORGANIZANDO LA FIESTA SORPRESA QUE VENÍAN PREPARANDO DESDE HACÍA UN MES.



FALTABAN HORNEAR PARES DE PIZZAS, TERMINAR ALGUNAS BEBIDAS, COSER EL VESTIDO.



"¡CÓMO HA PASADO EL TIEMPO, MAMÁ!", SUSPIRÓ MARIA ELENA.



"APENAS AYER SENTÍ QUE NO TENDRÍA LA OPORTUNIDAD DE CONOCER A MI HIJA, DE ABRAZARLA."

"Y HOY ESTAMOS AQUÍ PREPARANDO PASAPALOS Y GUARAPITAS..."



"¡GRACIAS A DIOS TODOPODEROSO Y A LA SANTÍSIMA VIRGEN DEL VALLE!"

KARLI, LA MEJOR AMIGA DE ELENITA, SERÍA LA ENCARGADA DE DISTRAER A LA CUMPLEAÑERA PARA QUE NO SOSPECHARA DE LA SORPRESA.



PARA HACERLO, DECIDIÓ INVENTARSE UNA FIESTA,



LA MISMA QUE MARÍA ELENA Y ROSA ELENA LLEVABAN 30 DÍAS ORGANIZANDO Y 15 AÑOS SOÑANDO.



LE HIZO SABER QUE NO HABRÍA PROBLEMAS, QUE ROSA ELENA LO HABÍA AUTORIZADO.

Y QUE ESTARÍAN BAJO LA CUSTODIA DE SU PRIMO "CACHAPO",

CACHAPO ESTABA INVOLUCRADO EN CINCO CRÍMENES...



Y UNA DECENA DE ENFRENTAMIENTOS ENTRE BANDAS POR MOTIVOS DE DROGAS.



ESTE EXPEDIENTE LO IGNORABAN LAS ELENAS.

A LAS 7:00 DE LA NOCHE,
ELENITA SE SOLTÓ LA MELENA,
SIN PREJUICIOS.



ESTA VEZ
SU MADRE
NO SE LO
CRITICÓ.



ELENA ESTRENÓ EL VESTIDO
QUE SE AJUSTABA A SU FIGURA
Y MOSTRABA SUS PRIMEROS
CAMBIOS HORMONALES.



DOS CORNETAZOS
Y UN REGGAETÓN, AVISARON
LA LLEGADA DE CACHAPO.



LAS ELENAS Y KARLI
ACORDARON QUE A LAS 9:45
DE LA NOCHE ESTARÍAN
DE VUELTA.



A ESA HORA ESTABA PREVISTO
QUE SE ENCONTRARAN EN EL CLUB
GRAN PARADA, DONDE ELENITA
SERÍA SORPRENDIDA...

MARÍA
Y ROSA ELENA
PARTIERON
AL SALÓN
DE FIESTAS.

SOLO
QUEDABA
ESPERAR A
ELENITA.
ESE DÍA ELLA
PALPARÍA POR
PRIMERA VEZ
LA LIBERTAD.

LOS INVITADOS DISFRU-
TABAN DE LAS BEBIDAS,
TARAREABAN Y BAILABAN
MERENGUES OCHENTOSOS
Y BUENA SALSA.

EN EL BARRIO MONTECRISTO DE PUERTO
LA CRUZ, DONDE SOBRAN LAS LICORERÍAS,
LAS PARRANDAS, LOS MOTORIZADOS
Y LAS ARMAS, ESTABAN ELENITA Y KARLI.

ALLÍ LAS HABÍA
LLEVADO CACHAPO.



ESTACIONÓ Y DIJO
QUE IBA POR SU NOVIA.

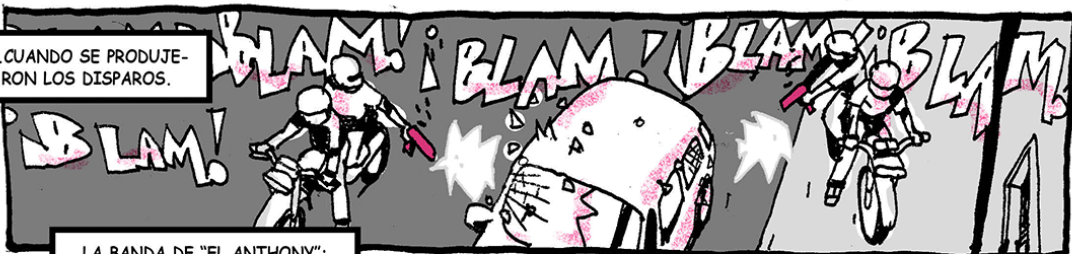
PROMETIÓ QUE NO TARDARÍA
MÁS DE CINCO MINUTOS.



EL RELOJ
NO HABÍA
COMPLETADO
LOS 300
SEGUNDOS...



...CUANDO SE PRODUJE-
RON LOS DISPAROS.



LA BANDA DE "EL ANTHONY":
DISTRIBUCIÓN DE DROGAS
Y ASESINATOS.

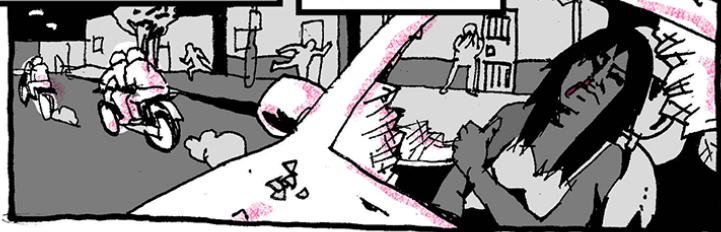
CACHAPO LES HABÍA
ROBADO UN BULTO
DE MARIHUANA.

DESCARGARON MÁS DE 20
PROYECTILES CONTRA EL AUTO.



ELENA SE LLEVÓ LA PEOR PARTE:
UNA BALA ATRAVESÓ SU CABEZA
Y OTRA SU ABDOMEN.

PERO SU CORAZÓN
SEGUÍA LATIENDO.



LOS GRITOS DE KARLI CONMOVIERON
A LOS VECINOS, SUBIERON A LAS
HERIDAS A UN AUTOBUS QUE LAS
TRASLADÓ AL HOSPITAL RAZETTI.



DE CACHAPO NO
SE SUPO MÁS.

9:45 DE LA NOCHE.

EN LA GRAN PARADA
LAS ELENAS EMPEZABAN
A INQUIETARSE. ¿DÓNDE
ESTABA LA CUMPLEAÑERA?

KARLI NO DABA PISTAS.
DE CACHAPO LO
DESCONOCÍAN TODO.



MARIA
ELENA RE-
CIBIÓ UNA
LLAMADA
DEL CELULAR
DE KARLI.



UNA VOZ RONCA, QUE
JAMÁS HABÍA ESCUCHADO,
PERO QUE DESDE ENTON-
CES JAMÁS OLVIDARÍA,
LE DIO EL AVISO.

"SEÑORA, VÉNGASE
AL HOSPITAL, SU
HIJA LA NECESITA."



EL POLICÍA DE LA SALA
DE URGENCIAS LE DIJO
QUE ELENA ESTABA
EN EL QUIRÓFANO.

NO DIO DETALLES.

HABÍA QUE ESPERAR A QUE
ALGUNO DE LOS MÉDICOS
DE GUARDIA INFORMARA
CUÁL ERA SU CONDICIÓN.



"NO PUEDEN
PERMANECER EN
LA PUERTA DE
ACCESO", INFOR-
MÓ EL POLICÍA.



"LLEGAN VEHÍCULOS A TODA
VELOCIDAD, CON PERSONAS
BALEADAS, ARROLLADAS."

"VIENEN DE TODO
EL ESTADO."

ELENA SARMIENTO
FALLECIÓ A LAS 5:00
DE LA MADRUGADA.

LA INTERVENCIÓN PARA
EXTRAER LAS BALAS
SE EXTENDIÓ CINCO HORAS.

CUANDO LOS MÉDICOS
LOGRARON EXTIRPARLAS,
LA MUERTE LLEGÓ CON TRES
GOLPES AL CORAZÓN.



EL CERRO GUARATARO
DE MONTECRISTO.

FUNCIONARIOS DEL
CICPC BUSCABAN A LOS
ASESINOS DE ELENITA.



MARITZA Y JOSÉ SABÍAN
QUIÉNES ERAN.

HORAS ANTES HABÍAN
VISTO CINCO MUCHACHOS,

CORRIÁN ARMADOS HACIA UN
RANCHO QUE NADIE DENUNCIA,
PERO QUE TODOS CONOCEN
QUE SIRVE DE GUARIDA.



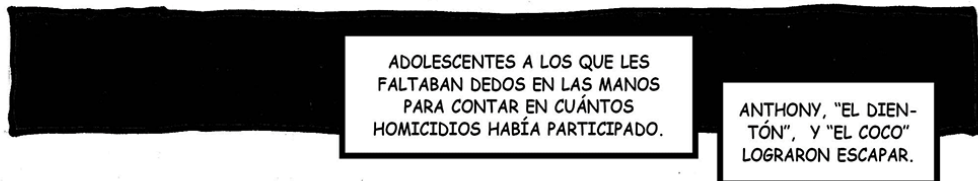
IRRUMPIR EN LAS
CUATRO LÁMINAS DE
ZINC NO FUE FÁCIL.

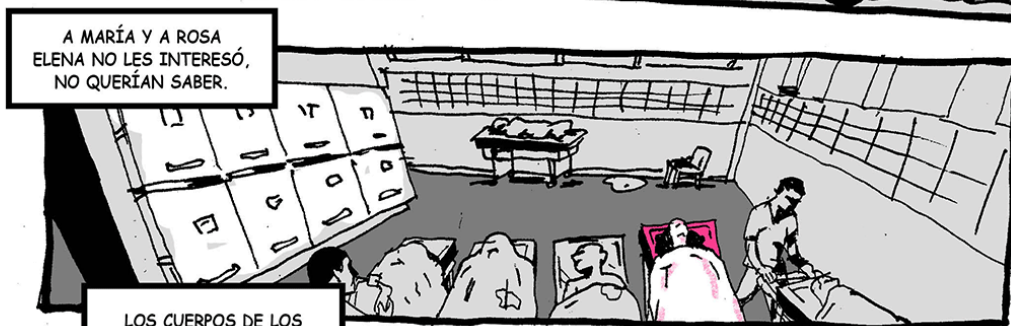
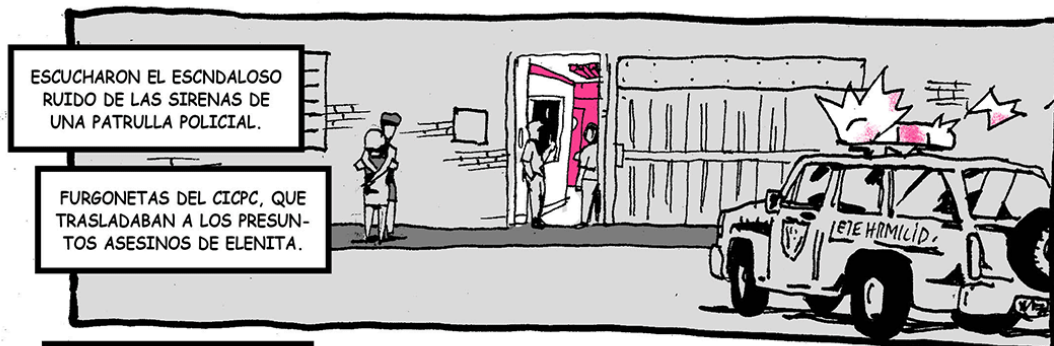
LOS POLICÍAS INTERCAMBIARON
DISPAROS POR CASI MEDIA HORA.
CAYERON "EL OREJA" Y "EL PUPY".



ADOLESCENTES A LOS QUE LES
FALTABAN DEDOS EN LAS MANOS
PARA CONTAR EN CUÁNTOS
HOMICIDIOS HABÍA PARTICIPADO.

ANTHONY, "EL DIEN-
TÓN", Y "EL COCO"
LOGRARON ESCAPAR.





Esta historia fue publicada en el libro *Desvelos y devociones: el pulso y el alma de la crónica en Venezuela 2014* (Cigarrera Bigott)

Adenda

Periodismo a punta de pistola

~Sergio Dahbar~

CORRÍA SEPTIEMBRE Y UN CALOR HÚMEDO por Caracas. Y yo andaba tras las huellas de Ezequiel “Moquillo” Díaz Silva, mito del reporterismo policial vernáculo, el venezolano que había tenido frente a sus ojos el mayor número de cuerpos sin vida, un hombre que nunca desayunaba sin antes marcar los números de la morgue para conocer las sorpresas de la noche, el periodista angustiado que en sus años de oro se acercaba a la sangre con una sirena y un fotógrafo, en busca de pistas para resolver las fechorías de los criminales. Como ya lo auguraba su luminosa predestinación para conocer destinos insólitos, no tropecé con su ronca y áspera voz en la redacción de un periódico. Tuve que oírla en el horizonte menos obvio: una amarga esquina del Policlínico Los Teques, en donde había ingresado el día anterior con una hemorragia interna.

Entré en una sala pequeña, donde cabían seis camillas apretadas. Recibí una inesperada visión: no estaba en Venezuela. Tampoco en la Tierra. El dolor se había concentrado en ese preciso rincón de Los Teques, donde un hombre

repetía obsesivamente que los brazos y las piernas se le dormían, que se estaba yendo; allí también una mujer recostada en la sexta camilla, oculta tras un biombo, le suplicaba a Dios (evidentemente ya no esperaba nada de los médicos) que se la llevara de una buena vez, mientras su cuerpo se retorció como un remolino, ante los ojos de curiosos ocasionales que se acercaban –con temor– a las orillas de la muerte.

En el centro de la sala, Ezequiel Díaz Silva ocultaba sombríamente el espanto con una manta, inmóvil ante los estertores de sus compañeros de ruta. Al verme, estalló como un resorte, olvidando que el brazo derecho estaba conectado a la vida a través de un frasco de suero. Su voz de gallo ronco se posó inconfundible, nerviosa, sobre los otros miembros del arca.

“Ese me viene a entrevistar... Epa... Aquí estoy. Pasa, pasa, ponte cómodo”.

Era difícil. En la camilla contigua una mujer luchaba con su pantalón, que –caprichoso– se le escapaba de las piernas, y con una jeringa, clavada en el mero centro de su brazo derecho. Me ubiqué a su lado, con una libreta y un bolígrafo. Dante no lo hubiera imaginado mejor.

Durante 38 años pisó la sangre de cuanto hecho delictivo floreció en el país. Secuestros, asesinatos, asaltos, criminales y cadáveres constituyeron su ambiente natural todos los días. En 1975 se estaba arreglando las uñas en una barbería en Bello Monte y le ofrecieron la Oficina Cultural de la Embajada de Venezuela en Curazao. Aceptó sin dudar. Nadie lo haría cambiar de idea: soñaba ardientemente con organizar fiestas populares, obligar a todos los barcos que llegaran a su puerto a izar la bandera venezolana y jugar unas fichas en los casinos de la isla. Pero el oficio era una piel de la que no podía desprenderse: descubrió que la vicecónsul de Venezuela en Curazao estaba comprometida en el tráfico de drogas.

“He visto 60 mil muertos en mi vida. No es algo que muchos venezolanos puedan confesar. Yo sí. 50 mil nada más en Perú, cuando el terremoto. Y uno se acostumbra. Fíjate donde me encuentras... Los seres humanos nos acostumbramos a todo”.

El hombre que Díaz Silva tenía al lado no estaba de acuerdo. No podía acep-

tar que la sensibilidad se le escapara del cuerpo. Desde el fondo de un pozo oscuro atinó a pedir ayuda. No tenía voz. Era un puñado de gestos. Confundido entre los curiosos y los visitantes, apareció un doctor. Le tomó el pulso al vecino. “Si sigues respirando con tanta desesperación, te vas a ir...”, amenazó la ciencia.

Ezequiel Díaz Silva había posado su atención en otra parte. Un fugaz inventario de los días dorados le pisó el cuerpo con malicia. Recordó los dos clósets inmensos en donde guardaba 60 pares de medias, 200 corbatas, 30 juegos de zapatos, chaquetas combinadas y pantalones de moda. Se le vinieron encima todos los viajes que lo llevaron a Europa y las dos Américas (a la caza de sucesos y personalidades), las colecciones de grabadores que botó por el camino, el teléfono inalámbrico con el que intentaba impresionar a la redacción de *El Nacional*, el primer Betamax con películas pornográficas, aquel Torino que importó de Curazao y desbarató en un mes. ¿Qué había sucedido con su vida? Repentinamente la realidad le hizo una mueca agria: reparó que el piso era una baba negra, que su pijama parecía la piel de una cebrá, que los ojos de los enfermos lo arrastraban hacia otra vida y que él ya no sería nunca más el que fue. La embestida lo agarró desprevenido, sin defensas, y se quebró en lágrimas.

“No me explico por qué Jaime Lusinchi permite esta vaina”.

Tres semanas antes

En 1986 Ezequiel Díaz Silva advirtió que el cansancio de su vida se le había acumulado en el cuerpo de una manera irreversible. Ya no era el mismo. Oscuras señales presagiaban nubarrones en el horizonte: hipertensión, diabetes, hernias esofágicas, microinfartos en el cerebro, ataques de hemiplegia.

Conmovido, después de pedir disculpas ante la redacción de *El Nacional* por abandonar el trabajo que lo apasionaba, se jubiló. Intentó recluírse en un ancianato en Macuto, pero el calor y la brisa del Litoral Central revivieron en pocos días una esperanza: no había llegado aún al final del recorrido. Previos contactos profesionales, Ezequiel Díaz Silva negoció un puesto en la oficina

de Prensa y Relaciones Públicas de la Comandancia de Los Teques. Sus dedos volvieron otra vez a rozar las teclas.

Ir al encuentro de Ezequiel Díaz Silva implica internarse en un cuarto con espejos: uno nunca sabe cuál es la verdadera cara que aparece reflejada tantas veces. Sus palabras tejen y destejen míticamente una vida (la propia) llena de imprecisiones y esquinas confusas. Se puede volver al mismo punto de la biografía una y otra vez, para descubrir que pocos datos coinciden y que no ha vivido una, sino muchas existencias.

Si toda historia arrastra un origen, la de Ezequiel Díaz Silva respiró por primera vez bajo una mata de trinitaria –ubicada en la bomba de gasolina de su papá, en la parroquia San Juan– el 10 de abril de 1930. Doce años después, con la familia instalada en Los Teques, apareció el nombre Díaz Silva en la prensa venezolana. Aquí comenzó a trabajar en una fábrica de quintas en El Paraíso.

“Quería saber cómo era la capital. Y me vine. Vivía en la pensión El Paisita. Pero me encontraron rápido: publicaron un retrato de mi primera comunión. Fue el primer suceso que marcó mi vida. El segundo ocurrió en la casa de una amiga de mi mamá: mientras jugaba en un cuarto, llegó el marido –un policía–, discutieron y le metió 37 puñaladas ante mis ojos. El tercero fue en casa: una tarde se presentaron una prostituta –Clarita Reyes– y un colombiano, quienes exigieron, según órdenes de mi padre, que se les entregara un baúl. Contenía 25 mil bolívares. Cuando mi padre se enteró, dijo que no había enviado a nadie a casa. Buscaron a los atracadores y recuperaron el dinero”.

Tiempo después a Ezequiel Díaz Silva no solo le pisaban los talones las tragedias ajenas –esas que constituían la esencia de sus noticias para la página roja–, sino las familiares.

“Mi hermano se estaba bañando con una amiga en el río Apure y se ahogó. Se lo comieron los caribes. Costó mucho sacarlo. Hasta creí que el bombero que intentaba rescatarlo no iba a salir más. Pero salió con mi hermano devorado. Era menor que yo. Papá también murió en condiciones similares: cuando la bomba de gasolina se incendió, el viejo intentó sacar el dinero de la caja registradora. Las quemaduras se nos fueron complicando y se nos fue”.

Una semana después

Los años del esplendor de Ezequiel Díaz Silva se caracterizaron por una rutina siniestra: el periodista se levantaba a las cuatro de la mañana –los ojos entreabiertos, la noche en el cuerpo– y llamaba a la morgue.

“¿Hay algo pa’ mí? ¿Cuántos choros murieron anoche? ¿Cuántos 8 (el código con el que se denomina a los muertos) hay? ¿Cuántos 7 y 8 (atracos con muertos)?”.

Después bebía el primer café de la jornada.

Antes, muchos años antes, a principios de 1950, Ezequiel Díaz Silva no soñaba aún con mañanas tan negras. Apenas si se colocaba en los talleres de *Últimas Noticias* para ver cómo se hacía un periódico. Miguel Thoddé le abrió las puertas de la profesión: le enseñó a llevar los numeritos de la pelota, inning por inning. Un día le pidieron que fuera a reseñar un juego al colegio La Salle. Ahí descubrió su destino.

“Las noticias trágicas siempre se publican y el nombre de uno aparece grande en el periódico. Al comienzo no escribía muy bien, pero me fui superando a los coñazos. Reyes Baena fue el primer maestro: me enseñó a escribir con duplicado, para ver luego cuáles habían sido las correcciones del jefe de redacción. En ese tiempo abusaba de la palabra ‘actualmente’. Pacheco Soublette me enseñó a utilizar la contracción *del*. Pero el gran corrector de estilo que tuvo *El Nacional* fue Oscar Guaramato. Hoy se corrige menos. Los nuevos periodistas son orgullosos y las escuelas del país poco hacen para formarlos. Por eso voy a las universidades solo a dictar charlas”.

Afirman que era el periodista mejor informado de las páginas rojas nacionales, quien descubría los casos al mismo tiempo (o antes) que la policía. Nervioso, inquisitivo, el olfato era su biblia a la hora de rastrear las pistas de un asesinato complejo o un secuestro sin muchas claves. Al llegar al lugar del crimen, barría con las fotos de la víctima. “Yo se las reparto a los colegas”, explicaba amablemente, mientras escondía las únicas imágenes del caso. También inventaba noticias, sobre una base real, para provocar reacciones que iluminaran su pesquisa. Observadores menos amables opinan que sus relaciones

amistosas con la justicia opacaban la contundencia de sus informaciones.

Era íntimo amigo de los jefes de policía más importantes del país (Lugo Lugo, Echeverría, Erasto Fernández, Molina Gásperi, Uzcátegui), con quienes jugaba ajiley o póker. Los comisarios debían moverse con cuidado, porque mientras Díaz Silva daba y recibía las cartas podían desaparecer los expedientes con detalles secretos de un suceso. Sus mañas para dar un tubazo eran infinitas: en 1958 Ciro Hernández atrapó a un asesino. Ezequiel Díaz Silva perseguía una entrevista exclusiva: con los gestos verosímiles de un comisario explicó que debía interrogar al criminal. Así consiguió su noticia, a pesar de que el inspector Hernández lo persiguió a punta de pistola por la comisaría.

Las amenazas de muerte se convirtieron en una rutina más. Querían matarlo, quemarle el carro, quebrarle las piernas. Estos no eran los únicos peligros que conocía su profesión. El fotógrafo Miguel Grillo lo acompañó para reseñar el caso de dos novios que se suicidaron juntos, enterrados luego en una misma tumba. Al llegar al cementerio, los deudos descubrieron a los reporteros tomando fotos y notas y comenzaron a golpearlos bajo la lluvia.

Las anécdotas de su carrera se atropellan en su boca. Torpemente, explica que le dio un tubazo a Miguel Otero Silva (cuando éste, en su 75 aniversario, escribió todo el periódico); que en los años sesenta –ante el surgimiento de las guerrillas– le gritaban “asesino” y “esbirro”; y que una vez en Haití fue conducido desde el aeropuerto de Puerto Príncipe hasta la capital sobre los hombros de dos nativos.

El purgatorio

Invocas al presidente de la República, mientras bebes un vaso de agua mineral y comes una galleta con sabor a nada. Oyes la voz de tu hija, Silgady, quien te pide que dejes de darte mala vida, que no te hundas. El periodista vuelve una y otra vez sobre tu vida –que deseas olvidar– y te observa. Se da cuenta de que tienes la ropa llena de manchas, la barba te muestra sombrío y por una vez en la vida te da miedo la sangre.

“Puedo ver cualquier crimen, reconocer fríamente unos ‘chivos’ destrozados, pero nunca enfrentarme a un niño ahogado”.

Pasan desconocidos, visitantes, enE fermeros, médicos, amigos. No te importan ya los gritos que te acosan en esa mañana lluviosa en Los Teques.

“¿Cómo no van a ser corruptos los policías en Venezuela si les pagan tan poco? En Curazao ganan 4 mil florines, pero aquí... Por eso los ladrones y los policías son la misma cosa”.

Imágenes encontradas te asaltan la memoria. Nunca te sentiste cómodo con las armas, competías con tus hijos escuchando a Los Beatles, te gustaba perder dinero en el hipódromo, coleccionabas papel importado para enviar cartas al extranjero, exhibías orgulloso tus diplomas y lograste ganar el Premio Nacional de Periodismo, así como el Otero Vizcarrondo que otorga *El Nacional*, empezando desde abajo.

“¿Que por qué no escribí un libro con todas mis aventuras y casos? Qué va. Eso no da nada. ¿Fama? ¿Y para qué me sirve la fama ahora? Solo quiero desaparecer”.

El Nacional
SEPTIEMBRE, 1987

No existe noticia «caliche»

~Enrique Rondón Nieto~



L PRIMERO DE MAYO DE 1982 me tocó la guardia como jefe de redacción de *El Diario de Caracas*. La mañana estuvo tranquila y, como era rutina, a las 10 comenzó la marcha de la Central Única de Trabajadores y de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV) cada una con sus respectivas consignas.

En esa época no existían los celulares en Venezuela y menos páginas web o internet. Cuando mucho, radios transmisores que generalmente estaban conectados al vehículo que transportaba a los periodistas.

Pasadas las 12 del mediodía llegó Zoraida Carvajal, la reportera de sucesos. “¿Qué traes?”, fue mi saludo.

–Nada especial. Una caraja que cayó al Guaire con dos carajitos.

–Voy a almorzar. No quiero saber nada de muertos caliches sin almorzar – la despaché.

Cuando estaba a punto de salir del edificio, el vigilante me hizo una seña: “Tiene una llamada telefónica. Me dicen que es urgente desde su casa”.

La mirada del vigilante era interrogativa. Nada le respondí.

Subí a la redacción y por encima de su hombro vi en pantalla lo que escribía Zoraida.

“El nombre correcto de ella es Xiomara, tiene 22 años y los niños uno y tres años. Y el nombre de quien la acompañaba es Teócalo. No era su esposo”.

Zoraida me miró extrañada: “¿Cómo sabes tantos detalles?”.

No respondí con la sonrisa petulante que me era característica en esos casos.

“Por favor no pongas fotos”, fue mi última instrucción.

A las 5 de la tarde llegó Rodolfo Schmidt, el director de *El Diario*. Subí a su oficina para ponerlo al tanto de lo informativo. Sentía que la cabeza me estallaba.

“Rodolfo, con tu permiso, me voy... La joven que se mató en el Guaire es mi hermana”.

En ese punto me derrumbé. Rodolfo se me acercó y me dio un abrazo como de hermano mayor. Aquel alemán con fama de duro me acompañaba una vez más en un momento difícil.

“¿Por qué no me llamaste? Hubiera venido más temprano”.

No todo estaba resuelto. Faltaba el cuerpo de uno de los niños. El de mi sobrino de un año. La corriente lo había arrastrado y los bomberos lo rescataron dos días después.

En lo informativo el caso estaba prácticamente cerrado. Era un suceso más, pero me tocaba en lo humano y como periodista. ¿Qué había pasado? ¿Por qué el Volkswagen se volcó? No había rastros de alcohol.

Pocos días después pedí un Volkswagen prestado y tomé la misma ruta que seguía Teócalo. Plaza Venezuela - Caricuao. El kilometraje del carro quedó en 100 con el impacto. Agarré igual velocidad. Cuando pasaba por una fundidora de metales el carro se estremeció y tuve que agarrar fuerte el volante. En ese espacio había como una tormenta de aire que afecta el desempeño del vehículo, especialmente si es liviano y lleva las ventanas abiertas. Ahí estaba parte de la respuesta.

Después supe que se dirigían a alta velocidad a donde vivían en Caricuao porque a última hora se les ocurrió ir a la playa y no tenían trajes de baño.

Han pasado más de 30 años. Hoy puedo hablar del caso sin que se me parta la voz y hasta escribir sobre lo ocurrido sin que se me salga una lágrima. Fue una dura lección que me enseñó que ninguna noticia es “caliche”. Deja consecuencias y afectados a los que debemos respetar.

MAYO, 2018

Visítanos en la Biblioteca Digital Banesco.

[www.banesco.com/somos-banesco/biblioteca-digital-banesco/
biblioteca-digital-banesco-2](http://www.banesco.com/somos-banesco/biblioteca-digital-banesco/biblioteca-digital-banesco-2)



 @Banesco  @baneskin  Banesco Banco Universal  banescobancouniversal